

EDICIÓN ESPECIAL

ENERO | 2022

LE MONDE **diplomatique**

13 miradas sobre un mundo en crisis

ÁLVARO GARCÍA LINERA

JON LEE ANDERSON

SASKIA SASSEN

ÍÑIGO ERREJÓN

NAOMI KLEIN

FRANCO “BIFO” BERARDI

JUDITH BUTLER

BRANKO MILANOVIC

LEONARDO PADURÁ

NANCY FRASER

YANIS VAROUFAKIS

CARLO GINZBURG

ENZO TRAVERSO



Álvaro García Linera

“Hoy el neoliberalismo es el defensor de un mundo en retroceso”

por José Natanson*



A cadémico de prestigio, cofundador de la guerrilla indigenista, dos veces vicepresidente de su país, Álvaro García Linera reúne dos características que en general conjugan mal en los intelectuales de acción –o en los políticos con capacidad de elaboración teórica–: las propias de un dirigente dispuesto a salir del escritorio o del aula para poner el cuerpo, como demuestran su paso por la insurgencia y la cárcel, sus giras políticas y sus candidaturas, y el sentido crítico de quien no acepta resignar la complejidad del pensamiento, ni siquiera por un objetivo mayor. García Linera habla *desde un lugar*, pero no simplifica; reconoce la viscosidad de los problemas y la densidad de los momentos, admite contradicciones y no teme mirar atrás, incluso si pareciera que eso lo alejara de un fin superior (él está seguro de que no es así). De nuevo en la casa que debió dejar en medio del golpe de Estado, el ex vicepresidente de Bolivia parece tranquilo a pesar de la crisis económica y sanitaria que atraviesa su país y de los temblores de una región fracturada.

A comienzos del siglo XXI América Latina vivió un ciclo largo de gobiernos progresistas, de izquierda o nacional-populares, que garantizó muchos años de estabilidad política, crecimiento económico e inclusión social. Hace cuatro o cinco años esa etapa parecía que había comenzado a agotarse: las derrotas de la izquierda en Chile, del PT en Brasil, del peronismo en Argentina y del Frente Amplio en Uruguay, junto al golpe en Bolivia, parecían sugerir el inicio de un nuevo ciclo histórico. Pero en algunos casos se trató de “derechas breves”, que no lograron reelegir, o que siguieron hasta hace poco en el poder, pero muy frágiles, como sucedía con Sebastián Piñera. A ello hay que sumar una nueva inestabilidad en los países andinos. ¿Cómo describirías la situación de América Latina hoy?

Yo no hablaría de un fin de del ciclo progresista sino de un proceso por oleadas. En efecto, hubo una primera oleada muy fuerte que comenzó en 1999, en el 2000, y que llevó al poder a una serie de líderes y partidos y movimientos de izquierda. Ya desde 2014, 2015, señalábamos que se venía una ofensiva conservadora, una contraoleada neoliberal, aunque también decíamos que iba a ser muy difícil que permaneciera, que se estabilizara. Y efectivamente desde hace dos o tres años asistimos a un repliegue de esa ofensiva conservadora y un nuevo ascenso de los progresismos. Había en algunos compañeros y colegas una mirada teleológica de la historia, pensar la historia como un ciclo que empieza y termina, y luego empieza otro, pero yo creo que estamos en un mundo menos claro en este sentido.

¿Este nuevo ciclo progresista se va a imponer?

No lo sé, pero no es una resaca del ciclo progresista anterior sino una nueva oleada, algo que conserva parte de lo anterior pero también es distinto. Esto se

ve en los cambios de signo político en Argentina, México, Bolivia, Perú, pero también en el ciclo de intensa protesta social que se vivió en países como Chile, Ecuador o Colombia. Incluso más allá de los resultados electorales: en Ecuador ganó la derecha pero eso no significa que esta oleada se haya detenido.

¿Es un progresismo igual al anterior?

No. Esta segunda oleada tiene características diferentes. En los lugares en donde se presenta no lo hace de la mano de grandes movilizaciones sociales o largos ciclos de protesta, como antes, salvo quizás en aquellos casos en los que el progresismo aún no pasó por el poder, como Colombia y otros países de la franja pacífica, como Perú o Chile.

No hay “Guerra del agua” o “Guerra del gas” o “Diciembre de 2001”.

No, no hay. Lo que hay es una expresión fundamentalmente de un hecho político-electoral, no tanto de movimientos sociales o protestas populares. La otra característica de esta segunda oleada progresista es que está liderada por dirigentes moderados. Esto no necesariamente es un defecto; es una cualidad de la época, una cualidad de la estructura progresista. No estamos ante liderazgos carismáticos y excepcionales como antes.

¿Los casos de Alberto Fernández y Luis Arce nos permiten hablar de un “progresismo por delegación”?

Es una cualidad de las estructuras progresistas, de su capacidad para leer la época y adaptarse, encontrar dirigentes acordes al momento. Son dirigentes que tienen otra manera de llevar adelante las cosas, son menos arriesgados, pero porque no son resultado, como antes, de un proceso casi insurreccional, sino básicamente porque surgen de procesos electorales, en algunos casos muy condicionados.

¿Qué tienen enfrente?

Fuerzas conservadoras radicalizadas. El contraataque conservador que se inicia en 2014-2015 no es un neoliberalismo triunfante, bonachón, optimista, como podía ser el de los 90. Es un neoliberalismo rabioso, que carga un discurso más racializado, menos pluralista, más violento. Incluso capaz, en países como Bolivia, de un discurso y una acción golpistas. Aunque en algunos países ensaye posturas más moderadas, con los años vamos viendo que la derecha deja el centro y se acerca a la extrema derecha, abandona el centro tanto en lo económico, como en lo político y cultural. Es una novedad.

¿A qué atribuíste este giro a la derecha de la derecha?

A que surge en un momento de declive histórico planetario de las hegemonías neoliberales, lo que no quita que puedan volver a ganar elecciones, a veces al filo de las posibilidades, como en Ecuador, desatando emotividades cada vez más primarias, acciones cada vez más

autoritarias. Esto ayuda a entender algo que habíamos previsto sobre la contraoleada conservadora. Decíamos que iba a ser temporal, porque estaba claro que el mundo neoliberal estaba en un tiempo de declinación moral e ideológica, estaba dejando atrás el optimismo histórico, ya no entusiasmaba. Hoy el neoliberalismo se presenta solo como defensor de un mundo en retroceso, no como constructor de futuro, como en los 90. Ese discurso se desvaneció y entonces la contraoleada era necesariamente de pies cortos, de miradas cortas, porque el neoliberalismo actual es un neoliberalismo cansado, con signos de decrepitud.

¿El contexto histórico entonces ayuda a esta nuevo ciclo progresista?

Sí. Estamos en un contexto mundial más favorable. Muchos de los temas que discutíamos en América Latina en 2007, 2008 o 2009 son los temas que se discuten en Estados Unidos y Europa: el rol del Estado, la necesidad de construir ciertas redes de protección, cierto nacionalismo económico que proteja el mercado interno. Son temas que inició el progresismo latinoamericano y que ahora encuentran un ambiente mundial más tolerante.

¿La agenda tiene que ser la misma que en los años 2000?

Por un lado sí, porque muchos problemas permanecen e incluso se han agravado a partir de la llegada de fuerzas conservadoras y de la crisis económica de la pandemia. Pero también hay que incorporar nuevas miradas, agendas y temas. El progresismo de la primera oleada fue encontrando un límite, mostrando contradicciones, debilidades. Este nuevo ambiente mundial más favorable a los temas progresistas le puede brindar una renovación de su agenda, algo así como un nuevo conjunto de transformaciones y reformas.

Reformas de segunda generación, como se decía en los 90.

Sí, algo así.

¿Y cuáles serían?

Pienso que deberían ser reformas muy segmentadas por país, más necesarias que nunca por la agudeza de la crisis. Hemos decrecido nueve puntos en los últimos años, retrocedido diez años. No alcanza con volver a hacer lo mismo que antes, que además ya había comenzado a mostrar sus límites. La pandemia jugó un papel catalizador de múltiples crisis. En Bolivia, por ejemplo, el tema sigue siendo el mismo, aunque las medidas sean diferentes. ¿Cuál es el tema que enfrentan los progresismos? De dónde saldrán →



BIO

Tres veces vicepresidente de Bolivia durante los mandatos de Evo Morales, **Álvaro García Linera** es un político y teórico marxista, docente, investigador y autor de numerosos libros y ensayos de sociología y teoría social. Entre sus escritos se encuentran *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia* (2008), *Qué horizonte: hegemonía, Estado y revolución democrática* (2019), y *¿Qué es la revolución?* (2021).



→ los recursos para enfrentar la debacle económica, el aumento del déficit, el cierre de la economía obligado por la pandemia, la recuperación de las empresas zombies, la construcción de nuevas redes de

“Una característica de esta segunda oleada progresista es que está liderada por dirigentes moderados.”

protección, el apoyo a los trabajadores. Para salir de la etapa de emergencia va a haber que generar recursos.

Simplificando, los gobiernos del giro a la izquierda concretaron una serie de nacionalizaciones, como en Bolivia o Venezuela, nacionalizaciones más parciales, como en Brasil y Ecuador, o suba de impuestos a las exportaciones, como las retenciones. Esto les permitió fortalecerse financieramente y utilizar esos recursos para impulsar políticas de inclusión social y, en menor medida, de desarrollo económico. ¿Cuál sería el camino hoy?

Hay que pensar en una segunda oleada de nacionalizaciones, entendida como el control de fuentes de elevados excedentes. Eso por un lado. Por otro, avanzar en políticas tributarias más audaces; el número de multimillonarios aumentó en América Latina en estos años. Pero la gravedad del hueco, de la

crisis en la que estamos, es tan grande que se requieren grandes esfuerzos, intentar que vuelva a la economía la riqueza latinoamericana depositada fuera de los países, a veces en paraísos fiscales. Implementar amnistías tributarias que ayuden a la repatriación o medidas que generen incentivos y obliguen a traer ese dinero. Y, también, un nuevo enfoque en la integración, trabajar en acuerdos comerciales temáticos, puntuales y muy prácticos. En el ciclo anterior tuvimos una mirada de integración, en tiempos de Lula, Evo, Correa, Chávez, Néstor, que logró un acercamiento y coordinación política muy importantes. Pero ahora necesitamos avanzar en cosas concretas y específicas para darle materialidad a la integración. No ya grandes acuerdos sino líneas prácticas, en una, dos o tres áreas, que vinculen cadenas específicas, para fabricar en conjunto una computadora o una máquina o lo que sea. Crear un área, que funcione, y pasar a la segunda, la tercera y la cuarta...

Para avanzar en este tipo de reformas e iniciativas se necesitan dos cosas: estabilidad política y tiempo. ¿Habrá?

Es un gran tema. No veo que sea posible la estabilización de una larga oleada progresista. Va a ser difícil y va a depender de lo que hagamos. Pero lo más probable es que tengamos intermitencias, oleadas y contraoleadas, fuerzas progresistas que ganan en un país, luego lo pierden, ganan en otro. Es un momento de mucha inestabilidad. No sólo en América Latina; es similar a la inestabilidad que está atravesando el mundo. Estamos en un tiempo liminal. Al-

go se está cerrando, todo el mundo sabe lo que está envejeciendo, languideciendo, pero nadie sabe con exactitud lo que viene. El progresismo es un intento de salida, el radicalismo trumpista es otro intento, el golpe es otro. Hay una divergencia de elites, no hay una sola opción. Lo que surge como propuesta no aparece con la fuerza y el entusiasmo para construir un horizonte de mediano plazo. Hay propuestas tácticas, más progresistas, más fascistoides, pero son tácticas. Sabemos lo que ya no está bien, pero nadie sabe lo que viene.

Futuro abierto...

Un tiempo histórico que no se puede prever. No hay un fin adonde llegar, no hay un futuro claro. La cualidad de este momento es la superposición de ideas, propuestas, elites con opiniones diferentes. Estamos en un período, esperemos que no muy largo, en el que va a haber varias propuestas en disputa, no hay una gran propuesta de largo aliento. Y esto es así porque el nuevo horizonte no se construye sólo en América Latina, se va a constituir a nivel mundial. América Latina nos dio una primera oleada, pero ahora es un tema mundial. El discurso de [Joseph] Biden, la propuesta de un Green New Deal, son discusiones globales. Entonces esta década va a estar marcada por la incertidumbre, incluso el caos. Los momentos liminares visibilizan el cansancio de la hegemonía neoliberal, aunque aún no tenga sustituto. Por eso muchas sociedades viven este desasosiego, esta situación de incertidumbre y miedo: cuando uno deja de tener un destino ordenado y una imaginación clara de futuro. Esperemos que cuando se abran los corazones y las mentes de la gente el progresismo se

imponga. Es un momento interesante que no se da sino cada 40 y 50 años, como se dio en los años 60 y 70. En ese momento éramos niños o adolescentes, ahora estamos viendo esa batalla como adultos.

¿Qué te llevaste de tu paso obligado por Argentina?

Muchas cosas. Los amigos, la solidaridad, las librerías. Y los parques.

¿Las plazas?

Sí. Disfruté mucho cuando pude salir con mi hija a esos lugares maravillosos de encuentro que son los parques. El lugar en donde nos encontrábamos con gente que no conocíamos, familias que van a pasar un rato o todo el día, llevan sus galletas, sus jugos. Un lugar de protección y de disfrute, de igualdad entre hombres y mujeres, de niños que no se conocen y juegan entre ellos, de padres que tienen que aprender a negociar con otros padres, a ser tolerantes. En Bolivia había una cultura de juego en las calle pero se fue perdiendo. Jugabas el fútbol en la calle, ahora los niños están mucho más encerrados. Por supuesto me llevo también la generosidad de los amigos y colegas que nos cobijaron, nosotros llegamos sin nada, vivimos siempre de nuestro salario, no teníamos ninguna protección material y nos ayudaron mucho. El mundo intelectual argentino, la masa intelectual es algo que no vi en los otros países en los que estuve, como España y México. Pero lo que más me llamó la atención son los parques, es una institución argentina de proyección universal. ■

*Director de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur.
© *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur



Jon Lee Anderson

“América Latina está corroída por la corrupción”

por Ernesto Picco*



La pandemia no ha logrado detener a Jon Lee Anderson. El veterano periodista californiano, que vive en Dorset —un pequeño pueblito portuario al sur de Inglaterra—, pasó el último año y medio recorriendo Estados Unidos y varios países de América del Sur y África. Aun con las restricciones para circular, Anderson se sigue moviendo y escribiendo sus historias para *The New Yorker*, donde es uno de los autores más destacados. A mediados de junio de 2021, cuando nos conectamos por videollamada, estaba viajando por América Central. Eran las siete de la tarde en Ciudad de Guatemala y las diez de la noche en Santiago del Estero. Charlamos sobre el tema que mejor conoce, y que pocos conocen como él: América Latina y sus transformaciones recientes. Anderson dice que “la región está hecha leña”. Habla un español fluido, pero repleto de expresiones que traduce literalmente del inglés. Hace referencia al tercer escenario que siguió a la década y media de gobiernos progresistas, seguida por el ascenso y caída de algunas derechas conservadoras, y que da lugar hoy a un continente atomizado y sin referencias políticas regionales claras.

Tu último libro [*Los años de la espiral*, Sexto Piso, 2021] reúne crónicas de personajes y episodios de América Latina durante el período 2010-2020, y da la sensación de que está todo bastante diferente: en 2010 todavía estaban los gobiernos denominados progresistas o de izquierda, más o menos en sintonía, luego hubo una reacción en muchos países donde ascendieron las derechas y ahora estamos ante un tercer momento también muy distinto. ¿Cómo ves este tercer escenario?

Cuando escribí el prólogo del libro, durante la pandemia, me aventuré a decir que era el eclipse de “la marea rosa”, y lo es todavía, a pesar de los repuntes de la izquierda en algunos lugares. “La marea rosa” es un término que puso alguien en *The Economist* cuando estaban vivos Fidel y Chávez, y aún estaban Correa, los Kirchner, estaba Evo... Y hasta Bachelet y Pepe Mujica. Todos gobiernos de izquierda, distintos, con sus matices. Los Kirchner con su peronismo, Bachelet más socialdemócrata, Pepe Mujica un Yoda total, como el abuelo de todos. Hasta que la veta chavista, que era una referencia, se fue a la hecatombe. Y aunque en Bolivia ahora Luis Arce ha reemplazado a Evo, es una izquierda atenuada en relación a lo que fue el gobierno de Morales. Ahora estamos ante izquierdas diferentes. Mientras, Venezuela se ha convertido un

poco en el Congo de las Américas. Si vas a la selva es una rapiña total. Con milicias, paramilitares, guerrilleros... Es un caos. Y cinco millones y medio de personas han huido. Más allá de lo que uno quisiera que fuera, es un desastre. Y sea como sea, se les ha ido de control. Daniel Ortega anda arrestando cualquier oponente que tiene. Y se muestra a full con Putin. AMLO en México no es la izquierda tradicional. Pensábamos que iba a ser un poco más frontal con Trump, pero no lo fue. Estamos en una era, diría yo, postideológica. Tenemos los nuevos populismos de la era de las redes sociales, de la era Trump. Mira [Nayib] Bukele, Mr. Bitcoin en El Salvador. Y tenemos gente de la vieja escuela, que todavía se dicen revolucionarios, como Maduro. Estamos ante una especie de atomización de la política en este momento en América Latina.

En el siglo XX Cuba era un faro para las izquierdas. En las primeras décadas del siglo XXI Venezuela era un faro con poder geopolítico, y ya no lo es. ¿Cuánto tiene que ver esa pérdida de referencias en la atomización que describís?

Creo que no hay referencias y no hay dinero. Venezuela y el chavismo mantuvieron la batuta mientras tenían plata. Las izquierdas de América Latina fueron subsidiadas por Chávez. Casi un billón de dólares pasaron por sus manos con el petróleo. Y se fueron. ¡Un billón! Algo inconcebible para la región. Y mientras estaba la plata, estaba la izquierda, hasta cierto punto. Así como en América Latina la economía y la economía política son extractivistas, en gran medida también parece serlo la política. Tiene que ver con esto. Y Cuba se ha vuelto un lugar gris. Hasta conservador. Ya no es un lugar de peregrinación. No es un lugar donde los jóvenes del hemisferio van a buscar la utopía ni mucho menos.

Y además hay una parte importante de la juventud cubana muy movilizada en contra del régimen. Pienso en el Movimiento San Isidro. Carlos Manuel Álvarez, que es leído hoy como una de las voces jóvenes más importantes de América Latina, es durísimo contra el régimen cubano. ¿Esto lo lees también dentro del cambio de época o tiene antecedentes parecidos? Hasta cierto punto sí. No lo compararía con el desafío de los intelectuales o la represión de los intelectuales de los 60, que se desencantaron con el rumbo de la Revolución, y cuando muchos del principio se fueron y fueron vilipendiados, calificados como burgueses o decadentes, hasta no quedar prác-

ticamente nadie. Eso terminó con el caso famoso de [Heberto] Padilla en los 70. Pero este es, quizás, el primer rebrote en muchos años en Cuba de una intelectualidad crítica. Y no son sólo intelectuales. Son músicos, son afrodescendientes, son jóvenes que buscan futuro, que se sintieron envalentados por la apertura con Obama, la llegada de Internet. Inclusive con la posibilidad de viajar. Se les levantó el techo. Pero tienen la imposibilidad de cambiar el sistema y de hablar y de expresarse de una forma que no sea sólo decorativa. Creo que tampoco son los disidentes de antes. No son chicos que quieren irse a vivir en Miami. En muchos casos son hijos de revolucionarios. Ellos mismos no rechazan del todo la noción de la Revolución. Pero la cuestionan. Quieren ser

ción en una era en que podemos preguntarnos qué fue de todo aquello. Yo mismo me lo estoy cuestionando: ¿qué pasó con la Revolución? No sólo con la cubana sino con la noción de revolución. ¿Qué significa hoy en día? ¿Acaso Daniel Ortega es revolucionario? Perdón, pero no lo creo. ¿Maduro lo es? Él sí lo cree. También Díaz-Canel y los cubanos, en su burbuja. ¿Pero cuál es el logro final de la Revolución? ¿Educación, medicina subvencionada por el Estado? ¿Acaso no son esos logros o anhelos de la sociedad social-liberal demócrata? ¿Qué alabamos los que nos consideramos demócratas? Los países de Escandinavia. ¿Acaso no son los que más hábilmente han manejado sus recursos y han logrado sociedades más armoniosas? Con educación gratis, medicina gratis, altos

“Cuba se ha vuelto un lugar gris. No es un lugar donde los jóvenes del hemisferio van a buscar la utopía ni mucho menos.”

críticos, quieren un debate, quieren oxigenar ideas. Como es propio de la juventud. Y no los dejan. Es un poco trágico presenciar el rol de los herederos del poder en Cuba. El problema es que Cuba es una burbuja, es una isla y eso afecta mucho. El continuismo, la noción de que es una especie de lugar especial, la forma en que no cambia nunca aparentemente... Y el gobierno ha quedado un poco desencajado por la reacción de Biden al asumir el poder. Se suponía que como demócratas iban a liberar las sanciones impuestas por Trump. Pero estos demócratas son más pragmáticos. Han entrado con una noción mucho más sensible de sus flaquezas internas. Como Florida ya se convirtió en un estado clave para la política doméstica, para la migración centroamericana y la frontera con México, han tenido mucha cautela y no han querido mover ninguna ficha que los pueda afectar en las elecciones legislativas de 2022. No vaya a ser que alguien como Trump o alguno de sus secuaces asuma de nuevo la presidencia. Entonces están tratando por todos los medios de restaurar lo minado y lo desgastado, ganar posiciones y mantenerse en el poder. Y lugares como Cuba ya no les rinden nada en términos políticos.

Ya sin Raúl ni Fidel, ¿cómo cambió el manejo del gobierno con el ascenso de la segunda línea al poder?

Díaz-Canel encarna la segunda genera-

niveles relativos de vida y respeto por el medio ambiente. Y no estoy hablando de Estados Unidos aquí. ¿Acaso hace falta una tiranía política para lograrlo? Creo que no.

¿Cómo ves el ejemplo de Chile? Porque ahí hay una movilización que puede ser leída como revolucionaria en cierto sentido. Una movilización popular muy grande que intenta movilizar el cambio social por la vía institucional.

Es muy interesante. Cuando pienso en algún lugar con porvenir en el hemisferio sur, pienso en Chile, ya que tantos otros países están atrapados por sus propias psicopatías. Por ejemplo Colombia, que no logra salir de la violencia, que siempre parece ser su forma de llegar al próximo escalafón. Chile es una sociedad muy interesante, hasta cierto punto insular. Casi como una gran familia. Son interesantes [los chilenos] por su empeño democrático. Están todavía traumatizados con lo que fue el pinochetismo. Esos años de dictadura sangrienta. Son hasta neuróticos, en el buen sentido de la palabra. Porque son muy intensos y apasionados para hablar de política, pero en cada conversación que he compartido con ellos he podido ver su búsqueda de una vida más justa y de una mayor democratización de su propia sociedad. Y eso siempre me da confianza y optimismo de que al final tienen una fibra que los va a llevar por ese camino. Y la Constituyente es eso. El ejemplo en vivo. Puede que haya habido →



→ más bochinche, pero van por ese camino. Al mismo tiempo hay que reconocer a Piñera, que es un tipo que no demostró muchas luces en sus reacciones a la violencia en la calle. Vimos cómo actuaron los carabineros. Pero tuvo al menos la iluminación de reconocer que había cometido un error, y lo dijo ante su ciudadanía y cambió de parecer. Y eso no lo hace nadie. Dime otro mandatario en la región que haya admitido un error así de gordo y delante de su ciudadanía haya admitido que cometió un error de juicio y que está dispuesto a capitanear un proceso que ha sido impuesto por clamor popular. No conozco a otro mandatario que haya hecho eso. Tiene sus méritos y eso también es un mérito chileno. Como es un pueblo chico, se conocen todos entre sí, se escuchan y recapacitan. Yo no sé si es el final del camino. Pero juntos y a tropezones se dieron cuenta de que tienen un problema medular. Y ese problema es esa Constitución impuesta por Pinochet. Y sea como sea, esa Constitución ha creado una sociedad más desigual, a pesar de ser más próspera. Y ahora se han propuesto arreglarlo. Estoy seguro de que va a ser como una especie de motín. Ojalá que no. Ojalá logren un texto nuevo que los una y les dé un camino por delan-

te. Ojalá Perú fuera capaz. Ojalá Colombia, Venezuela fueran capaces.

Hablas de la sensatez de Piñera, pero tampoco parece que los líderes de derecha regionales, que han tenido su momento de acceso al poder por vía electoral, hayan sido capaces de aprovechar su oportunidad, porque los están echando otra vez por las urnas.

Se me viene a la mente Bolsonaro. Y los argentinos, con su economía y su deuda nacional. Nadie los entiende. Yo no pretendo tratar de analizarlo. Uruguay es un caso aparte, es otra pequeña isla. Cuando pienso en Brasil siempre pienso en Estados Unidos. No por nada fueron los dos grandes importadores de esclavos. Y Brasil fue el último país en abolir la esclavitud y el que más importó de África, hasta cuatro veces más que Estados Unidos. Su gran herencia de pobreza y desigualdad tiene que ver con eso. Tendemos a verlo como un país mestizo o mulato, pero tiene un racismo muy arraigado. Los militares son paranoicos, tienen una visión de estrategia militar del siglo XIX, todavía no han conquistado sus fronteras. Por eso el apego a Bolsonaro. Un mata indios, un quema bosques. Podría ser un *sheriff* de Oklahoma de 1870. Lo único

que no ha hecho es él mismo salir a ametrallar a indios. Brasil es un desastre. No tiene una reserva intelectual que funcione. Tiene una población y una ciudadanía atomizadas. Y también por el colapso del viejo sueño brasilero, que surge como leche caliente cada unos cuantos años y después se desploma.

Hablando de Brasil, donde parece que está recobrando fuerzas Lula para volver al poder, en Sudamérica la izquierda ha planteado mucho el tema del *lawfare*, la guerra judicial. Aquí la izquierda lo ha leído como la estrategia de los sectores conservadores del poder que ya no necesitan tomar las armas y voltean presidentes con operaciones judiciales. ¿Cómo crees que juega esto?

Es como el huevo o la gallina. ¿Qué vino primero, Sergio Moro o la corrupción? El caso Odebrecht parece ser de una operatividad muy politiquera. Sumado al extraño comportamiento de Moro y su falta de ética. Hay indicios de que Odebrecht también se ha movido en las aguas peruanas de esa forma. Por ejemplo a [Pedro Pablo] Kuczynski, que es uno de los ex presidentes peruanos con arresto domiciliario, se le acusa también de corrupción. Y él impidió que Odebrecht exportara su dinero de Perú. Uno podría imaginar que el chisme en contra de él viene de la misma Odebrecht. [Martín] Vizcarra, que fue quien lo reemplazó, los dejó inmediatamente exportar su dinero. Es obvio que hubo sobornos y esfuerzos para lograr contratos engrasando la palma de todos los políticos en el continente. La corrupción ha venido a ser la gran matiz latinoamericana. También la hay en África, en Asia, en Rusia y Estados Unidos. Pero aquí... Mira El Salvador, o mira el Perú, y vaya... de cuatro o cinco presidentes que han tenido desde la vuelta a la democracia, o han ido a la cárcel, o se han suicidado o están prófugos. Aquí en Guatemala dos presidentes han ido a la cárcel. Donde vayas hubo escándalos reales de corrupción. ¿Pero cuál es la gran flaqueza de estas sociedades? No funciona el Estado de derecho. Porque los jueces están corrompidos y la policía también. Mira México cómo está. Si vas a Venezuela o Brasil y matas a alguien hay menos de dos o cinco por ciento de posibilidades de que te pillen. Y si tienes plata hasta te puedes tomar vacaciones de la cárcel. América Latina está corroída por la corrupción. Un ex secretario [de Obras Públicas] de Cristina [José López] fue pillado con una bolsa llena de billetes en un con-

vento. Yo sé que hay una lectura tanto de la izquierda como de la derecha de estos temas. Hablé ayer con el presidente [Alejandro] Giammattei, aquí en Guatemala, y durante la conversación se desahogó en contra de este empeño gringo de meter fiscales antiimpunidad o anticorrupción. Porque sí, afecta a la soberanía. Y el discurso político que apela contra eso apela a los instintos nacionalistas de cada país que tienen razón en sentirse invadidos. Pero a la vez hay una realidad: tómame un avión a Miami, mira esa ciudad y mucha de las riquezas ahí, esas torres, esos condominios y esos Lamborghinis; todo eso es la plata robada de América Latina en Estados Unidos. Todo eso es lo que no se construyó en sus propios países y que muchos rateros de sus propios países y gobiernos se han llevado para allá. O a Panamá también.

“¿Qué pasó con la Revolución? No sólo con la cubana sino con la noción de revolución. ¿Qué significa hoy en día?”

Hablabas del presidente de Guatemala, pero te pregunto por El Salvador, que también es un país que estás recorriendo. Ahí aparece Bukele, quizás el presidente más extraño de América Latina. ¿Cómo se lee un político de sus características en la región?

Bukele es un cambio total a lo que hubo. Hubo una guerra de doce años, muy cruenta. Terminó con una impunidad total. Los grupos extremistas que lideraron la violencia se convirtieron en partidos políticos, se intercambiaron asientos en el poder y desgastaron su reputación con la corrupción de sus presidentes y sus gobiernos. Bukele llega en el marco de la era Trump alegando ser alguien distinto. Viene de una familia inmigrante árabe, que son buenos en los negocios. Su familia tiene una cadena de *nightclubs*. Y él pasó de gerente de los *nightclubs* a alcalde de una pequeña ciudad

aledaña a San Salvador, y luego a gobernar San Salvador. Se mete en un partido ex guerrillero, remonta ese vehículo y después sale, inventa un partido nuevo utilizando redes sociales y logra la presidencia. Entonces es un poco como hizo Trump. Su nombre de usuario en Twitter era “el más cool”. Anda con la gorra hip hop para atrás. Acaba de aprobar el bitcoin como moneda de curso legal. En una de sus fotos de Twitter aparece con la bandera salvadoreña y la estadounidense atrás, siendo presidente de El Salvador. Era mejor amigo del embajador gringo, que era un agente de la CIA que fue designado embajador en El Salvador, antiguo asesor militar durante la guerra. Un tipo turbio.

Bueno, te iba a decir que Bukele quizás encarna esto que decías al principio del fin de las ideologías, pero este último dato ya lo ubica en un lugar muy claro, ¿no?

Yo creo que él entendió que Trump lo favorecía. Como populistas se entendieron. En El Salvador Bukele hizo migas con las fuerzas de seguridad de su país y les hizo la guerra a los legisladores. Al parecer ha sabido manejar muy bien las redes sociales. Aunque muchos chillaban por la represión, manejó bien la pandemia. Sus índices de popularidad son altísimos: del noventa por ciento. Pero al mismo tiempo ha endeudado mucho al país. Una deuda impagable, que está entrando en zona de riesgo. La jugada del bitcoin se la ha ingeniado como un recurso para salir de esos aprietos. Pero te digo una cosa: en privado, Bukele es el líder que más preocupa a mucha gente en la región. Y ya va armando partidos y alianzas en los demás países. Es alguien para seguir de cerca... ■

*Periodista, docente e investigador en la Universidad Nacional de Santiago del Estero. Su último libro es *Sañar con las Islas. Una crónica de Malvinas más allá de la guerra*, Prohistoria, Rosario, 2020.
© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



BIO

Jon Lee Anderson es un escritor y periodista estadounidense. Nació en California en 1957 pero creció y estudió en Colombia, Taiwán, Indonesia, Corea del Sur, Liberia y Reino Unido. Se inició como periodista en *The Lima Times* en Perú y se especializó desde entonces en temas políticos latinoamericanos y en conflictos políticos modernos. Forma parte del elenco estable del *New Yorker* desde 1998 y escribió perfiles sobre personajes tan variados como Gabriel García Márquez, Hugo Chávez, Fidel Castro, Augusto Pinochet o Saddam Hussein. También, publicó diversos libros entre los que se encuentran *La caída de Bagdad* (2005) y *Che Guevara: una vida revolucionaria* (2006).

Saskia Sassen

“Podemos pensar esta pandemia como una oportunidad”

por Carolina Keve*

Medellín, años 90. El conflicto armado ha tomado de rehén a toda la ciudad. Saskia Sassen está allí de viaje. Por desconocimiento, tal vez cierta falta de olfato aún sobre el pulso de esas calles, llega caminando a un barrio convertido en zona liberada. De pronto, se da cuenta del vacío. Del silencio. La gente huyó, está sola. Y ahí entiende: ha quedado en el medio de un campo de batalla, entre una organización armada (no recuerda cuál) y las fuerzas militares. Pide ayuda a un grupo de soldados. “Estaba completamente sola, había tiros en todas partes. Esa noche aprendí la diferencia entre el miedo y el terror”. Sassen elige esta imagen para describir algo que, en su opinión, condensa lo que se vive ahora. La pandemia ha generado miedo, pero no nos paralizó, dice con alivio. La vida recuperará su curso bajo esa suerte de pulsión que define la acción social.

Sassen habla con imágenes. De algún modo, más allá de las muestras tangibles de su trayectoria –una decena de libros, sendos títulos y honoris causa, y el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales recibido en 2013, a partir del cual la incluyeron en el Social Science Citation Index entre los diez primeros científicos sociales del mundo junto con Anthony Giddens, Jürgen Habermas y Zygmunt Bauman–, hay algo en su lenguaje que torna bastante única la forma en que logra describir la realidad. Todos la llaman “la socióloga de la globalización”, y no les faltan argumentos. Uno de sus principales trabajos, *La ciudad global* (Eudeba, 1999), constituye una verdadera anatomía de nuestro sistema; una anatomía que no sólo identifica su funcionamiento bajo las categorías que la nombran. También ilustra, percibe, escucha esas lógicas. Y es bajo esa misma mirada que, de algún modo, reivindica la enorme contradicción a la que nos ha expuesto el virus. “Realmente el hecho de que un virus invisible, que no tiene ni olor ni ruido, pueda generar tal desestabilización me parece maravilloso”, dice sonriendo con un perfecto español aprendido de su infancia en Argentina.

Sassen nació en Holanda pero vino a vivir al país de pequeña junto a su mamá y su papá, Willem Sassen, un periodista y actor holandés alistado en Europa en las SS. De hecho, aquí tuvo vínculo con varios miembros del círculo nazi. En la casa de Florida, los domingos recibía la visita de Adolf Eichmann, y esos encuentros dieron lugar a un reconocido artículo publicado en *Life Magazine*. Pero Sassen evita mencionar esos años. Así como también se excusa para hablar de política. “Me resulta

abstracto. No necesito introducir al fascismo para hablar de injusticias y desigualdades. De esas cosas se ocupa mi marido”, se ríe refiriéndose al sociólogo Richard Sennett, con quien se acaba de mudar a Nueva York tras vivir un año en Londres.

En varias entrevistas has mostrado cierto optimismo, adjudicándole una suerte de productividad social a la pandemia...

Para mí esta ha sido una especie de alerta para quienes estamos bien y estamos cómodos, la oportunidad de entender que existe algo que es más fuerte que nosotros, algo que puede alterar nuestras modalidades de vida y que las personas más modestas y más pobres sufren desde siempre. Quienes hemos tenido vidas bastante privilegiadas, no somos lo suficientemente conscientes de los costos y las pérdidas que demanda la reproducción del sistema y que afectan a los sectores más vulnerables. Por eso me parece que es un momento interesante para quienes observamos, tal vez más para aquellos como mi marido –porque yo trabajo sobre la pobreza y las injusticias–. Él trabaja sobre temas que tienen que ver con cosas tan abstractas como hermosas, y hemos tenido bastantes discusiones sobre esto (se ríe).

¿Podemos dar cuenta de que una normalidad que pensábamos naturalmente dada no es tal?

Exactamente. No obstante, hay que decir inmediatamente que las personas más pobres están sufriendo esta situación muchísimo. Y remarco esta diferencia cuando digo que nosotros desde una situación privilegiada podemos pensar entonces esta pandemia como una oportunidad para entender más y mejor las injusticias de nuestro sistema. Esto no es nuevo, pero creo que en el contexto de este virus hay algo que se puede visibilizar mejor.

¿En qué sentido?

Hace unos dos años, por ejemplo, participé de un documental que muestra al mundo de noche, gente trabajadora que tiene que levantarse en medio de la noche, en sus diversas modalidades, porque hay trabajadores dentro del sistema financiero que también se tienen que levantar a las 3 de la mañana. Y la diferencia me pareció extraordinaria.

¿La desterritorialización del trabajo profundiza la oposición entre *cognitariado* y *precariado*?

Absolutamente, y la economía de la noche es muy interesante como ejemplo para pen-

sar esas formas de precarización. Esa noche que llega después de las 3 de la mañana. Y no pienso en una ciudad pobre, pensemos en Nueva York. Es una noche que funciona para dejar todo listo para esa otra economía que despierta por la mañana y la desconoce completamente. Y fijate la diferencia que significa. Para mí la noche puede ser maravillosa, un espacio donde imagino cosas. En cambio, para esa persona que tiene que salir a trabajar, supone problemas en el transporte, los peligros que la noche siempre implica...

Pero, ¿realmente podemos hablar de una visibilización social de las diferencias? Y, en todo caso, ¿servirá para algo?

Me temo que tenemos una tendencia a olvidarnos de aquello que nos duele o nos aterroriza, una suerte de función de supervivencia. El terror paraliza y debilita. Creo que lo que generó esta pandemia fue miedo. En mi caso, no me dio miedo porque intenté entenderla, que es un poco lo que hago cuando no comprendo algo. Pero creo que la realidad nos está dando elementos para comprender una nueva condición. Una condición marcada por otros actores, que tal vez no hacen ruido, no

“Tenemos una tendencia a olvidarnos de aquello que nos duele o nos aterroriza, una suerte de función de supervivencia.”

son visibles. Por otro lado, hemos destruido tantas tierras, tantas aguas, y hemos restringido el hábitat de muchos otros. Tal vez estas nuevas condiciones tan solo suponen o visibilizan esa confrontación con otras especies. En definitiva es una lucha por el espacio, por el territorio. Y éste es un tema central, aunque para muchos ni siquiera era un tema. Por ejemplo, para ti, ¿cuál fue el año donde empezaste a preguntarte por estas cosas? ¿Cuándo fue que nos empezamos a preocupar por los virus?

Hace muy poco...

Bueno, en mi caso ya había comenzado a estudiar los SARS desde 1980. Lo que es distinto ahora no es solo la invisibilidad de los actores en juego, sino cómo nos hemos manejado socialmente. Pensemos que esto venía creciendo desde hace mucho tiempo, pero pese a eso veamos cómo hemos manejado la construcción de viviendas. Ha sido de una manera muy destructiva.





BIO

Saskia Sassen es una socióloga, escritora y profesora neerlandesa, criada en Buenos Aires y graduada en Filosofía y Ciencias Políticas en la UBA. En 2013 ganó el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y obtuvo el Premio CLACSO 2018. Es reconocida internacionalmente desde su obra *La ciudad global* (1991).

→ ¿Estamos ante un posible cambio de nuestra forma de habitar?

Sí, pero creo que ese proceso no es nuevo. En todo caso las clases privilegiadas, que tienen su puesto de trabajo en el centro, pero pueden tener su vivienda en regiones lindas con árboles y restaurantes, tal vez ahora empiecen a descubrir que la ciudad no es solo eso, que hay otro mundo urbano donde se plantea ese *edge*, ese borde. Creo que lo que el virus vino a hacer en todo caso es a romper esa ilusión. De hecho, hemos llegado a una instancia donde sabemos qué podemos hacer y qué no para no contagiarnos, pero somos unos pocos los que podemos tomar esa decisión, podemos decidir qué no hacer. Y no nos preguntamos qué pasa con los pobres, cómo lo enfrentan aquellos más vulnerables que no tienen esas opciones. Parece una escena surrealista, con dos realidades muy diversas en juego.

Pero, insisto, ¿qué consecuencias puede traer esta escena?

Creo que nuestra modernidad está cambiando, y eso implica que las modalidades que hemos usado también hay que cambiarlas un poco.

¿Por ejemplo?

Uno es el abuso que implica el hecho de que las grandes empresas permanezcan en los centros. Esa localización significa, por ejemplo, que cientos de trabajadores que viven un poco más afuera de la ciudad se tengan que trasladar. Ellos pagan ese precio pero

nuestra lectura de la ciudad deja afuera ese precio, nadie se detiene en ellos, que duermen mucho menos para poder llegar. Hay toda una humanidad a la que simplemente no pensamos. Y el ejemplo de la noche me parece que dice muchísimo. Por eso me pasé una noche en un centro de distribución alimenticia en Londres, porque la noche es una zona importantísima de nuestra economía, pero no la sufrimos. Vamos al mercado y tenemos las frutas a las 7 de la mañana, y no nos preguntamos por ese proceso que permitió que eso estuviera allí. Lo que hoy se expone es que estamos perdiendo opciones. Tenemos que construir nuevas ciudades, en vez de simplemente permitir que las ciudades se expandan generando el sufrimiento de muchos. Creo que estamos avanzando hacia cierto *re-assessment*, cuya traducción sería una revaloración, aunque prefiero hablar de reconocimiento, en tanto elementos que disminuyen la invisibilidad de ese mundo, ese mundo del cual dependemos para comer, para viajar, y que no lo pensamos fácilmente. Y eso es lo que me fascina de este momento: cómo un virus invisible, que no tiene ni olor ni ruido, pudo ponernos en alerta sobre una serie de opciones, condiciones y pérdidas que antes no teníamos. Es la visibilidad de lo invisible.

En relación a esta economía invisible que la pandemia visibiliza, resulta también interesante detenerse en la economía del cuidado. En tu desarrollo teórico utilizaste el término de “feminización de la supervivencia”...

Las mujeres han jugado un rol mucho más estratégico y necesario de la actividad durante décadas y ahora gracias a una movilización incuestionable lo reconocemos. Justamente uno de mis primeros artículos se llamó “Ball and chains”, que es una expresión norteamericana, y se refería a cómo las mujeres manejan la vida diaria, su rol esencial en la economía de todos los días. Y, en realidad, creo que esa dimensión marcada por la falta de reconocimiento se trasluce en la falta de un nombre efectivo. No hay término para definir ese trabajo, o lo que es más preciso pensemos en el significado en español: “Ama de casa”. Está lejos de significar lo que se refiere, más bien significa una idea de propiedad. El lenguaje que hemos utilizado a través de décadas es también un lenguaje que se resiste a hacer visible el hecho de esa dimensión económica, totalmente asociado a esa imagen impuesta por la industria cultural de la esposa bella. Y una pregunta interesante para hacernos en este caso es la inversa: qué se vuelve invisible hoy... ■

*Periodista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



**“Hay toda una
humanidad
a la que
simplemente
no pensamos.”**

Íñigo Errejón

“Necesitamos una alianza de los débiles”

por Federico Vázquez*



En Argentina hubo un primer optimismo de pensar que la pandemia nos iba a mejorar, algo así como “de esta salimos mejores”. Después vino la gestión mundial de las vacunas, con toda la desigualdad que generó. El primer mundo vacunándose y el resto mirando: una especie de reafirmación de la lógica con la que funciona el mundo. También en términos más cotidianos de la vida, con el teletrabajo como otra forma más de precarización, la porosidad entre los horarios laborales y los de descanso, la imposibilidad de las protestas callejeras... En fin, un resultado negativo. Entonces, ¿pensás que la pandemia puede tener un saldo positivo para la agenda del progresismo, de la izquierda?

Aquí hemos hecho muchas bromas con eso del optimismo del primer momento, sobre que saldremos mejores o más juntos, pero no creo que fuera solo ingenuidad. No lo dijimos solo porque en algún momento se apoderó de nosotros una sensibilidad naíf. Creo que la raíz de que tuviéramos ese pensamiento se debe a que después de largas décadas, desde la contrarrevolución de la derecha neoliberal de los finales de los 70 y principios de los 80, estaba tan destruida la idea de comunidad y la idea de bien común que de pronto, aunque solo sea por un evento de salud pública, reaparecen en la discusión política términos y valores que un mes antes eran socialistas.

¿Cómo cuáles?

De repente el Estado puede decidir qué trabajos y qué empresas son esenciales. Eso no lo decide la rentabilidad, ni el mercado y no lo deciden los consumidores. De repente existe algo así como el interés general, y postular que las sociedades tienen objetivos comunes no es ser un totalitario, es simplemente querer que nos salvemos. Por tanto, de repente el individuo no es un sujeto único. El individuo caprichoso, que tiene tantos derechos como mercancías pueda comprar, no es el sujeto único de la política pública ni de la discusión; sino que asumimos que somos una sociedad, no un conjunto de individuos. Eso, 15 días antes de la pandemia, era poner en suspenso algunos de los valores más duros del neoliberalismo doctrinario. “Oiga, ¿quién es usted para decirme que hay actividades más importantes que otras?”, “quién es usted para decirme que yo, como individuo, me tengo que preocupar más por la seguridad que por la libertad?”. En Europa la última vez que eso se conoció fue en los esfuerzos de la Segunda Guerra Mundial, cuando incluso gobiernos de signo conservador aplicaban políticas que en otro caso habrían sido casi socialistas, para

salvar la nación, para asegurar el suministro de armas, para garantizar la cohesión social, para evitar los conflictos internos. ¿Cuál es la discusión hoy? Lo que está en disputa hoy es si esa especie de comunitarismo y nekeynesianismo del momento de la crisis fue exclusivamente porque teníamos miedo o puede ser la pauta de la vida a partir de ahora en la nueva normalidad. Porque no hay nada nuevo en que los capitalistas adopten formas o se acerquen a formas de regulación cercanas al socialismo en momentos de miedo o de guerra. Eso siempre lo han hecho en realidad.

La pandemia, como una guerra, eventualmente va a terminar, o al menos estamos obligados a pensarlo. En la pospandemia, como en aquella posguerra, ¿ves alguna similitud como momento propicio para las políticas públicas de Estado de Bienestar?

Hay dos elementos que nos invitan a ser muy escépticos. De la guerra mundial en Europa Occidental se sale al menos con cuatro condiciones que hoy ya no se tienen. Una: el movimiento obrero era muy fuerte. El movimiento obrero sale con partidos y, sobre todo, sindicatos muy fortalecidos, tanto por las condiciones laborales y el modo de producción fordista, como, sobre todo, porque se había organizado e implicado de forma decisiva en la derrota de las fuerzas fascistas o nazi-fascistas. Dos, está la Unión Soviética, que no es en absoluto un modelo de socialismo ni de democracia ni de libertad, pero sí es una contraparte que hace que las clases dominantes de los países de Europa Occidental piensen que les sale más barato pactar que confrontar. Y esto seguramente es el tercer elemento: el pacto social de posguerra no es un pacto de redistribución, en el sentido de que lo que ganan las mayorías populares se lo quiten a las oligarquías. Es un momento en el que las oligarquías ganan un poco menos, pero ganan mucho. ¿Cómo es que ganan mucho los trabajadores y los patronos? Pues porque se lo cargan al Sur y al medioambiente, claro. Eso lo pagan las externalidades no pagadas en el medio ambiente, que se le carga a la cuenta de la tierra que parece que es infinita. Y esa es una drástica novedad para hoy en día, que sabemos que no solo esa cuenta no es infinita, sino que amenaza nuestras condiciones de vida en el planeta Tierra. Ahora bien, hay dos elementos que sí, y yo sé que es una respuesta contradictoria. Una es, ciertamente, la presidencia de Biden, que era el candidato más moderado de los demócratas y gana sin mucha grandilocuencia de transformación social. Gana con postulados bas-

tante *mainstream*, y sin embargo lo primero que dice es que se va a comprometer a llevar al G7 –y el G7 lo ha adoptado– una tasa impositiva del 15% mínimo real para las grandes corporaciones. Bueno, yo pertenecí de joven al movimiento anti-globalización, con el que recorriamos las contracumbres, y cuando decíamos esto nos tiraban gases lacrimógenos. De repente Biden, que es un moderado, lo sostiene. Yo creo que los sectores capitalistas más avanzados, intelectualmente más desarrollados, han entendido que necesitan mayor cohesión social y Estados un poquito más fuertes para que sus negocios sigan siendo productivos, sigan rindiendo beneficios. Y esto es importante notarlo, porque mayor presencia del Estado no significa mayor beneficio para los sectores populares. Que el Estado sea más grande no significa que la correlación de fuerzas necesariamente sea mejor para los más pobres. Significa que es necesaria una intervención pública mucho mayor para que las sociedades se sigan manteniendo y para que las posibilidades de hacer negocio sigan siendo prometedoras. Ahora bien, si bien más Estado no significa que estemos en sociedades más democratizadas, más Estado

para garantizar el suministro energético, para intervenir en los precios de la energía para que las industrias sigan siendo rentables, para frenar las zonas de calor o las zonas de frío y cómo afectan a las poblaciones. Es decir sí, a su pesar, los capitalistas han tenido que echarse en brazos del Estado para enfrentar al COVID, para pasar este tiempo, solo ha sido el ensayo general de una transformación mucho más grande que es el cambio climático.

Otra idea que venís sosteniendo en el último tiempo tiene que ver con la necesidad de una vida más lenta, la necesidad de un horizonte “conservador” incluso, ver la vida de las personas en un plano de cercanía. El primer Podemos hablaba de “la casta”, o de invocaciones más de la izquierda clásica, de repente esta agenda de la cercanía y de la ecología se vuelven muy presentes en tu partido, Más Madrid. ¿Se trata de una táctica o una estrategia? ¿Son más “moderados”? ¿Te pusiste a leer nuevos debates o con qué tiene que ver eso?

Esto nunca me lo han preguntado y siempre me ha extrañado por qué, así que te agradezco que me lo preguntes. Sí, las tres cosas. Empiezo

“Un revolucionario no es alguien que siempre dice ‘revolución’, sino alguien que tiene la propuesta más avanzada.”

sí que abre la posibilidad a que esa discusión la demos. Si aceptamos, por ejemplo, que el Estado necesita tener más capacidades para regular la salud pública, estamos más cerca de la discusión de que el Estado necesita garantizar la salud a todos sus ciudadanos, o de que el Estado necesita garantizar, igual que la salud, las pensiones o la educación. O que si el Estado tiene que ser más grande, por ejemplo, para tener mucho músculo financiero para comprar vacunas, por ejemplo, también lo tiene que ser para tener laboratorios públicos o para tener una política de ciencia e investigación de largo recorrido que le garantice que tiene soberanía tecnológica, que se sabe adelantar a los problemas. Ciertamente los retos que nos plantea el cambio climático –no a futuro sino ya– hacen necesario un tamaño, una dimensión, una fuerza y una presencia pública del Estado muchísimo mayor. Para garantizar que el agua llega, para garantizar la sostenibilidad de la agricultura, para garantizar y cuidar la salud de los ciudadanos,

por la táctica. España hoy no vive un momento populista, y sí que lo vivía entre el 2011 y enero de 2016. Fijo el 2011 por ser el inicio de las protestas de los Indignados. Y 2016, es decir, hasta que los errores del primer Podemos, y también de otros, fuerzan una repetición electoral en la que Podemos decide, y yo me opuse pero acepté la decisión mayoritaria, concurrir con la Izquierda Unida y el Partido Comunista en una coalición de partidos de izquierdas. Una decisión que le cuesta a Podemos un millón de votos. Yo creo que entonces se cierra el breve ciclo populista español. Y uno no hace las interpelaciones igual cuando el clima de su país es “que se vayan todos” que cuando el clima de su país tiene mucho más que ver con, a veces, demandas más individuales o una relación más alejada o más cínica con la política. A veces he jugado con la idea de los tiempos cálidos y los tiempos fríos. En los tiempos cálidos casi nadie confía en las instituciones, pero hay una implicación popular mucho mayor, las cosas van mucho más de prisa y hay como una →

→ épica y un lazo afectivo que tiene mucho más que ver con el sujeto “pueblo” que con el sujeto “ciudadanía”. Y en los tiempos fríos la gente tiende a volver a casa, a dedicarle más tiempo a las cuestiones privadas que a las públicas, y actúa más bien como ciudadano individualizado por las instituciones y no como pueblo. Claramente en España entre 2011 y finales de 2015 vivimos un momento cálido, un momento populista. Nuestro fracaso en transformar eso en un cambio de gobierno y en una transformación de la vida cotidiana y la apertura de un proceso constituyente en España provocó que la marea bajara. Y cuando la marea bajó, el clima político se enfrió en nuestro país. Y uno no le habla a su país de la misma manera cuando el clima cambia drásticamente. Un revolucionario no es alguien que siempre dice “revolución”, sino alguien

Las derechas creen que son contradictorios. Yo no creo que sean contradictorios, pero sí que son dos momentos. Hay un momento, más cálido, más afectivo, de expectativas más altas, de más confianza en la capacidad de la gente sencilla y de menos confianza en el funcionamiento institucional, de menos delegación, en el que la gente irrumpe como pueblo; pero en España prima el componente ciudadano. ¿Por qué prima el componente ciudadano? Porque las instituciones regulan exitosamente los aspectos de la vida cotidiana de tal manera que, si tú te quedas sin luz en tu calle, es mucho más fácil que llames por teléfono a la compañía eléctrica o pongas un tuit o llames a la televisión o a la radio para que se haga un escándalo con que no hay luz, antes de que te organices con tus vecinos para que se arme una protesta para que se restablez-

Cuando te pones a estudiar en serio, cambias cosas. Y unos amigos me piden que le haga un prólogo a un librito sobre el cambio climático, que se llama *Qué hacer en caso de incendio* [Héctor Tejero y Emilio Santiago, Capitán Swing, 2019] es curioso porque yo ahí doy una especie de giro de 360°. Mis padres eran maoístas en los 70 en España, en la lucha contra la dictadura y luego, cuando se derrumba toda la izquierda radical que había luchado contra la dictadura, mi padre es fundador de los Verdes en España. Y me había insistido toda la vida en la cuestión de los Verdes y de la política ecológica, y yo no le había hecho el menor caso nunca. Nunca. En parte yo creo que porque compartía esa idea, que hoy me parece muy torpe, de que las demandas ecológicas eran las demandas para los pueblos que tenían solucionadas las cuestiones materiales más importantes. “Se ocupan de la ecología los noruegos, que viven muy bien, aquí tenemos pensiones, no hay casas...”.

“Uno cambia como cambia el país, pero eso no significa que uno renuncie a sus valores.”

que tiene la propuesta más avanzada para lo que admite el momento.

En ese caso, esto sería a favor de la tesis de la moderación...

Bueno, digamos que eso sería una adaptación. Uno cambia como cambia el país, pero eso no significa que uno renuncie a sus valores. Tampoco significa que uno se disfraze. Nosotros consideramos que es más radical dar tres pasos con nuestro pueblo que dar veinticinco pasos solos. Hoy hablamos del tiempo de trabajo, de la salud mental, del aire que respiras, de si el transporte llega o no llega, de la escuela, del ambulatorio, del centro de salud; que son cosas muy concretas, materiales, muy de la vida cotidiana. Cuando tú me escuchabas en el 2014, yo parecía que le estaba hablando a masas que estaban ya marchando en la calle. Cuando tú me escuchas en el 2021 parece más que estoy conectando con una épica de tu vida cotidiana. Individual. No en el sentido individualista. No es que yo los separe, pero nuestra interpelación habla más de cosas de la vida cotidiana que de grandes horizontes épicos para las masas. Hay un cambio estratégico. Creo que estaba demasiado latinoamericanizado, incluso en el léxico. En España hay dos modos de agruparse y dos modos de comportarse en el espacio público: como pueblo y como ciudadano.

ca. Creo que, en general, a mayor desarrollo del Estado y de la individualización que llevan consigo aparejado los procesos de mercantilización, más componente ciudadano y menos componente popular hay. Y, por tanto, no en los momentos álgidos en los que estamos de subida, sino en los momentos de bajada en los que el clima político se enfría, hay que hacerse cargo de ese componente ciudadano y cívico que a veces no quiere protagonizar una gran revolución, sino que tan solo quiere que le solucionen las cosas. La tercera cosa es, drásticamente, que he estudiado. No digo “estudiado” como que me he dado cuenta de cosas que los otros no. Digo que no tuve nada de tiempo para leer durante el primer Podemos. Luego vamos a la Asamblea de Vistalegre II, en el Segundo Congreso, en el que chocan las tesis de Pablo, más izquierdistas tradicionales, y las mías más nacional-populares, y las nuestras son derrotadas. Ellos sacan un 45% y nosotros un 33%. Lo cual, en una formación de tipo muy caudillista se convierte en un 100 a 0. ¿Por qué te cuento eso? Porque eso significa que yo me paso casi 2 años en una especie de ostracismo interno. Dos años en los que mi papel en la política es mucho menor. Soy diputado en el Congreso Nacional pero no hablo. En el congreso español los diputados no pueden hablar cuando quieren, hablan si les deja el jefe de grupo.

Ahora que el movimiento ecologista se está desarrollando más en Argentina, hay una agenda más fuerte. Dentro incluso del peronismo, que era completamente alejado de esa agenda, hoy hay muchos sectores que se reivindican ecologistas. Es una novedad total. Vos ya sabes que el peronismo es una máquina de incorporar demandas.

El matrimonio igualitario, el feminismo...

Es una máquina de representar. Pero la cuestión ecológica choca justamente por esto que vos decís. Hay sectores, no solo de peronistas conservadores u ortodoxos, sino peronistas progresistas, algunos kirchneristas que plantean que las demandas de tipo ecológicas impiden las posibilidades de desarrollo nacional. ¿Qué pensás?

Yo he tenido esas posiciones. En un momento dado empiezo a tener una evolución intelectual por la cual asumo tres ideas. Una: las posibilidades de reindustrialización en el siglo XXI pasan por la reindustrialización verde. Pasan por las nuevas energías, por el transporte y la movilidad eléctrica, pasan por otras formas de agricultura. Y esas transformaciones requieren mucho trabajo, mucho desarrollo tecnológico, nuevas industrias. Y además creo que los países del Sur, y nosotros somos un país del Sur en relación con el norte europeo, lo tenemos que asumir... Es que en España si no lo hacemos nosotros lo van a hacer los alemanes. Vuelve a ser una cosa de soberanía industrial y soberbia tecnológica. No tengo un discurso ecológico como naíf, anti-económico, o que está al margen de las relaciones de poder entre los países. Al revés, es



que creo que la palanca verde es una palanca para industrializar nuestras naciones y para construir justicia social. Y voy con la segunda idea, que va con lo de la justicia social, y es que los efectos de la crisis climática, las enfermedades, la obesidad por la mala alimentación, los sufren fundamentalmente los más pobres. Básicamente vamos a un escenario en el que, o las sociedades recuperan, con Estados fuertes, la posibilidad de planificar el futuro y democratizar sus economías y sus relaciones sociales, o vamos a un escenario de guerra de todos contra todos por unos recursos que además son finitos. Guerra de todos contra todos por el agua, por el aire limpio. Guerra de todos contra todos por las energías. Y esa guerra de todos contra todos es una distopía en la que las oligarquías van a pasar por encima de quien haga falta para acumular lo que puedan. Frente a eso yo creo, honestamente, que además de que sea una necesidad imperiosa la transición ecológica, es una inmensa palanca. Es una gran oportunidad cultural. Te lo voy a decir en broma: es la manera de ser anticapitalista y ser cool, ser moderno. Porque el problema ecológico le plantea unos retos al modo de desarrollo neoliberal que no puede afrontar. No hay soluciones neoliberales al cambio climático. La única solución pasa por movilizar muchos recursos bajo el comando estratégico de una dirección estatal, que tiene que planificar a largo plazo. Entonces me pongo a leer sobre ello y me parece que, incluso en lo hipster, hay una especie de

señal cultural y estética de una necesidad de vuelta a los orígenes. Como si todo el mundo se hubiera dado cuenta de que vivimos vidas en las que todo lo que era placentero, todo lo que nos gustaba, se está perdiendo. Nosotros hemos abierto una verdadera discusión nacional en España, con la reducción de la jornada laboral y con lo de la salud mental. Son asuntos de la vida cotidiana que están haciéndole una enmienda a la totalidad del modelo con el que vivimos. Digamos que estamos planteando algo muy radical, que para mí viene como del primer movimiento obrero, que es que tenemos derecho a ser felices, y eso es algo que se entronca también con cierta tradición del peronismo. Tenemos derecho a ser felices. El primer movimiento obrero no pide ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso y ocho horas de ocio solo porque sea justo. Es que está reivindicando algo, que es lo más hermoso, que es que los obreros tienen alma, tienen derecho a dormir, a quedarse hasta tarde en la cama los domingos, tienen derecho a ir al teatro o a disfrutar del campo.

Si te entiendo bien, esta agenda donde está la cuestión ecológica y la cuestión de la vida cotidiana, te parece además una herramienta efectiva para responder a esa famosa pregunta que tiene la izquierda hace tiempo que es: “¿Cómo combatir a la ultraderecha?”. ¿Sería un poco esa la estrategia? Para enfrentar a Vox, por decirlo directamente.

Si, drásticamente. La izquierda tiene con

los términos “fascismo” y “antifascismo” un problema, que es que los erotizan. Nos gusta decir “fascismo” y “antifascismo”, porque nos parece en realidad que el antifascismo es muy radical. Que ser antifascista es ser muy radical. Así que combatimos a las nuevas derechas no como más les duele a ellas, sino como más nos apetece a nosotros, como más nos erotiza a nosotros. En lo fundamental, las nuevas derechas o las nuevas extremas derechas no discuten el modelo neoliberal. No son derechas que quieran movilizar, digamos, una movilización popular de masas para respaldar una especie de Estado corporativo. Nada de eso. Lo que quieren es que siga esta especie de orgía de los ricos por la cual se emancipan de la sociedad y pueden hacer lo que les da la gana, y a cambio proponen dos cosas: más mano dura hacia abajo, y encontrar chivos expiatorios que permitan socializar o democratizar la crueldad, es decir, por muy jodido que estés, siempre va a haber alguien que esté más jodido sobre quien tú puedes ser tan cruel como lo es el día a día contigo. A ti en el trabajo te tratan como si fueras una mierda, tu jefe no se sabe ni tu nombre y mañana te despide, te trata mal, sientes que no cuentas para nadie, los políticos no hablan de tu vida, ya, ya; pero hay alguien frente a quien te puedes sentir privilegiado. Las mujeres, los migrantes. En nuestro país te puedes sentir agredido contra los catalanes... Siempre hay alguien contra quien te puedes sentir un privilegiado. Digamos que no hay privilegios para todos, pero sí que hay subalternos para todos. A todo el mundo le podemos ofrecer alguien que está peor. Una especie de socialización de la crueldad. ¿De dónde viene esto? Esto viene de que no hay futuro. Esto viene de la idea radical, extendida, que ha cundido en nuestras sociedades de que no hay futuro. Y esta idea, como todas las ideas políticas, donde más se muestra no es en los discursos de los políticos, es en la ficción. Tú ahora, esta noche, te pones Netflix, HBO o Amazon, el que sea, y yo te reto a que tú no encuentras una sola película o serie de ciencia ficción donde el futuro sea mejor. No hay.

No hay utopías y estamos llenos de distopías.

Claro. Nadie se imagina que hay un futuro mejor. De hecho, todos los escenarios del futuro son escenarios de descomposición del futuro. Es una especie de presente empeorado. *Black Mirror* en realidad es como un presente al que le suben dos grados. Solo dos. La vida de hoy, un poquito peor. Cuando nosotros éramos pequeños sí que había ciencia →

BIO

Íñigo Errejón Galván es un politólogo español, diputado de la XIV legislatura del Congreso de los Diputados por Más País. Doctor en Ciencias Políticas, fue uno de los fundadores de Podemos en 2014 y uno de sus principales estrategas políticos. Está influido por Ernesto Laclau y la Escuela de Essex de Análisis del Discurso. Entre sus libros se encuentran *Construir pueblo* (2015), junto a Chantal Mouffe, y *Qué horizonte* (2019), junto a Álvaro García Linera.

→ ficción buena, optimista. Había ciudades en las que la gente se transportaba por tubos, eran limpias, no había enfermedades, la gente iba con mochilas propulsoras que era como ser tu propio helicóptero. Eso dejó de pasar en algún momento. Y cuando dejó de pasar eso, era la muestra de que ha cundido por todas partes la idea de que no hay futuro. Entonces frente a este “no hay futuro”, creo que hay dos salidas. El neoliberalismo nos ofrece una especie de presente continuo: bueno, olvídate de eso, es malo. Bébetelo otra copa, actualiza tu historia de Instagram, sigue. Conoce a más gente, liga más, cómprate más cosas, cuelga más fotos en más lugares... sigue, sigue, corre, corre. Y de hecho, ellos tienen una especie de honestidad brutal y cínica por la que te dicen: mira, si los izquierdistas te dicen que esto tiene arreglo, no les creas. No tiene arreglo. Esto se va a poner feo y aquí lo que necesitas es un presidente que gobierne al país como si fuera una empresa, un rifle, dos cojones y unas fronteras altas. Porque esto se va a poner feo. Hay solo otra salida posible que es que nosotros, los progresistas, los demócratas, los nacional-populares, ofrezcamos una idea de futuro tranquila, con seguridad, con libertad. Y, para mí, esa idea de

las derechas los de la libertad. Es un error dramático que hay que salir a golpear y que hay que disputar con mucha fuerza. No solo con fuerza declarativa, sino que hay que proyectar escenarios de vidas deseables que son más lentos, que son más tranquilos, que son más seguros y que son más libres. No eres libre cuando solo tienes el derecho a comprarte aquello que tu dinero te permita. Eres libre cuando puedes vivir sin miedo al futuro, cuando tienes tiempo para ver a los tuyos, cuando no tienes miedo de que un golpe de mala suerte te envíe a la miseria, cuando puedes disfrutar de una vida en la que puedes planificar hacia delante, cuando puedes desarrollar tus capacidades. En la vacuna nos salvamos porque nos vacunamos todos. Es la prueba. Y no seremos libres porque alguien tiene mucho dinero y se compra una vacuna en el mercado negro. No. Somos libres porque tenemos un Estado que nos ha cuidado y por eso nos hemos vacunado todos, y por eso podemos ir sin mascarilla o podemos hacer vida tranquila. Somos libres en comunidad, nadie es libre solo. Me parece que es mucho más radical cambiarle la conversación a la extrema derecha y salir a disputar lo deseable: la libertad, el futuro, el mañana, el deseo. Es mucho

“No hay privilegios para todos, pero sí que hay subalternos para todos. A todo el mundo le podemos ofrecer alguien que está peor.”

futuro tiene que recuperar dos cosas. Una: la idea de que somos frágiles. Yo no propongo que vamos a estar seguros porque somos fuertes e invencibles. Frente a la idea muy masculinizada, de masculinidad tóxica, muy machista, de Bolsonaro o Trump, que se les quiere porque nunca tienen miedo, cometen errores pero nunca piden perdón; son tipos durísimos que le podrían pegar al periodista que les pregunta... Frente a esa idea de hombres duros que no se detienen ante nada, nosotros no vendemos que somos fuertes porque lo seamos individualmente. Nosotros aceptamos, y más después del Covid, que somos frágiles. Nuestros cuerpos son frágiles, nos podemos morir, nuestras sociedades son frágiles, se pueden ir al carajo, y nuestro planeta es frágil. Entonces lo que proponemos es algo así como una alianza de los frágiles, una coalición de los débiles. Y podemos hacer una alianza, un pacto de los frágiles para vivir con tranquilidad, cuidándonos. Acabo de llegar, por el otro lado, a que “la Patria es el otro”. Solo que en las condiciones culturales y de época de nuestro país. La última idea es la cuestión de la libertad. La pelea central de nuestro tiempo. O sea, los escenarios futuros tienen que ser escenarios deseables. No se puede, por más tiempo, seguir afirmando que nosotros somos los de la igualdad y

más radical eso que ser una especie como de nostálgico y quejica que señala “ojo, hay que aprender de los errores del siglo pasado o de los años 30, que vienen los fascistas”; porque a ellos les encanta verse como unos tipos fuertes, provocadores, muy duros, que producen amenaza, que son escandalosos. Lo que hay que denunciar es que son unos tipos ridículos que vienen única y exclusivamente a dar una vuelta de tuerca más a la tiranía de los más ricos: que los ricos puedan hacer lo que les dé la gana y que el resto viva la vida con miedo. Lo que hay que hacer es secarles el agua. ■

*Periodista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



Naomi Klein

“Esto es un adelanto del calentamiento global”

por Esteban Magnani*



Naomi Klein es una de las pocas voces capaces de articular las múltiples dimensiones de la crisis del capitalismo en su modalidad neoliberal. Su primer libro, *No logo*, explicaba ya en el 2000 las formas en que las corporaciones concentraban la economía mientras se filtraban entre los valores y emociones de la sociedad. En 2007 en *Doctrina del shock* analizó los múltiples ejemplos de cómo las crisis provocadas por causas naturales, pero también sociales, políticas y económicas, algunas deliberadas, son explotadas por los sectores del poder concentrado para imponer una tras otra las medidas que los benefician aún más. Y en los últimos años se han multiplicado artículos y libros, en especial *Esto lo cambia todo* de 2018, donde da cuenta de cómo el capital engehecido embiste hacia el abismo final: el agotamiento de los recursos naturales.

Si algo caracteriza a esta intelectual canadiense es que no le escapa al barro de lo real: observa, participa del mundo y sigue con especial atención a los movimientos sociales. Esa actitud de diálogo permanente es la que, por ejemplo, la trajo a Argentina en 2002 para conocer de primera mano a los movimientos sociales que brotaron luego del tsunami neoliberal. Al año siguiente volvió, y junto a su compañero Avi Lewis, realizaron el documental sobre empresas recuperadas *La toma* (1), en el que también trabajó este cronista. Casi veinte años después Naomi abrió generosamente una ventana en su computadora para hablar con *el Dipló* y analizar la coyuntura actual.

Si volvieras a escribir *La doctrina del shock*, ¿tendría un capítulo sobre el Covid? ¿Cuál sería su particularidad?

Sí, lo haría. Tal vez debería escribir una introducción a una nueva edición o algo así porque no hay duda de que hemos visto un cobarde aprovechamiento del desastre, una gran especulación en medio de este horrible período de muerte masiva. Lo más extraordinario de este período es que tenemos una profunda pauperización, un enorme número de muertos y al mismo tiempo un boom económico. Esta no es una crisis económica en el sentido tradicional. Ha sido un período en el que los multimillonarios aumentaron enormemente su riqueza. Los intereses de las élites se han separado de cualquier interés compartido con la clase trabajadora. Y luego, por supuesto, hemos visto todo tipo de intentos muy explícitos de explotar el desastre, hasta empresas extractivas que utilizan la pandemia para decir: “Oh, lo siento, no podemos hacer cumplir las regulaciones ahora mismo”. También hemos visto un intento muy concertado por parte de las empresas de tecnología de utilizar las necesidades reales de distancia física para reempaquetar tecnologías. Creo que estamos viendo una especie de privatización parcial y por la puerta trasera de la educación pública, en la que gran parte de la educación migra a plataformas privadas como Google Classroom o Zoom. Y no hay duda de que necesitábamos hacer esto. Pero la verdadera pregunta es, ¿por qué tenían que

ser plataformas privadas? De hecho, existían iniciativas del sector público que estaban desarrollando algunas de estas tecnologías con fondos públicos en un modelo sin fines de lucro. Y todo eso fue simplemente dejado de lado. Lo que hace Silicon Valley es primero inundar la zona con servicios gratuitos o de precio muy, muy reducido y lograr el dominio del mercado. Así nadie puede competir porque todos están en la plataforma. Esos son solo algunos de los ejemplos del capitalismo del desastre al amparo de una pandemia.

Justamente en el mundo educativo en Argentina se comienza a debatir una nueva lógica de extractivismo de datos de niños y niñas a través del sistema educativo. Para mi sorpresa, entre tantas urgencias en educación, un artículo que escribí para el libro de la Universidad Pedagógica *Pensar la educación en tiempos de pandemia* (2) generó interés y pedidos de charlas para profundizar el tema. Es difícil evitar a las corporaciones tecnológicas, pero al menos hay interés por hacerlo. En América Latina a la dimensión privatizante se le agrega la colonial. ¿Se está empezando a discutir eso en Estados Unidos y Canadá?

Francamente, creo que no ha habido suficiente rechazo de los sindicatos de educación o la educación pública. Creo que es por razones comprensibles, porque muchos de ellos han tenido que pelear con gobiernos que intentaban empujarlos al aula poniendo en riesgo su salud. Así que si entendemos que habrá más en-

de los programas del New Deal se llamó Administración Nacional de la Juventud y sacó a millones de jóvenes de dieciocho, veinte o veintidós años a trabajar haciendo cosas como construir parques infantiles, limpiar senderos silvestres y ayudar en la enseñanza y la enfermería. Eso es realmente invertir en la economía. Así estás resolviendo múltiples problemas a la vez: el problema de una inversión insuficiente en la esfera pública, la necesidad de empleos para esta generación. Y también éstas son soluciones climáticas. Necesitamos acceso a la naturaleza, protección de la vida silvestre e invertir en sectores bajos en carbono como la educación y la enfermería, que son realmente alternativas a las industrias extractivas.

Las recientes propuestas del presidente Joe Biden parecen bastante más keynesianas de lo que estábamos acostumbrados. En Argentina algunos comenzaron a llamarlo en chiste Juan Domingo Biden en referencia a Perón. ¿Es para tanto?

Creo que Biden es un demócrata extremadamente convencional. Creo que si buscás en el diccionario “demócrata convencional” debe haber una foto de Biden. No es alguien “ideológico”, es un centrista en el sentido de que encuentra el centro y va allí. Así ha logrado mantenerse en el cargo público desde que tenía veinte años y ahora tiene setenta. Lo que estamos viendo es que el centro ha cambiado. Bernie [Sanders], [Alexandria] Ocasio Cortez, el movimien-

“Creo que Biden es un demócrata extremadamente convencional.”

señanza en línea y entendemos que la conectividad digital es un servicio esencial, entonces tenemos que luchar por un bien común digital en todos los frentes. Y entonces la educación debe ser parte de eso. La salud debe ser parte de eso. Vemos ejemplos de esto en Barcelona con Ana Colau, con un enfoque basado en los bienes comunes municipales de lo digital, el Wi-Fi, etc. Pero también creo que debemos buscar otros modelos educativos más seguros. Me habría gustado ver un mayor impulso para aulas más pequeñas y más educación al aire libre. Porque amontonamos a los estudiantes en aulas de un tamaño que no es bueno para ningún niño o niña. Quiero decir: sabemos que lo más seguro en el contexto de Covid son las aulas de once, doce estudiantes con mucha educación al aire libre. En realidad, eso es lo mejor desde una perspectiva de salud pública y también de educación. Y lo que encuentro enloquecedor es esta enorme transferencia de riqueza del sector público a empresas tecnológicas privadas cuando podríamos haber usado ese dinero para contratar asistentes didácticos entre estudiantes universitarios que se están graduando en una economía en crisis. Este es el tipo de cosas que sucedió durante la Gran Depresión en Estados Unidos. Uno

to Sunrise (3) corrieron el centro, crearon un espacio para que un político centrista dividiera la diferencia y dijera “Bueno, vamos a tener un proyecto de ley de estímulo de dos mil millones de dólares”. En realidad no es lo suficientemente grande, porque necesitamos un proyecto de ley de estímulo de diez mil millones de dólares. Entonces ese es Joe Biden, encontrando el centro entre Bernie y [Barack] Obama. Eso es un avance. El problema es que cuando necesitás avanzar en el aspecto climático no alcanza. Tenemos muy, muy poco tiempo porque ya se ha perdido demasiado. Yo diría que Biden no es peronista. Creo que vislumbramos un poco eso cuando envió cheques a la gente y hubo un billete que vino del presidente Biden. Pero creo que lo que necesitamos ver es un movimiento muy, muy rápido para mejorar materialmente las cosas en la vida de las personas para que digan “Ok, el Green New Deal no da miedo (4). El Green New Deal significa más empleos creados en tu comunidad. Hay mejor infraestructura, mejor tránsito”, cosas que hacen que la vida de las personas sea tangiblemente mejor. Necesitan hacer eso de inmediato o perderán su escasa mayoría. Y, desafortunadamente, ya estamos viendo algunos retrocesos en esa ola original →

→ de anuncios. También es culpa del Congreso y de los demócratas corporativos. Pero creo que veremos una nueva ola de activismo en los próximos meses a medida que las personas en Estados Unidos se vacunen. Creo que vamos a empezar a ver algunas acciones masivas que volverán a subir el nivel de urgencia, porque creo que existe un temor real de que cuando Estados Unidos salga de la crisis olvidemos que el Covid no fue la única crisis que enfrentaremos.

¿Cuán verde es el paquete de estímulo propuesto por Biden?

Bueno, de hecho no ha sido aprobado. Entonces, ¿cuánto tiene de verde? Es demasiado pronto para decirlo, pero gran parte lo es. Definitivamente más que con Obama. Biden ha hablado de comprometer el 40% del gasto en infraestructura para comunidades pobres, comunidades de justicia ambiental, las comunidades que son abrumadoramente negras, indígenas, marrones, que han enfrentado una subinversión sistémica y contaminación. Y así, en muchos sentidos, la victoria más prometedora del movimiento por la justicia climática es ese compromiso de que el 40% del gasto se destinará a las comunidades de primera línea de la justicia ambiental. Eso cambiaría las reglas del juego si sucediera, pero no está cerrado.

“Esta no es una crisis económica en el sentido tradicional. Los millonarios aumentaron muchísimo su riqueza.”

¿Podés vincular lo que ocurre en Chile o Colombia con la crisis neoliberal global?

Bueno, creo que cada levantamiento de masas es siempre específico de su propia historia, pero aun así podemos sacar algunas tendencias globales. Y creo que los sostenidos levantamientos en Chile tienen un enorme significado histórico, en parte porque Chile fue el primer laboratorio del proyecto neoliberal. A menudo pienso en la predicción de Rodolfo Walsh de que se necesitarían tres generaciones para que el trauma de la dictadura disminuyera lo suficiente como para que la gente resistiera de nuevo. Creo que siempre subestimamos cuánto dura el trauma. Estamos viendo una generación que tiene la memoria histórica de la dictadura, pero tiene una imaginación menos colonizada. Lo que está sucediendo en Chile debe entenderse en ese contexto. Creo que este enorme e indignado levantamiento en Colombia también es parte del lento desmoronamiento del consenso neoliberal. La pregunta es, ¿qué lo reemplaza? Y no hay que dar por sentado que siempre será reemplazado por algo mejor como ya vimos. Creo que Trump representó eso. No era un neoliberal tradicional. Podría parecer porque en algunos casos recortaba, pero en otros aspectos no. Y creo que [Rodrigo] Duterte,

[Jair] Bolsonaro, [Narendra] Modi son parte de eso. Ellos tienen un enfoque clientelista, un discurso contra los globalistas.

Hay quienes creen que las políticas progresistas de Obama se quedaron en los aspectos más simbólicos como la defensa de los derechos de las minorías, pero no modificaron el ideario neoliberal económico y eso favoreció la derechización de la clase trabajadora blanca de ese país, el odio a los derechos de las minorías.

Bueno, creo que Obama representó un abrazo a las políticas simbólicas de diversidad sin la redistribución de la riqueza material que también beneficiaría a la clase trabajadora blanca, así como a la clase trabajadora en general, que en Estados Unidos no es mayoritariamente blanca. Esto es lo que vimos durante la pandemia: la abrumadora mayoría de personas negras y marrones que trabajan han sido las más vulnerables frente al Covid. Con Obama se produjo esa reacción blanca a estas victorias simbólicas que se dieron sin ofrecer una distribución de la riqueza. Y eso creó una situación muy volátil. El trumpismo no está muerto. El propio Trump podría regresar en las próximas elecciones o en una versión peor de Trump, una figura nacionalista blanca más efectiva. Y es por eso que este momento es francamente aterrador en Estados Unidos, con Biden, el Senado y la Cámara controlados por los demócratas pero sin actuar con la urgencia que este momento requiere. Obama tenía lo que tiene Biden ahora en sus primeros dos años: el Senado, la Cámara, la Casa Blanca. Y precisamente porque fue tan tímido en ese período, perdió el Senado y luego “Adiós a la acción climática sostenida”. Nada significativo podría ya pasar por el Senado.

Tus esperanzas están en los movimientos juveniles por el clima. ¿No están muy restringidos a la juventud del primer mundo?

Creo que el movimiento juvenil por el clima, sobre todo “Fridays for future” (5), que se inició con Greta Thunberg, ahora es realmente una red global. Y creo que es cierto que en el primero mundo, o desarrollado, como prefieras, fue mucho más fuerte. Pero creo que el movimiento ha hecho un trabajo notable al volverse más internacionalista que el movimiento climático de adultos. Y creo que un ejemplo poderoso de eso es lo que sucedió en India con el movimiento de los agricultores que no se describía a sí mismo como un movimiento climático. Es un movimiento de pequeños y medianos agricultores que luchan contra las políticas neoliberales que buscaban concentrar la tierra en manos de unas pocas grandes empresas agroindustriales, lo cual sí es un problema climático. Pero cuando cientos de miles de agricultores indios tomaron las calles y construyeron lo que algunos han llamado el movimiento de masas más grande de la India desde la independencia, el movimiento climático internacional y los grandes grupos ecologistas realmente no dijeron mucho. Fueron los jóvenes de “Fridays for Future” en India quienes dijeron: “Miren, esto es un problema climático. Los agricultores están en

la primera línea de la sequía. Los agricultores son más vulnerables al cambio climático”. Luego Gretta y otras personas en la red comenzaron a apoyarlo. Y el gobierno de Modi estaba tan asustado que arrestaron a varios jóvenes activistas del clima por, según dijeron, conspirar para que Gretta apoye a los agricultores. Pero creo que eso habla del poder de la solidaridad internacional. Y estoy impresionada, francamente, por la forma en que el movimiento juvenil por el clima ha asumido el tema de las vacunas, cómo entendieron realmente el apartheid en salud que estamos viendo, con los países ricos acaparando todas las vacunas y protegiendo las patentes de medicamentos que se desarrollaron en su totalidad casi con dinero público. ¿Por qué hay patentes de estos medicamentos? Solo se les debería haber pagado por el servicio. Y esto es lo que estamos viendo, ya sabes, jóvenes estadounidenses están siendo vacunados antes que miles de millones de personas en el sur global que son mucho, mucho más vulnerables. Esta es una vista previa del cambio climático. Esta es una vista previa del tipo de injusticia que se genera frente a las crisis. Entonces ya tenemos el apartheid climático; el Covid nos da una imagen previa de cómo se ve. Y es el movimiento juvenil, creo, el que ha estado dispuesto a establecer estas conexiones mucho más que el llamado “movimiento climático de adultos”.

En una entrevista de 2020 (6) decías que había una ralentización social saludable. ¿Seguís viendo lo mismo?

Bueno, siento que se nos viene encima el *business as usual*, como un tren fuera de control, y creo que si miramos algunos de los países que han vuelto a la “normalidad” vemos un repunte de las emisiones. Es muy preocupante. No voy a mentir ni a ser optimista al respecto: creo que si vamos a aprender las lecciones más profundas de la pandemia sobre lo que es verdaderamente esencial, lo que realmente nos trae felicidad, cómo queremos vivir, qué es importante... tenemos que reflexionar y luchar por ello. No va a suceder por sí solo. Creo que nos extrañamos, verdad, y hay ciertas cosas que queremos dejar atrás: yo no quiero estar aislada de mis amigos y seres queridos. No quiero volver a ver a un amigo por un café rápido. Y quiero que realmente podamos pasar tiempo juntos y lo usemos de manera más significativa, incluso para el trabajo político que será necesario para ganar esta transición. ■

1. http://thetake.org/index.cfm?page_name=synopsis
2. Disponible en: <https://editorial.unipe.edu.ar/colecciones/politicas-educativas/pensar-la-educaci%C3%B3n-en-tiempos-de-pandemia-entre-la-emergencia,-el-compromiso-y-la-espera-detail>
3. <https://www.sunrisemovement.org/?ms=SunriseMovement-WeAreTheClimateRevolution>
4. <https://www.nybooks.com/daily/2019/09/17/the-green-new-deal-a-fight-for-our-lives/>
5. <https://fridaysforfuture.org/>
6. <https://www.theguardian.com/books/2020/jul/13/naomi-klein-we-must-not-return-to-the-pre-covid-status-quo-only-worse>

*Escritor y periodista científico.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

BIO

Naomi Klein es una periodista, escritora y activista canadiense, colaboradora habitual en *The Nation* y en *The Guardian*. Es autora del best-seller *No Logo* (2001), *Vallas y ventanas* (2003), *La doctrina del shock* (2007), *Esto lo cambia todo* (2015) y *Decir no no basta* (2017), además de un gran número de artículos periodísticos y políticos. En 2004 estrenó *The Take*, un documental cinematográfico sobre las fábricas ocupadas en Argentina.

Franco “Bifo” Berardi

“Yo no soy un adorador de la ley, no creo que la ley sea la solución”

por Lala Toutonian*

Hoy, entre tantas, la preocupación de Franco “Bifo” Berardi es la nueva Constitución chilena y el devenir del pueblo trasandino. No por lejano, en un sentido geográfico y hasta de idiosincrasia, le es ajeno en absoluto. La constitución política de Chile no podía terminar de despojarse de los últimos guiños pinochetistas, esto es: seguían regidos bajo una Carta Magna escrita, firmada y obligada de la dictadura. Y molestaba, enojaba en tiempos de democracia. Primero, desde el gobierno, se llamó a plebiscito, se le dio la palabra al pueblo: ¿qué quieren? En la primera de las dos preguntas planteadas en el mismo, “¿Quiere usted una nueva Constitución?”, el Apruebo ganó por 5.885.721 votos (78,27%) frente a 1.633.932 votos (21,73%) del Rechazo. Más allá del triunfo, no deja de sorprender el conservadurismo del casi 22% de la población. En el segundo interrogante, “¿Qué tipo de órgano debería redactar la nueva Constitución?”, los chilenos optaron por una convención constitucional formada por 155 ciudadanos elegidos por voto popular. Por supuesto la convulsión política se traduce en un autoanálisis riguroso del poder chileno y el acomodamiento del pueblo en una cartografía estrecha digna de su territorio como simbolismo subjetivo de crisis e intención de solución.

La revuelta que había comenzado con la juventud harta de algoritmos abstractos que no los atendía ni mejoraba, optó por los viejos mecanismos: gritar en las calles, saltar los molinetes del metro sin pagar, pintar las paredes, tomar el espacio público como escenario. La mecánica inspiradora no paró de rodar hasta llegar a cambiar nada menos que la Constitución.

Y lo que empezó sin una amenaza de pandemia, fue recorrido por la misma, entorpeciendo y poniendo en peligro aun más la vida, la libertad.

El día anterior a la entrevista con *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Franco Berardi había convocado a una asamblea vía Zoom para tratar el tema de la Constitución chilena. Quedó desbordado: “Cómo se desarrolló la situación, hubo intervención de gente muy variada: militantes de la revuelta colombiana de Cali, hombres del sindicato metalúrgico chileno, psicoanalistas argentinos; en fin casi 200 personas de las cuales veintidós han tomado la palabra haciendo su aporte a la situación. Trabajadores de la salud mental que insisten desde el comienzo de la pandemia en dedicar particular atención al tema chileno. Así me di cuenta, por ejemplo, de que esta situación es una discusión mucho más compleja de lo que yo esperaba”.

¿Por qué?

Porque me ha permitido caer en la cuenta de que el proceso de institucionalización de la revuelta de otoño del 2019 es por supuesto un paso necesario, pero al mismo tiempo muy peligroso. Es decir que la dinámica que se desencadenó en ese momento ha permitido la creación de muchas realidades nuevas, de asambleas, de formas de vida cotidiana que cambiaron, de relaciones humanas, y todo eso tiene que ser la primera cuestión del proceso. Y el peligro es que de volverse a la dinámica institucional, las relaciones políticas podrían limitarse, pero al mismo tiempo la mayoría de las personas que han participado de esta asamblea eran muy conscientes del hecho de que la apuesta, la posibilidad abierta de la asamblea constitucional no se puede perder. No estoy hablando solamente sobre los chilenos, me parece importante que después de años de dictadura global de neoliberalismo, la dictadura que nació como un golpe fascista en Chile, tras cuarenta años, esta es la primera vez que podemos hablar sobre principios alternativos, principios *constitucionales* alternativos. Yo no soy un adorador de la ley, no creo que la ley sea la solución de los problemas sociales. La solución está en la sociedad misma, la cultura, la cortesía, la comprensión y de muchas otras cosas, no la ley. Pero tal vez, la ley puede lograr esa creación constituyente.

Veamos el rigor de la palabra Constitución: algo que constituye, que crea, que funda, una Carta Magna, más allá de legalidades o estatismos que de rigor deben entrar para construirse y que sea su finalidad el bienestar del pueblo. Entonces, celebramos que se reforme una Constitución, sobre todo luego de tantos años, que es otro factor destacado: todo toma siempre mucho tiempo. Los juicios de la dictadura argentina fueron largos, dictadores que murieron sin ser juzgados. Entonces, la Justicia es lenta, el pueblo es el protagonista y está apurado. En Chile fue el pueblo, o mejor, fueron los estudiantes que entraron a los gritos al metro saltando los accesos. Usted destaca que la depresión que padecemos por el capitalismo y ahora sumada la pandemia puede ser contrarrestada con el accionar. Y esa acción, quizá, venga de mano de la revolución. ¿Es la juventud la que está logrando este cambio? Y otra pregunta argentina: ¿dónde entra el psicoanálisis?

Y yo sumo a esa pregunta suya otra para mí mismo: ¿por qué un grupo de psiquiatras, médicos de la salud mental, que viven en Italia, España, Argentina, México, Chile, han decidido mezclarse con una problemática meramente política? Las respuestas a su pre-

gunta y a la mía no son más: están en las redes de Valparaíso: “No era depresión, era capitalismo”, ponen en las pintadas. Es una de las frases que más me ha golpeado, verdaderamente. Porque al mismo tiempo contiene un análisis de lo que es el capitalismo contemporáneo, esto es una fábrica de la infelicidad, una forma de producción masiva de la fragilidad psíquica que está vinculada con lo que es la precariedad laboral. Vinculada también con una condición donde los cuerpos no se encuentran porque cambian los signos codificados a través de una máquina. Es una generación frágil con una fuerte y lógica tendencia hacia la depresión. Afortunadamente, hoy las terapias son muchas pero me parece que la que mejor resulta es la insurrección, ha sido la sublevación, la creación de comunidades autónomas en las calles de la ciudad lo que dio aire. Y no solamente en Santiago, sino en Minneapolis, Chicago, y esas ciudades norteamericanas en la primavera de 2020. En

**“No era depresión, era capitalismo’,
ponen en las pintadas. Es una de las
frases que más me ha golpeado.”**

el momento mismo de la violencia pandémica, de los muertos estadounidenses, negros, latinos y blancos precarios debieron enfrentarse a una alternativa. La metáfora psicoanalítica del ciclo pánico-depresión expresa adecuadamente el presente porque no es solo una metáfora, sino la sustancia de la que está hecho el proceso de subjetivación social. O nos arriesgamos al peligro de contagiarnos el virus o nos arriesgamos a la humillación definitiva, una depresión a largo plazo. Ése es el problema hoy, y los jóvenes pueden reactivar relaciones sociales de solidaridad solamente a través de la revuelta. Eso es así. Entonces, un grupo de treinta psiquiatras decidieron ocuparse de algo que aparece como problemática de psicoterapia, eso es lo primero a destacar. No sé si poner el problema en términos de revolución, al menos en un futuro próximo.

Desde hace unos pocos años se fantasea con el final del capitalismo a partir de diferentes movimientos mundiales: ecológicos, políticos, el viraje destartado a la derecha primero en Europa y luego en América Latina, en toda América en realidad, pero con evidentes pasos mal dados. ¿Es una utopía más o se ve el final en el

horizonte?

Yo creo que el neoliberalismo ha llegado a un punto de colapso final pero me temo que seguirá imponiendo sus reglas después de la pandemia. Muchos esperaban un cambio público y no, no ocurre, no ha ocurrido hasta ahora. Lo hemos visto con la decisión del grupo Pharma al negarse a suspender el pago de las patentes. Ha dicho: “No, esto es propiedad intelectual privada sobre la vacuna”. ¿Qué significa tener la propiedad intelectual privada sobre la vacuna? Los accionistas de Pfizer no son virólogos, médicos ni informáticos, ¿son financieros! La única ciencia que conocen es la ciencia de la acumulación de la moneda. Por eso el neoliberalismo se reafirma hoy, y con una nueva ferocidad antes desconocida. Si necesitamos de esa revolución. Una revolución implica una capacidad política actual a través de la autogestión. Por eso una carta constitucional es muy interesante, es muy importante, porque puede funcionar

como una carta de comunidades autónomas que intentan alejarse de esa ferocidad del neoliberalismo.

Por un lado, para los laboratorios somos clientes y no pacientes, y por otro las Constituciones pueden ser necesarias para consolidar democracias. Y pasamos a este tema: la democracia. La revolución ya no viene de la mano de cortar cabezas a lo María Antonieta, ¿si la democracia es de derecha es tal?

La palabra democracia tiene demasiados significados. Naturalmente ha sido, al menos como palabra, como significante, muy importante. Contra el fascismo se ha reafirmado el principio de la ley sobre el Estado, el poder y la acción popular gracias al voto. La democracia ha sido importante hace setenta años en Europa. Hoy el gobierno del pueblo significa muy poco. Cuando ocurrió la revuelta en Grecia en 2015, ¿qué pasó? La voluntad del 62% del pueblo no pudo hacer nada contra la afirmación automática de la ley financiera. Y la palabra democracia significa muy poco cuando en Italia el poder sobre la comunicación, por ejemplo, es decir, la mente de la mayoría de la población, ha estado en manos de hombres mafiosos como Berlusconi, y aún si- ➔

→ gue ocurriendo. Con la democracia no se puede cambiar nada. Entonces, la palabra democracia se ha convertido en la nada misma. Insignificante.

Absolutamente...

En cierto punto ha sido un momento de discusión con mi padre que era comunista partisano y democrático. La discusión era la siguiente: yo le decía que creía que sin la organización de los obreros, en Italia, la democracia se vuelve la nada misma; se necesita de esa fuerza organizativa para concretarla. El movimiento obrero, también en Italia, ha insistido con la palabra democracia de manera necesaria e insistente en tiempos de antifascismos pero se volvió abstracta después. ¿Por qué? Porque decir democracia sin hablar de la fuerza social organizada, no significa nada. La Constitución italiana es probablemente una de las mejores Constituciones escritas en el mundo. Está el tema de la propiedad privada como tal, pero pone que no puede haber propiedad privada cuando entra en conflicto con los intereses de la mayoría. Y esto fue en 1948, pero ya no significa nada porque no existe la fuerza para poner esta limitación social colectiva de la propiedad privada. Hoy, creo que el problema no se

la libertad y los fantasmas, le gustaban los fantasmas.

Lo sé. (Sonríe).

Viene a cuenta de que toda esta reorganización mundial de la que hablamos, quizá con la pandemia como disparador, pero el capitalismo siempre en el centro...

Sí. Y tenemos miedo. De la libertad, seguro, lo dijo Erich Fromm también, pero yo veo que la raza dominadora, los europeos; no Europa en un sentido de “europeos”, no los que viven en Europa, tienen miedo de los efectos del colapso del colonialismo. La dominación blanca se está acabando.

El Brexit, como ejemplo.

Sí, la cuestión migratoria de Europa. El gigante del que no se habla en Europa: el racismo resulta la base de la política de manera sistemática. La cantidad de personas muertas en el Mediterráneo... eso ocurre por el efecto de una política racista de Europa. Es un problema muy grande. El Norte de la Tierra, Europa en particular, está en una fase de envejecimiento, de pérdida de su potencia política colonialista, está perdiendo su potencia sexual juvenil. Hasta el siglo XX existía la aspiración a la expansión, a la conquista

za depredadora, imperialista. La identificación racial es solo una mistificación de una cuestión más compleja, la distribución de la riqueza, del poder.

“No era depresión, era capitalismo”, esto es, un trastorno emocional que causa un sentimiento de tristeza, desazón constante y hasta con tintes románticos; el sistema económico que rige a la humanidad, la hiperproducción, la obligación social de la propiedad privada, le quita de un zarpazo cualquier poesía que puede, porque lo hace, contener el enunciado pintado en las calles de Chile. Escribe Berardi en su blog: “En la época de Freud, el capitalismo burgués y austero produjo neurosis. En la época de Guattari, el capitalismo global liberal y biopolítico (que Guattari y Deleuze trazan de antemano, como Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*) estaba destinado a producir psicosis esquizofrénica y pánico. Así fue, de hecho: la aceleración de la Infósfera produjo una intensificación espasmódica de la psicosis: la ansiedad de pánico se ha vuelto endémica y la depresión se ha extendido a la mente colectiva”.

La génesis del fascismo es, entre otras cosas, una reacción histérica contra la sensación de impotencia, contra la humillación y la depresión.

Continúa en su escritura: “Hay que encontrar una terapia para la depresión que sea una alternativa al nacionalismo, al racismo, a los linchamientos y a la guerra. La insurrección fue la terapia en Chile en 2019. Pero ahora necesitamos encontrar la clave para desentrañar la maraña de automatismos que impiden una forma social distinta a la basada en la explotación y extracción ilimitadas, una forma de actividad social libre y económicamente igualitaria. En Chile buscan esa llave”.

¿Qué pretende el pensador italiano? Un elector declaradamente anticapitalista, igualitario, feminista, indigenista y ecológico que pueda escribir el programa de una sociedad posliberal.

Activista antes que filósofo, Franco Berardi se graduó en Estética en la Universidad de la ciudad que lo vio nacer y donde reside, Bolonia, militó el antológico Mayo del 68 en su Italia natal y fue fundador del fanzine *A/traverso* (en su *Fenomenología del Fin* editado aquí por Caja Negra, desliza su amor por el punk como concepto identitario social). Así como el fanzine, esta forma de contracultura también la reprodujo en lo que fue la primera radio pirata italiana, la mítica Radio Alice y la TV Orfeo, cuna de la televisión comunitaria

“Yo creo que el neoliberalismo ha llegado a un punto de colapso final, pero me temo que seguirá imponiendo sus reglas.”

puede poner en términos de revolución y no se puede poner en términos de democracia. Quizá autonomía y no lo sé... Las fuerzas sociales, las comunidades, los individuos, las asociaciones sí tienen el poder para autonomizarse, si es así, que lo hagan. En Chile, por ejemplo, ¿podemos decir que es un Estado nacional? No lo sé. ¿Que sea un Estado multinacional? La realidad de las comunidades indígenas está cambiando la carta política de América; los mapuches en Chile, por ejemplo, comunidades que sí se consideran autónomas tienen que crear una carta de principio que al mismo tiempo respete el esfuerzo social.

En *Comunismo ácido*, el libro que Mark Fisher no terminó porque decidió partir antes, dice que “la civilización tiene que defenderse a sí misma del fantasma de un mundo que puede ser libre”. ¿Qué dice Fisher acá? ¿Que tememos a

ta y todo. Hoy los europeos tienen miedo de lo que pasa en sus fronteras. O Estados Unidos con México, y tantos otros lados. La raza blanca se está acabando por cuestiones demográficas. El mismo problema se reproduce en distintos países. Hay un libro muy interesante de una bióloga epidemióloga, Shana H. Swan, llamado *Count Down* donde habla del decrecimiento de la fertilidad masculina y es alarmante: hoy el hombre ha perdido el 50% de su capacidad de reproducción por efectos claramente ecológicos, producto de la polución, del estrés, etc. ¿Por qué comento esto? Porque en Italia necesitamos a los jóvenes africanos pero al mismo tiempo les tenemos miedo y gritamos que “el peligro y la invasión”, que perdemos identidad... y es un miedo muy peligroso porque lleva a la guerra, a la construcción de campos de concentración como hay en Turquía. Cuando hablamos de una raza blanca, hablamos de una ra-

en Italia. Es "optimista": "Veremos el colapso final del orden económico global", asegura este hombre de pelo cano y pensamiento negro. Unos quince ensayos acompañan la obra del autor quien, quizá, sin ver necesariamente una salida, hace rato empuja sus palabras para hacerse espacio y abrirla.

Algunos de los títulos editados en Argentina son *Fenomenología del fin*, *Futurabilidad* y *La segunda venida* (Caja Negra), *El Umbral* (Tinta Limón), *Respirare - Caos y poesía* (Prometeo), *Félix* (Cactus), *El trabajo del alma - De la alienación a la autonomía* (Cruce Casa Editora) y *La sublevación* (Hekht).

Sigue: "No era depresión era capitalismo" es una frase que marca el despertar de un mal sueño, de una pesadilla. La pesadilla liberal fascista que ha enfrentado a todos los individuos contra todos los demás, que ha armado a todos los pueblos contra todos los demás, que ha quitado el placer concreto de la mayoría de los seres humanos para prometer un crecimiento ilimitado de lo monetario abstracto. Y no subestimemos el hecho de que la pandemia actúa y actuará en un futuro próximo como multiplicador de la depresión".

Lo suyo, esa militancia, ese juego dialéctico invita, o mejor, obliga a acompañarlo, a continuarlo. Y estos tiempos inéditos, plagados de incertidumbres, son ideales para que los activismos contraculturales y políticos llenen esos huecos y se acomoden, miren el abismo y se reflejen en subjetividades y determinismos dignos de un marginal entendido como alguien que anda por los márgenes, ni arriba, ni abajo, al costado.

Al día siguiente de esta entrevista, "Bifo" se aplicaba la segunda dosis de vacuna contra el COVID y sin olvidarnos de su condición de asmático, le deseamos lo mejor.

"Quiero pasar por Buenos Aires antes de morir", nos dice hacia el final. Que así sea. ■

BIO

Franco "Bifo" Berardi es un escritor, filósofo y activista de izquierda italiano, discípulo de Félix Guattari. Participó del movimiento insurreccional italiano del 68 como estudiante de Letras y Filosofía y, desde entonces, ha desarrollado una prolífica obra crítica en la que ha estudiado las transformaciones del trabajo y de la sociedad producidas por la globalización. Fue uno de los fundadores de la mítica Radio Alice en 1977 y TV Orfeo en 2002. Entre sus libros se cuentan *Fenomenología del fin* (2017) y *Futurabilidad* (2019).

Judith Butler

“Las políticas de salud que dejan morir poblaciones son violentas”

por Carolina Keve*

Un hombre que cae. Un hombre negro que cae. Otro que dispara. Un policía blanco que dispara. Según pudo reconstruirse después, todo comenzó cuando al hombre negro se le rompió el faro de un auto. Luego de que un patrullero en North Charleston lo detuviera, Walter Scott, de 50 años, solo fue culpable de sentir miedo y echarse a correr. Fue así como recibió 3 disparos en la espalda. Uno le atravesó el corazón.

¿La prohibición de matar se aplica a todos o sólo a aquellas vidas que son dignas de duelo? Hace tiempo –¿o sería más preciso decir desde siempre?– que Judith Butler, la teórica que logró posicionarse en el campo académico a partir de sus estudios sobre género y teoría performativa convirtiéndose en una referencia ineludible de la filosofía política, se detiene en estas escenas: aquellas donde el pueblo emerge, en sus distintas formas o significados; en las de esos cuerpos vulnerados por la violencia policial, machista o racista y esas muertes que no son lloradas en los discursos públicos, pero también en las de multitudes, en las plazas o en las calles, que de pronto reclaman, interpelan, crean nuevos nombres: Ni Una Menos, Black Lives Matter... son tan solo algunos ejemplos. Y en su último libro, *La fuerza de la no violencia* (Paidós, 2020), todas estas escenas parecen anclarse en una pregunta, aquella que se interroga por la violencia.

¿Qué entendemos por violencia? ¿Por qué pensarla ahora?

La violencia se manifiesta de muchas formas, como sabes, y como bien sabe en realidad todo argentino. Por supuesto está el golpe físico que para algunas personas es el paradigma de la violencia, pero también está el bombardeo aéreo y la violencia con drones donde el perpetrador permanece a una distancia física de los objetivos. La violencia también puede ser institucional y simbólica. La prisión y la policía a menudo afirman ser instituciones cuyas prácticas están diseñadas para detener la violencia extra-estatal, pero también son formas de violencia estatal. De hecho, monopolizan la esfera de la violencia “legítima”.

Justamente tu libro apunta de alguna forma a preguntarse por los modos en que se construyó ese monopolio estatal en torno a la violencia legítima...

Creo que tenemos que comprender cómo se manipula esta distinción entre violencia legítima e ilegítima para poder oponernos tanto a la violencia estatal como a la perpetrada por actores no estatales. Las políticas de salud que dejan morir poblaciones, que se niegan a brindar atención, también son violentas. No asesinan activamente, pero su responsabilidad por las vidas perdidas, por negligencia o decisiones del mercado, es la misma. Una práctica no violenta tiene que identificar a la violencia en los distintos niveles en los que actúa, incluida la

violencia doméstica y la violencia sexual, para desarrollar formas efectivas de resistencia.

¿Y la pandemia no ha cristalizado una reafirmación de las vidas precarias? Pienso en la distribución de vacunas, como se acepta que haya poblaciones plenamente protegidas o inmunizadas y otras que no. ¿No constituye una forma de institucionalización de la necropolítica?

Sí, efectivamente. El nacionalismo de las vacunas y las brutales decisiones de los principales poderes corporativos y estatales sobre cómo distribuir las vacunas designan a partes enteras del mundo como indignas de vivir.

Y en este sentido, ¿cuáles deben ser las respuestas?

Creo que tenemos que desarrollar ahora mismo un sistema global para la distribución equitativa de vacunas que sea vinculante para todas las regiones del mundo. Este es el objetivo del Movimiento de Justicia Global y lo apoyo. Sin embargo, para que tenga éxito también hay que cuestionar la forma en que el capitalismo y el nacionalismo han controlado las políticas que deciden quién puede vivir y quién morirá. Si realmente creemos que todos deberían tener las mismas oportunidades de vivir, nos veríamos obligados a oponernos al capitalismo. Su pulsión de muerte no conoce límites. Además, na-

Es decir, actuamos como si estuviéramos separados, pero no lo estamos. La violencia está destinada a separarnos y así negar nuestra interdependencia e interconexión. La filosofía no violenta más eficaz afirma la interdependencia.

Volviendo a la cuestión de la violencia legítima, pienso por ejemplo en las teorías foquistas de los años 70; cómo su demanda de igualdad, sin embargo, acabó reproduciendo esa misma lógica instrumentalista organizada en medios y fines. La pregunta entonces es: ¿se puede superar esa lógica? ¿Existe la posibilidad de pensar en una nueva relación entre violencia y poder?

Por supuesto, es correcto señalar que la violencia estatal se considera legítima en muchos Estados y que racionaliza su propio uso de la violencia al identificar a quienes se oponen al Estado o sus políticas con violencia, caricaturizando a la oposición como una “amenaza perpetua”. Eso debe ser negado en nombre de la seguridad. Uno podría volverse relativista y decir que la violencia no estatal contra la violencia estatal es igualmente legítima, pero esa lógica se derrota a sí misma.

¿Por qué?

Porque también se sigue que la violencia estatal y no estatal son igualmente ilegítimas. Podemos pen-

“La violencia está destinada a separarnos y así negar nuestra interdependencia e interconexión.”

die debería tener –es decir, ser propietario– de una vacuna. Deberían pertenecer al mundo. Hay que liberar las patentes.

¿Qué posibilidades surgen en este camino para abordar la ética y la política? ¿Por qué consideras que forman parte de una trama?

Quizás la pandemia nos ha permitido a todos comprender mejor el mundo interdependiente en el que vivimos. Después de todo, el Covid-19 es una enfermedad del mundo interconectado. Las cadenas de suministro rotas nos muestran los contornos de la interdependencia económica. Y la crisis climática deja en claro que las toxinas que se liberan en el aire, el agua y el suelo nos afectan a todos. En mi opinión, tenemos que desarrollar una relación ética no solo con aquellos con quienes tenemos intimidad o aquellos que pertenecen a la misma comunidad, religión o nación. Al contrario, tenemos que expandir nuestra idea de “relacionalidad” al mundo entero. Cuando atacamos a otro físicamente, atacamos el vínculo que existe entre nosotros.

sar que necesitamos de la violencia para acabar con un Estado violento, y tal vez lo hagamos, pero sería una tontería pensar que podemos restringir la violencia a sus usos instrumentales. La violencia, una vez desatada en el mundo, genera más violencia y hace del mundo un lugar más violento. Seguramente nuestro objetivo es vivir en un mundo menos violento.

Bueno, el libro argumenta que estamos en un período en el que el rechazo al autoritarismo es cada vez más claro. ¿En qué dimensiones se manifiesta?

En el sentido de que cuestionan el *statu quo*, desafiando a la gente a imaginar y luchar por un mundo donde tal violencia ya no existiría, donde la reparación y un nuevo futuro son posibles.

Pienso en movimientos como Black Lives Matter y también el Ni Una Menos, que le han dado centralidad a la vida, al valor de todas las vidas, en el debate público...

Por supuesto son movimientos diferentes, pero ambos identifican y se oponen a formas de violencia →



→ que durante mucho tiempo se han dado por sentadas o racionalizado dentro de la sociedad. También muestran que la violencia contra las mujeres, la violencia contra las personas de color –especialmente las mujeres de color– han sido aceptadas de una manera lamentable. La violencia contra estos grupos también está relacionada con formas generalizadas de desigualdad, la explotación del trabajo y la colonización de la tierra y los medios de vida. El racismo ambiental está vinculado al extractivismo, y

“Quizás la pandemia nos ha permitido a todos comprender mejor el mundo interdependiente en el que vivimos.”

estas formas de socavar la tierra y las formas de vida indígenas están vinculadas con la lucha por una mayor libertad, igualdad y justicia. Estos movimientos lanzan ideales al mundo, permiten a las personas entrar en redes de solidaridad en expansión y vincular sus luchas.

En un nivel más global, ¿es posible pensar en el surgimiento de algún liderazgo en un contexto de crisis tan generalizado como el actual? ¿O la pandemia se impone como epílogo de todo liderazgo político?

Acá hay que pensar varias cuestiones. Primero, cómo algunos regímenes se han vuelto más autorita-

rios durante la pandemia, invocando poderes de emergencia sobre la salud para privar, por ejemplo, a las personas LGBTQI+ de sus derechos y atacar a esos movimientos en nombre de la nación. Hemos visto en algunos países que la crisis de atención médica ha llevado a la suspensión de los derechos al aborto y a la atención médica trans. En Hungría, Orbán se ha dado efectivamente poderes ejecutivos ilimitados. Otros, como Bolsonaro, mezclan un masculinismo con cálculos de mercado y autoengrandecimiento para promover su propio poder a expensas de las vidas de las personas a las que se supone que deben servir. La verdad, yo no busco un liderazgo efectivo entre los presidentes y primeros ministros, pero estoy viendo algunas movilizaciones por la justicia muy importantes, que están operando trans-regionalmente y que democratizan la idea misma de liderazgo. Eso es hoy lo interesante.

Resulta una mirada optimista. No obstante, algunas lecturas actuales advierten cómo, en un contexto tan crítico, cierta impunidad de algunas posiciones de derecha más radicales las convierten en la única opción que hoy ofrece 'utopías'. ¿Qué lugar entonces debe tomar la izquierda frente a esto? ¿Cuáles son las posibilidades de los populismos?

A ver, creo que el “populismo” es un término controvertido. En la medida en que sirve a la democracia radical, lo encuentro claramente valioso. Los autoritarios confían cada vez más en los temores populares sobre el género, la sexualidad y la migración para fortalecer los poderes policiales, justificar un poder policial en el ejército y participar en formas de revisionismo que son enormemente peligrosas. En esos casos, el populismo de derecha se convierte en una tendencia fascista que destruye las prácticas y el potencial democrático. Acá es importante ver que el movimiento de ideología anti-género, por ejemplo,

pertenece al fascismo, y que su ataque a los pueblos LGBTQI+ y sus derechos básicos es un ataque a la democracia: se manifiestan contra los derechos de reunión, asociación, expresión, y también contra la libertad de expresión. ■

*Periodista.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



BIO

Judith Butler es una filósofa posestructuralista judeo-estadounidense que realizó importantes aportes en el campo del feminismo, la filosofía política y la ética. Es una de las pensadoras fundacionales de la teoría queer. En 2012 recibió el Premio Adorno de la Ciudad de Frankfurt, y tiene títulos honoríficos en más de 10 universidades. Escribió, entre otros, *El género en disputa* (1990) y *Vida precaria* (2004).

Branko Milanović

“El Estado usa la ley a favor, o en contra, de ciertos grupos económicos”

por Juan Manuel Telechea*

Arranquemos por este concepto, que es una de las bases de tu libro. ¿Qué significa un capitalismo meritocrático liberal?

Para responder eso, lo mejor es separar el concepto en dos partes, porque por un lado tenemos el componente liberal, que obedece a cuestiones de la esfera política y, por otro, el capitalismo, vinculado con la organización económica de la sociedad. Arranco por este último, que me parece lo más adecuado a los fines expositivos. Defino capitalismo de la manera en que lo hacían Marx y Weber, es decir como un sistema donde la mayoría de la producción se realiza por el sector privado, donde ese capital contrata fuerza de trabajo libre (desde el punto de vista jurídico) y cuya coordinación está descentralizada. Los términos “meritocrático” y “liberal” provienen de las definiciones de diversas formas de igualdad que John Rawls expone en su libro, *Teoría de la justicia*. Así, la igualdad “meritocrática” alude a un sistema donde el nivel de ingreso de las personas y el lugar donde se ubican en la pirámide de distribución del ingreso depende exclusivamente de su talento y dedicación. Esto es, no existen obstáculos legales que impidan a los individuos alcanzar una determinada posición en la sociedad. Pero, por otro lado, admite la total transmisión de la riqueza de una generación a la otra. La igualdad “liberal”, en cambio, es más equitativa porque corrige, en parte, la transmisión de dicha riqueza imponiendo elevados impuestos a las herencias e incluye la educación gratuita como mecanismo para igualar oportunidades, y por ende reducir la transferencia intergeneracional de ventajas y privilegios. Con lo cual, este sistema plantea la cuestión de cómo se producen y se intercambian los bienes y servicios (“capitalismo”), cómo se distribuyen éstos entre los individuos (“meritocrático”) y cuánta movilidad social existe (“liberal”).

En tu libro identificás una serie de transformaciones que sufrió este sistema en las últimas décadas. En particular, me llamó mucho la atención el surgimiento de lo que vos denominás “homoplutia”.

Sí, eso para mí es uno de los grandes cambios que tuvo lugar en los últimos años. En las sociedades de mediados del siglo pasado, cuando uno analizaba el estrato del 10% más rico de la población, se encontraba con rentistas y propietarios de grandes explotaciones industriales, es decir, individuos que no estaban contratados por nadie y que, por lo tanto, su ingreso no provenía del trabajo. En la actualidad un porcentaje significativo de ese 10%

son personas que ocupan cargos directivos en grandes empresas, se dedican a la medicina, a ramas vinculadas con la tecnología, o a otras profesiones por las que reciben un salario a cambio de sus servicios. Estas mismas personas, ya sea por herencia o porque han ahorrado el dinero suficiente a lo largo de su vida laboral, acumularon una elevada cantidad de riqueza que se encuentra invertida en activos financieros que generan una renta y que se complementa con sus ingresos. Al analizar los datos para Estados Unidos, se observa que en 1980 solo el 15% de los individuos incluidos en el decil más alto de la escala por su renta del capital ocupaba también el decil más alto de la renta del trabajo, y viceversa. Ese porcentaje se duplicó en los últimos treinta y siete años.

Y ahí aparece otra cuestión muy importante que vos estudiás en tu libro, que es lo de los casamientos entre estas mismas personas dentro del 10% más rico.

Sí, me alegra que hayas mencionado esta cuestión, porque junto con la homoplutía son los dos temas a los cuales le vengo prestando particular atención luego de publicar el libro. Lo interesante de estos dos elementos es que, si los tomamos de manera individual, no parecen ser cambios negativos para la sociedad, pero al combinarlos aportan nuevas causas para explicar el aumento de la inequidad. La homoplutía lleva a una menor estratificación social, es decir que, a diferencia del pasado, hoy no tenemos esa división tan tajante entre la clase trabajadora y la empresarial. Por otro lado, el hecho de que en la actualidad se observe que se incrementaron los casamientos entre personas del 10% más rico es el resultado del mayor acceso por parte de las mujeres a mejores niveles de educación y mayor inserción laboral en puestos mejor remunerados. Por ende, cada una de estas cuestiones tomadas de manera individual son positivas para la sociedad. Es más, esto también refleja mayor libertad para elegir a tu pareja. No obstante, esto también se traduce en una tendencia a elegir una pareja con un nivel de educación y de ingresos similar, y esto contribuye al aumento de la inequidad en la distribución del ingreso. En la década del 50 los hombres tendían a contraer matrimonio con mujeres de un estatus similar al suyo, pero cuanto más rico fuera el marido, menos probable era que la mujer trabajara y que tuviera sus propios ingresos. En la actualidad, los hombres más ricos y con mayores niveles de educación suelen casarse con mujeres de similares ingresos y nivel educativo, que mantienen su trabajo. Por ende, hoy en esos hogares tenés dos fuen-

tes de generación de ingreso muy elevadas (cuando en el pasado tenías una sola). Alrededor de un tercio del aumento de la desigualdad en Estados Unidos entre 1967 y 2007 puede explicarse por este “emparejamiento selectivo”.

Los elementos mencionados sirven para entender los mecanismos que generan desigualdad en un momento dado, pero en tu libro vos identificás un proceso de aumento de inequidad que se transmite de generación en generación, ¿no es así?

Sí, yo creo que la parte dinámica de este proceso es sumamente relevante, porque si partís de la homoplutía y del emparejamiento selectivo, y eso lo combinás con la sustancial suma de dinero que estas parejas invierten en sus hijos/as en términos de educación, se observa una transmisión de esas ventajas de una generación a la otra. Para tener una idea, Daniel Markovits en su libro *The Meritocracy Trap* (*La trampa de la meritocracia*) estima que una pareja gasta entre 5 y 10 millones de dólares en dicha formación. Lo que sucede es que esa inversión les permite acceder a las mejores escuelas y universidades, y eso a su vez luego les permite acceder a mejores puestos de trabajo y a ingresos más elevados.

Y a todo eso hay que sumarle también otro componente que es el de la inequidad en la generación de riqueza.

Una de las motivaciones detrás del libro era identificar las fuerzas que pueden llevar a la creación de una elite que se autoperpetúa en el tiempo. Dentro de ese proceso, otro elemento clave es la diferencia en los rendimientos sobre la riqueza acumulada. A grandes rasgos, la riqueza se acumula en activos financieros y en inmuebles. El 5% más rico de la población mantiene la mayoría de sus ahorros en activos financieros. Esto no significa que no tengan grandes casas cuyo valor de mercado es sumamente elevado, pero en relación al total de su riqueza representa una parte menor. En cambio, para el resto de la población con capacidad de ahorro, su vivienda representa la mayor parte de su patrimonio. Al estudiar qué sucedió con el rendimiento promedio en estos dos tipos de activos se encuentra un canal adicional de aumento en la inequidad. Durante los treinta años transcurridos entre 1983 y 2013, las familias estadounidenses con mayor patrimonio se enriquecieron más porque los activos financieros dieron mayores beneficios que la vivienda. La rentabilidad media anual (en términos reales) de los activos financieros fue del 6,3%,

mientras que la de la vivienda fue de un mero 0,6%. Todavía más, si tu vivienda es el principal activo de tu patrimonio, si bien el aumento del precio genera un “efecto riqueza” en términos de la valuación del activo, en la realidad eso no se traduce en un mayor ingreso, dado que no genera intereses, mientras que, para el caso de los activos financieros, sí.

Y ahí aparece el último eslabón de todo este proceso, la capacidad de esta elite de modificar las leyes y regulaciones a su favor.

Ese punto es crucial, el control del proceso político. Por medio de la financiación y los aportes de campaña, esta elite logra controlar buena parte de la agenda política. Básicamente lo que sucede es que el dinero de estas personas va a los candidatos que apoyan sus intereses. Distintos trabajos de los politólogos Martin Gilens, Benjamin Page, Christopher Achen y Larry Bartels han proporcionado por primera vez en la historia la confirmación empírica de que los ricos tienen más peso político y de que el sistema estadounidense ha pasado de ser una democracia a ser una oligarquía. Para tener una idea del volumen de dinero, en las elecciones estadounidenses del 2016, el 0,01% de los más ricos aportó el 40% del total de los aportes de campaña. Otra cuestión que también se encuentra en estos trabajos es que es mucho más elevada la probabilidad de que en las cámaras se discutan y se legisle sobre los temas de interés para los estratos más ricos, como por ejemplo reducciones en las alícuotas más elevadas del impuesto a las ganancias o menores regulaciones sobre las empresas, que aquellos temas que más interesan a los sectores medios y bajos. De esta manera, el control político es un componente indispensable para la existencia de una clase alta que logra mantenerse en el tiempo.

Otra cuestión que me resultó sumamente interesante es la parte donde destacás la potencia discursiva que tiene esta nueva fase del capitalismo. Por ejemplo, resulta muy difícil ir contra la idea del mérito o de que las mujeres tengan una participación mucho más activa en el mercado laboral. Parafraseando a Gramsci, este sistema además domina el sentido común.

Sí, ciertamente es así. Y no solo con estas cuestiones, sino también, por ejemplo, con el tema de los impuestos o con la negativa a aumentar el gasto en inversión educativa. Las personas más adineradas utilizan cada vez menos la educación pública, entonces su razonamiento es que no deberían pagar cada vez más impuestos por algo que no utilizan. Esto lleva →

BIO

Branko Milanović es un profesor y economista serbio-estadounidense especializado en desarrollo y desigualdades. Académico sénior en el Stone Center for Socio-economic Inequality, durante casi 20 años fue economista jefe en el Banco Mundial, puesto que dejó para escribir su libro fundamental sobre desigualdad, *Worlds Apart* (2005). Escribe regularmente en *Social Europe* y contribuye en revistas académicas como el *Economic Journal* y el *Journal of Political Philosophy*.

→ a que se reduzca la calidad del sistema educativo público, reforzando su razonamiento. De esta manera se genera una “profecía autocumplida” que se vuelve muy difícil de combatir.

Pasemos a la otra parte de tu libro, donde analizás y comparás el sistema “meritocrático liberal” con el “capitalismo político” que tiene China.

Sí, en realidad tomo como ejemplo a China por ser el caso paradigmático, pero hay varios países más que también podrían agruparse dentro de este sistema. Estos casos no solo encajan dentro de este sistema, sino también en su génesis. En el libro analizo cuál fue, desde mi perspectiva, el rol global e histórico del comunismo. En este sentido, para mí el comunismo fue una herramienta que le permitió a los países subdesarrollados y a las colonias librarse de sus colonizadores y de la estructura semifeudal de sus sociedades. Esto permitió a China llevar a cabo una transformación de todo el sistema político y económico, que también se podría denominar “capitalismo estatal”. En el libro muestro varias estadísticas que respaldan esta afirmación, sobre todo el hecho de que hoy en China se encuentra vigente un modo de producción capitalista, pero donde el Estado tiene un rol protagonista. Esto significa que en China el

liberales para manipular el sistema a su favor. La corrupción en estos países es menos evidente porque se lleva a cabo como parte del sistema, mientras que en China es mucho más manifiesta porque indefectiblemente tenés que sobornar a políticos para obtener un beneficio a cambio.

Volviendo al sistema meritocrático liberal, ¿se puede replicar esta categorización para los países latinoamericanos como Argentina?

No creo que en estos países se observe la misma dinámica. Justamente Argentina me parece el mejor ejemplo para mostrar por qué acá no creo que se aplique. El punto es que en estos países se observa una muy elevada inequidad que es estructural, y que, sobre todo para el caso argentino, no responde a otros clivajes (como puede ser en Europa el tema étnico o en Brasil por el color de piel). Por ende, Argentina es un caso muy “puro”, donde veo una inequidad muy elevada en la distribución del ingreso, que es la raíz de los ciclos políticos y económicos que se observan desde mediados del siglo pasado, o incluso antes, entre gobiernos de izquierda y de derecha. Ahora bien, la pregunta entonces es cuándo y cómo se termina con este ciclo. En mi opinión, esto se termina cuando se logran niveles de ingreso más elevados que permiten

“El comunismo fue una herramienta que le permitió a los países subdesarrollados y a las colonias liberarse de sus colonizadores y de la estructura semifeudal de sus sociedades.”

Estado tiene autonomía, algo que no sucede en los países occidentales. Siendo muy simplista, el punto sería que en los países occidentales el Estado se encuentra controlado por la clase alta adinerada, o la burguesía, mientras que en China tiene autonomía. Esto no es necesariamente algo positivo, sabemos que existen serios problemas de corrupción, pero lo dota de una capacidad de acción e intervención en la economía mucho más rápida y efectiva.

¿Y cuáles son las tensiones que notás en este sistema? ¿Son las mismas que en los países occidentales?

No, no creo que sean las mismas. En China la tensión más grande se encuentra entre la necesidad de tener una burocracia eficiente pero que al mismo tiempo se rija por la ley. En el “capitalismo político” (y acá podemos incluir a Rusia), la ley se aplica de manera discrecional. El Estado puede utilizar la ley a favor –o en contra– de un determinado grupo económico, por ejemplo. Eso incentiva la corrupción, porque la manera de evitar que el Estado tome medidas en tu contra es a través de sobornos o cuestiones por el estilo. Con lo cual, la corrupción es inherente al sistema. Haciendo un paralelismo, es similar a la manera que tiene la clase adinerada en los sistemas meritocrático

reducir la inequidad de manera permanente.

¿Y cómo se logra romper con estos ciclos?

Yo creo que las diferencias entre las preferencias políticas y los partidos en países como Argentina son muy grandes, precisamente porque la estructura subyacente es muy inequitativa. Si tenés dos grandes grupos sociales muy alejados entre sí, eso te va a llevar a que las políticas económicas que reclamen y que sean las que representen a sus partidos políticos también estén muy alejadas. En cambio, cuando la distribución del ingreso es más equitativa, los grupos –o clases– sociales se asemejan más entre sí y eso se refleja en políticas públicas menos alejadas entre las distintas facciones políticas. Con lo cual, una manera de romper con estos ciclos es teniendo un gobierno (o varios) que se mantenga en el poder por un tiempo suficiente, digamos 20 años, y que logre un crecimiento sostenido de la economía, combinado con políticas que lleven a una reducción permanente en la inequidad. Esta transformación socioeconómica permitiría acercar los polos, logrando que en la alternancia política no se observen cambios tan bruscos en las políticas económicas.

¿Y cuál creés que debería ser la agenda, en términos de políticas económicas, para lograrlo?

Yo creo que la base de esas políticas debería aspirar a lograr la igualdad de oportunidades, ese debería ser el eje orientador de las políticas. Esto significa equiparar las probabilidades de “ascender” en la pirámide social, que todas las personas tengan las mismas posibilidades, algo que hoy evidentemente no sucede. La igualdad de oportunidades llevaría a la reducción de la inequidad en la distribución del ingreso. Pero acá también se presenta otro círculo vicioso porque, como vimos, la (inequitable) distribución del ingreso afecta las probabilidades de acceder a mejores sueldos. Entonces, para lograr eso, hay que arrancar corrigiendo las disparidades actuales con impuestos a la riqueza, a la herencia o a los altos ingresos. No obstante, no hay que quedarse solo con los impuestos, porque son una herramienta limitada y que causa mucha resistencia en la sociedad, obviamente en las personas más adineradas, pero también en la clase media. Por eso debería ser complementado con otras políticas, como por ejemplo una elevada inversión en educación pública o la regulación del financiamiento de las campañas electorales (esto en particular para el caso de Estados Unidos). Respecto de la educación, y pensando en países de ingresos medios y altos como Argentina, la cuestión primordial no es tanto el acceso a la educación, sino lograr una mejor calidad e igualar la retribución que obtienen las personas de igual nivel educativo. Hoy en día las desigualdades salariales no se deben solo a diferencias en los años de escolaridad (es más, éstas se vienen achicando sostenidamente), sino también a la diferencia en la calidad de las escuelas y las universidades, públicas y privadas. Por lo tanto, el gasto en inversión pública no solo requiere asegurar el acceso de toda la población, sino elevar la calidad de la educación pública al nivel de la privada. ■

*Economista y docente.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



Leonardo Padura

“La lectura sigue siendo una manera de conocimiento”

por Luciana Garbarino*

Desde Segur de Calafell, un pueblo cercano a Barcelona, en la casa de una amiga, Leonardo Padura concede esta entrevista mirando un mar que no es el de su tierra, pero es igual de bonito. La tranquilidad de ese pequeño pueblo contrasta con la convulsión de su patria. Nuestra conversación sucede semanas antes de las protestas de julio, por eso no se mencionan explícitamente. Sin embargo, el descontento que las provocó surge en varios momentos del intercambio, ya que el estallido es la culminación de un largo proceso de hastío y deterioro social y económico.

Padura, sin dudas el más grande escritor contemporáneo de habla hispana, está realizando su primer viaje desde que comenzó la pandemia. Pasó más de un año encerrado, lo que no le impidió seguir creando y publicar durante el año 2020 la novela *Como polvo en el viento* (Tusquets). Actualmente trabaja en una nueva de la saga de Mario Conde. A pesar de haber trabajado mucho durante ese día, dedica las últimas horas de ese atardecer de verano español para compartir con *el Dipló* sus reflexiones sobre el convulsionado mundo de la pandemia, la situación en Cuba y algunos de los secretos de su trabajo creativo.

En tu última novela, *Como polvo en el viento* (Tusquets), hablas, entre otras cosas, de un grupo de amigos que asiste al desmoronamiento del mundo que conocía. Esto me recordó una nota que escribiste para *el Dipló* (1), en la que decías que tenías esa sensación durante los primeros meses de la pandemia. Más de un año después, ¿conservas ese sentimiento? ¿Crees que se desmorona ese mundo que conocías o se han profundizado las tendencias existentes?

Es difícil todavía poder hacer un diagnóstico completo de lo que está ocurriendo porque sigue siendo un proceso en curso. Lamentablemente, a pesar de que ya hay países donde hay un índice de vacunación importante, el fenómeno de la pandemia sigue siendo un gran misterio para el cual no tenemos todas las respuestas. No ha cambiado durante un año y medio la forma que teníamos de vivir y puede ser que durante otro año y medio más tengamos que seguir usando mascarillas, estar distanciados, seguir lavándonos las manos y tener un cierto temor, incluso los que estamos vacunados. Esto pone a la condición humana, en sentido general, en un momento complicado de su existencia. Primero porque han muerto muchas personas en el mundo, unos cuantos millones, y pueden morir muchos más. Incluso lo peor es que realmente nunca vamos a saber el número de personas infectadas y el número de personas muertas por el virus. Han cambiado muchos códigos que ya difícilmente vuelvan a regresar. También están pasando algunas cosas que son buenas. Yo creo que el nivel que han alcanzado las comunicaciones ha sido una de las salvaciones en medio de esta pandemia. El nivel que ha alcanzado la medicina... Si es-

to llegaba a ocurrir nada más que veinte años atrás, la vacuna hubiera demorado 3 ó 4 años en poder fabricarse... Que se hayan fabricado vacunas en un año y que se estén inoculando a las personas es casi una proeza de la ciencia. Es decir que estamos viviendo un mundo que tiene una perspectiva halagüeña en algunos territorios, y una perspectiva apocalíptica en otros. Y no estoy hablando de territorios geográficos, sino de sectores de la vida social y económica. Todavía el bandazo económico de la pandemia no lo hemos recibido. Lo vamos a recibir en los próximos meses, porque estos decrecimientos económicos que ha tenido el mundo, aquí mismo en España, con el turismo prácticamente paralizado durante un año, un país que tiene una alta dependencia del turismo... En Cuba nos ocurre lo mismo... pues vamos a ver efectos económicos, que pueden tener efectos sociales, efectos políticos en muchos ámbitos de la vida de todo el mundo. Entonces, a veces soy un poquitico más optimista, a veces me siento un poco más pesimista... Pienso que de todas maneras esto que nos ha ocurrido es una muesca en el transcurso de la historia, se va a hablar siempre y por varios años, de como eran las cosas antes de la pandemia, como fueron durante la pandemia, y espero que podamos hablar de cómo van a ser después de la pandemia.

¿Cómo ves la pospandemia?

Han pasado cosas bien importantes. La petición del presidente del país más poderoso del mundo (Estados Unidos), porque sigue siendo el más poderoso, de que se liberaran las patentes de las vacunas. Tú dices: “Bueno, todavía queda un rescoldo de cordura, de humanidad”, y ese tipo de cosas lo alientan a uno. El hecho de que pequeño país como Cuba esté desarrollando cuatro o cinco candidatos vacunales, que pueda empezar a vacunar con su propia vacuna, creada en Cuba, son cosas que lo alientan a uno a pensar que las cosas pueden ser mejor. Pero también, en el mismo caso de Cuba, se está viviendo una profundización de la condición económica que realmente me preocupa mucho. Porque hay muchas personas que ya están viviendo al límite, y bajar de ese límite siempre es posible. Esto es lo más jodido. Se puede ser siempre un poco más pobre, hasta que revientas. Entonces son cosas que lo hacen a uno tener miradas distintas. Esperanza o desesperanza con respecto al mismo fenómeno.

Ya que mencionaste a Biden, ¿te genera alguna expectativa su gobierno?

Creo que Biden todavía no ha enseñado todas sus armas. Con respecto a Cuba todavía no ha dicho prácticamente nada. Se esperaba que fuera un continuador de la política de Obama, pero creo que viene con una política muy peculiar en la que lo mismo pide que haya sindicatos y que aumenten los impuestos, clama igual que Trump porque la gente consume productos norteamericanos... Creo que es una figura

que está como cogiendo forma y veremos qué sucede en el transcurso de los dos primeros años... Creo que hay que darle un tiempo para tener una idea mejor de cuál va a ser el carácter de su gobierno.

En cuanto al impacto económico de la pandemia en Cuba, que es terrible porque se superpone a problemas previos, el turismo paralizado... Me preguntaba, más allá del impacto económico, por el impacto social o cultural de la pandemia en el pueblo cubano. Porque es un pueblo del encuentro, de lo comunitario, de estar en la calle. ¿Cómo impactan estas medidas de cuidado?

Es un pueblo que no puede vivir sin ese encuentro, pero no por una cuestión cultural, sino por una cuestión de supervivencia. Ahora mismo para conseguir productos de primera necesidad en Cuba hay colas de 4, 5 o 6 horas en las que no se respeta la distancia social. Las personas están arracimadas unas encima de otras. Y cuando el año pasado había en toda Cuba 40 casos, bueno pues las colas no eran un foco de transmisión. Pero cuando en Cuba empiezan a haber 1.000 casos todos los días, durante semanas, pues esos lugares se convierten en potenciales espacios peligrosos. Y la gente tiene que ir. Es decir que aquí ya no estamos hablando de un problema de idiosincrasia. Que nos guste estar cerca, que nos guste abrazarnos, bailar y cantar reguetón. Es un problema de comer todos los días. Y todos los días mucha gente tiene que salir y hacer esas colas y esto es altamente peligroso. Y no se puede hacer nada contra eso porque los niveles de suministro son muy bajos y provocan estas aglomeraciones. Es decir que la realidad económica puede alterar mucho el resultado de la realidad epidemiológica en Cuba. No es un caso único el de Cuba. En México ha ocurrido desde el principio de la pandemia. México prácticamente no paralizó la sociedad, porque una sociedad como la mexicana, donde tanta gente vive de la economía informal, es decir que tiene que salir todos los días a la calle a ganarse la vida haciendo miles de cosas diferentes, pues si tu le dices a esa gente que no salga, no la estás matando de Covid, la estás matando de hambre. Entonces es una situación muy difícil. Esto se suma también a que en determinados lugares ha habido políticas gubernamentales que han sido realmente funestas. El caso de Brasil tal vez sea el más temible. Porque lo que ocurrió en Estados Unidos tuvo mucho que ver con la manera en la que asumió la enfermedad el presidente Trump. Pero en Brasil también depende mucho de una estructura social en la que la gente en las ciudades vive arracimada. Estamos hablando de que en una ciudad como San Pablo viven más de 20 millones de personas...

En relación a la situación económica, que ya venía complicada, ¿cómo han impactado las nuevas medidas implementadas recientemente, en especial la unificación económica?

→

→ A mí me cuesta mucho trabajo poder hacer una valoración sobre este tipo de temas porque no soy economista. Lo veo desde el punto de vista de un ciudadano que vive en esa realidad. Y por ejemplo, lo de la unificación monetaria se llama “el reordenamiento monetario”. Y una serie de medidas económicas que se han tomado con respecto a la importación, a la exportación, alentar la producción agrícola son importantes, y creo que eran muy necesarias. Pero yo creo que son insuficientes a estas alturas. No soy economista, repito, pero la percepción que tengo es que haría falta una proyección de las estructuras económicas cubanas mucho más profunda, con cambios mucho más esenciales. No solamente de cambios que afecten a un 10 por ciento de la economía del país, sino que lleguen realmente a la esencia de muchos problemas económicos del país. He leído varios artículos de economistas cubanos y un poco como resultado de esas lecturas te puedo dar esta respuesta. La mayoría de ellos reclama una reforma económica mucho más profunda en el país.

Volviendo al tema del exilio, ¿cómo ves a la juventud hoy en Cuba? ¿Predomina el deseo de irse o hay perspectivas de construir un futuro allí?

Hay de todo. Están los que repiten consignas y dicen que la solución sigue siendo el socialismo. Están los emprendedores que tratan de buscar con sus propios medios, con sus habilidades, montar sus propios negocios y funcionar en un ámbito comercial, están los que no les importa nada, que es una cifra a mi juicio bastante notable para un país como Cuba, y están los que van a buscar la solución individual del exilio. Esos que van a buscar la solución individual del exilio, el último año, han visto postergada la posibilidad de hacerlo. Prácticamente todos los consulados están cerrados. No pueden viajar a los Estados Unidos, no pueden venir a España, no pueden emigrar a México, no pueden viajar a Argentina. Yo creo que cuando se regularicen las posibilidades de migración, que no son muchas, porque el mundo no va a quedar en una buena condición económica después de la pandemia, va a haber un grupo importante de gente que se va a querer ir. Y los que lo van a lograr van a ser, como siempre, esos que están mejor preparados. Porque los que están mejor preparados son mejor recibidos en cualquier sociedad. Me decía hace un tiempo un diplomático uruguayo que conocí en Cuba que él lo lamentaba, pero que cada vez que llegaba un joven informático cubano a pedir una visa, ellos tenían la orientación de concederle el visado de trabajo para que fuera a Uruguay. Y eso es una manera de sangrar una sociedad que con tanta dificultad puede preparar informáticos, médicos, diseñadoras, deportistas. Y esa gente busca una salida, y me parece lógico, buscan una salida individual cuando no encuentran una salida colectiva. Así que va a seguir siendo una presencia y una solución para mucha gente en Cuba.

Entrando en el terreno literario, ¿cómo es hoy la relación de la sociedad cubana con el libro? Históricamente han sido muy baratos y accesibles... ¿Qué ocurre hoy en día?

En Cuba la situación es diversa. En Cuba la situación es que no hay suficientes libros, no hay papel para imprimir libros. Se habla de otras alternativas, las alternativas digitales. Buscar la manera de acercar a la gente a la lectura con medios que le resulten atractivos... Pero en un país donde hay pocos libros físicos y donde no existen al alcance del ciudadano los soportes tecnológicos, es decir los lectores de libros –no estoy hablando de que alguien lea un libro en un teléfono o en un ordenador, estoy hablando de un *e-reader*–, se hace complicada la digitalización del libro. La industria editorial cubana está prácticamente paralizada. De pronto te dicen que se van a imprimir equis cantidad de libros, y esos libros no los ves nunca, o ves muy poca cantidad de ellos... Este año se suspendió la Feria del Libro por la pandemia, pero también porque creo que había muy poca existencia de libros para ofrecer. A mí me parece que es una pérdida cultural muy grave. Después de lograr que el país se convirtiera en un país de lectores, perder aceleradamente esos lectores, pues es algo que realmente afecta la esencia cultural de ese país. La lectura sigue siendo una manera de conocimiento, de enriquecimiento espiritual, de crecimiento intelectual insustituible. Las redes sociales no sustituyen a la lectura. Y hoy en Cuba todos los jóvenes tienen Facebook, todos los jóvenes tienen Instagram, todos se comunican por Messenger. Y vas a un lugar donde hay jóvenes y ves a uno o dos leyendo un libro. Y a cien mirando un teléfono celular. Porque es un momento en el que están cambiando toda una serie de paradigmas, de códigos, y si tú no apoyas de manera inteligente, incluso institucional, a nivel de Estado, la presencia de un bien cultural como es el libro, pues la cosa no va a dar buenos resultados. Y pasa lo mismo con otras manifestaciones. Y ustedes lo saben. Por ejemplo, el cine argentino durante años tuvo apoyos institucionales importantes, incluso de acuerdos internacionales, la propia tv española apoyando... Para un director argentino hoy hacer una película es un acto mucho más complicado. Lo mismo ocurre en Cuba. Porque, por una parte, se han abaratado los costos de la producción cultural, porque un libro digital cuesta mucho menos que un libro de papel, o una película filmada en digital cuesta mucho menos que una película de 35 mm, pero los recursos con los que cuentan y los canales de distribución con los que cuentan los creadores, pues han sido agredidos muy fuertemente por las nuevas tecnologías, por las nuevas formas de comunicación. Y por eso yo creo que harían falta políticas mucho más inteligentes, más audaces para poder acercar a los jóvenes a la lectura.

¿Cómo ves la literatura cubana actual?

Considero que en la generación que sigue a la mía

hay un fenómeno bastante interesante. De los escritores notables de esa generación –estoy hablando de la novelística, porque la poesía la leo poco y la conozco muy mal–, pero en la narrativa ocurre un fenómeno muy curioso y es que tres de los novelistas más interesantes son mujeres, que son Wendy Guerra, Karla Suárez y Ena Lucía Portela. Y yo creo que en la historia de la literatura cubana nunca se había producido un fenómeno de que mujeres novelistas fueran las figuras más visibles dentro de un movimiento específico como es el de la novela.

En relación a eso, el movimiento de las mujeres está penetrando en Cuba, pero no conozco su dimensión. ¿Te parece que es un movimiento que está tomando fuerza?

Lo que está tomando fuerza es una conciencia de que, a nivel cultural, en la realidad cotidiana, muchas mujeres eran maltratadas y no tenían ni siquiera la noción de que eran maltratadas, de que recibían tratos discriminatorios. Y creo que en los últimos años empieza a haber una conciencia de qué cosa puede ser un maltrato. Venimos de una cultura machista, y venimos de una política con respecto a las mujeres gracias a la cual las mujeres llegaron masivamente a la universidad, tuvieron iguales oportunidades laborales, los mismos derechos y salarios que los hombres, y eso un poco ocultó un lado oscuro que permanecía ahí y del que incluso las propias muje-

para la novela, pues entonces empieza la parte realmente metódica del trabajo que es, en mi caso, tratar de contar esa historia, de darle una forma narrativa, una primera estructura. Y cuando tengo la historia completa, empiezo un proceso de escritura mucho más artístico, en el sentido de que la primera parte es la invención y la segunda parte es la creación. Por ejemplo, en la novela que estoy escribiendo ahora tengo una historia contemporánea desarrollada a partir de una investigación que hace mi personaje de Mario Conde y yo empecé a escribir mi novela... Conde empieza a investigar un asesinato en un momento en que le piden que haga esa investigación, pero él ya no es policía, y va avanzando, avanzando, avanzando y había avanzado 130 o 140 páginas, y yo todavía no sabía quién era el asesino... Entonces llega un punto en que digo, ya más o menos esto empieza a coger forma, vamos a empezar a buscar soluciones argumentales. Y ahí, cuando ya encuentro todas esas soluciones argumentales, termino una primera versión. Esa primera versión por supuesto está escrita de una manera bastante elemental e implica entonces replantearme la estructura y elaborar una escritura literaria mucho más estética. Hasta que la escribo tantas, tantas, tantas veces, que llega el punto en el que digo ya esto no lo puedo resistir más, ya no voy a mejorarlo con respecto a lo que tengo; es el momento en que lo dejo. En ese proceso, por supuesto, me ayudan mucho las lecturas de algunos lecto-



BIO

Leonardo de la Caridad Padura Fuentes es un escritor, periodista y guionista cubano. En 1980 se licenció en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de La Habana, y tras una destacada trayectoria como periodista de investigación, comenzó a cultivar el ensayo, y la escritura de guiones. Actualmente es considerado por la crítica internacional uno de los novelistas más importantes de la isla. Algunos de sus libros son *El hombre que amaba a los perros* (2009) y *El viaje más largo* (2013).

“En la historia de la literatura cubana nunca se había producido el fenómeno de que mujeres novelistas fueran las figuras más visibles en un movimiento.”

res no tenían conciencia... por esas razones históricas y por esas razones socioculturales y económicas de que te he hablado. Y ahora empieza a haber esa visión más adecuada con respecto a lo que son los derechos, la dignidad, la humanidad de las mujeres, y muchas veces eran violados esos derechos sin conciencia por parte de ellas. Creo que eso es algo muy interesante por parte de la sociedad cubana.

Me interesaba saber sobre tu proceso creativo, ¿cómo es? ¿Tenés un método? ¿De dónde provienen los temas para tus novelas?

Lo más misterioso para mí de mi proceso de escribir novelas es de dónde coño sale una idea para escribir una novela. Porque oigo una historia que puede resultar muy interesante, y la oigo como una historia que oigo, y eso va a un lugar de la memoria o se pierde de la memoria. Y cómo de pronto hay un comentario, una idea, algo que leo en un libro, algo que veo en una película, que uno dos cables y digo ¡coño! Esto es una historia posible para una novela. Es un proceso muy misterioso. Ya a partir de que tengo la idea

res cómplices; la primera es mi esposa Lucía, que lee todos los materiales y todas las versiones que voy haciendo de la novela... Mira, Lucía yo creo que nunca se ha leído una de las novelas mías ya impresas, es decir editadas (risas). Porque se las ha tenido que leer tantas veces en el proceso que ya cuando están impresas dice “bueno ya, para que me la voy a volver a leer ahora”. Y tengo otros lectores que también me ayudan mucho en ese intento de ir perfeccionando la escritura de una historia que empieza, como te digo, con dos cables que se unen, y termina 700 páginas después. ■

1. www.eldiplo.org/252-como-sera-el-dia-despues/cronica-de-un-mundo-que-se-acaba/

*Redactora de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur.
© *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur

Nancy Fraser

“El neoliberalismo como filosofía hegemónica está muerto”

por Florencia Angilletta*

Nacida en 1947 en Baltimore y profesora de la New School de Nueva York, Nancy Fraser ha mantenido diálogos críticos con Judith Butler sobre las políticas de identidad y de clase. Entre sus publicaciones se destacan *Dominación y emancipación*, junto a Luc Boltanski (Capital Intelectual), *Contrahegemonía ya* (Siglo XXI) y *Capitalismo: Una conversación en la teoría crítica*, junto a Rahel Jaeggi (Morata). Sus investigaciones giran en torno a la problematización de sociedad y naturaleza, producción y reproducción, economía y política. Formada con Jürgen Habermas, pone en cuestión lo “público” y ejecuta diagnósticos sobre los cruces entre las formas de producción y las de organización social.

Ante la pandemia ocurre cierta paradoja entre la igualdad (todas las personas son vulnerables al virus) y la diferencia (las personas se pueden proteger según el capital que tengan), atravesada por la gestión estatal que oscila entre la vuelta del Estado (como marco normativo e institucional) y la crisis del Estado (los Estados están limitados por la distribución geopolítica de las vacunas). ¿De qué modos es posible seguir pensando sobre la desigualdad estructural y la intervención estatal?

Es una pregunta excelente y empezaré mi respuesta diciendo que veo al COVID-19 como una “tormenta perfecta” de irracionalidad e injusticia capitalista. La pandemia es el punto en el que convergen todas las fallas y contradicciones del sistema, incluidas las que mencionás. A menudo se dice, y con razón, que el virus ha servido de diagnóstico perverso, al iluminar todas las grietas de nuestra sociedad. Pero no oímos hablar lo suficiente del sistema social que genera esas grietas, aunque es el mismo sistema que nos trajo el virus en primer lugar y que está bloqueando nuestros esfuerzos para enfrentarlo. Así que quiero insistir en este punto: lo que la pandemia diagnóstica, en realidad, es la disfuncionalidad profundamente arraigada del capitalismo. Para ver por qué, consideremos de dónde vino el virus. Resulta que el SARS-CoV-2 había sido albergado por los murciélagos desde hace mucho tiempo en cuevas remotas sin efectos nocivos para el ser humano. Sin embargo, recientemente el virus pasó a una especie intermedia y luego a nosotros/as. Entonces, ¿qué causó esta “transferencia zoonótica”? ¿Qué pasó para que los murciélagos entren en contacto con la especie intermediaria y luego con nosotros/as? Dos cosas, ambas resultado directo del capitalismo: el calentamiento global,

en primer lugar, y la deforestación tropical. Juntos, estos dos procesos, obligaron a numerosos organismos a salir de sus hábitats naturales y a entrar en otros nuevos, donde empezaron a interactuar con especies que nunca antes habían encontrado, incluidas algunas que están en contacto con nosotros/as. El resultado ha sido toda una serie de epidemias virales entre los humanos, no “sólo” el Covid-19, sino también el SIDA, el Ébola, el SARS y el MERS. Podemos estar seguros de que vendrán más, gracias a la persistencia del cambio climático y la deforestación, que son impulsados implacablemente por el “desarrollo” capitalista. De hecho, el sistema capitalista está diseñado para destruir el planeta. Incentiva a las empresas a que se apropien de la riqueza biofísica de la forma más rápida y barata posible, al tiempo que las exime de la responsabilidad de reparar lo que dañan y reponer lo que consumen. Empeñadas en aumentar sus acciones y beneficios, diezman las selvas tropicales, bombardean la atmósfera con gases de efecto invernadero y desencadenan una cascada creciente de plagas letales. En resumen, es el capitalismo lo que nos ha generado la pandemia, y nos traerá muchas otras, a menos que lo detengamos. Ahora veamos el aspecto que has mencionado, es decir, el Estado. Lo que se juega ahí es el aspecto político de la crisis, que ha convergido con el aspecto ecológico de una manera que ha exacerbado a ambos, y nos ha puesto en peligro. Es cierto, por supuesto, que la pandemia hubiera sido horrible para los seres humanos en cualquier caso. Sin embargo, fue mucho peor debido a los 40 años de financiarización neoliberal que afectaron las capacidades políticas que, de otro modo, habríamos podido utilizar para controlar el COVID. Durante este período, “los mercados” exigieron y recibieron masivamente inversión estatal de la privatización de la infraestructura pública. Esto es cierto para la infraestructura en general, y para la infraestructura de salud pública en particular. Salvo algunas excepciones, los Estados redujeron las reservas de equipos para salvar vidas, destruyeron las capacidades de diagnóstico y redujeron las capacidades de coordinación y tratamiento. Y lo que acompañó a la desinversión estatal fue la privatización. Además, una vez destruidas las infraestructuras públicas, los gobernantes transfirieron funciones sanitarias vitales a proveedores y aseguradoras, empresas farmacéuticas y fabricantes con ánimo de lucro. Estas empresas ahora controlan parte de esas capacidades, incluyendo la mano de obra y las materias primas, la maquinaria y las instalaciones de pro-

ducción, las cadenas de suministro y la propiedad intelectual, las instituciones de investigación y el personal. Y centrados únicamente en sus beneficios y en el precio de sus acciones, les importa muy poco el interés público. Los resultados son trágicos, pero no sorprendentes. Un sistema social que somete los asuntos de la vida y la muerte a la “ley del valor” estaba estructuralmente preparado desde el principio para abandonar a millones de personas a su suerte frente al COVID-19. También mencionaste la desigualdad, que se ha hecho muy evidente bajo las condiciones de la pandemia. Uno de los aspectos que ha quedado expuesto es el racismo estructural, que impregna todos los aspectos de la crisis actual. A nivel global, tiñe la vertiente ecológica, ya que el capital sacia su sed de “naturaleza barata” en gran medida arrebatando la tierra, la energía y la riqueza mineral a las poblaciones racializadas, privadas de protección política y de derechos procesables. Desproporcionadamente vulnerables a los desechos tóxicos, a las “catástrofes naturales” y a los múltiples impactos letales del calentamiento global, ahora se encuentran en la última fila de la vacunación. Mientras tanto, a nivel nacional, a

ciendo sinergia con su referencia original a la violencia policial y contribuyendo a alimentar las protestas actuales. El color, además, está profundamente entrelazado con la clase, en el sistema mundial capitalista en general y en el período actual en particular. De hecho, ambos son inseparables, como demuestra la categoría de “trabajador esencial”. Si dejamos de lado a profesionales de la medicina, esa designación abarca trabajadores agrícolas migrantes, trabajadores inmigrantes de los mataderos y del empaquetado de carne, recolectores de los almacenes de Amazon, conductores de UPS (un sistema de envío de paquetes), auxiliares de las residencias de ancianos, limpiadores de los hospitales, repositorios y cajeros de los supermercados, quienes reparten comida para llevar. Especialmente peligrosos en tiempos de COVID, estos trabajos son en su mayoría mal retribuidos, no sindicalizados y precarios, desprovistos de prestaciones y protecciones laborales, sujetos a una supervisión intrusiva y a una aceleración implacable. Aunque hay diversidad de personas, están ocupados de forma desproporcionada por mujeres y personas afroamericanas. En conjunto, estos tra-

“La pandemia es el punto en el que convergen todas las fallas y contradicciones del sistema.”

las comunidades migrantes y BIPOC [en inglés, negras, indígenas y de color] se les ha negado durante mucho tiempo el acceso a las condiciones que promueven la salud: acceso a una atención médica de alta calidad, agua limpia, alimentos nutritivos, condiciones de trabajo y de vida seguras. No es de extrañar, pues, que sus miembros se infecten y mueran de forma desproporcionada a causa del COVID. Las razones no son misteriosas: pobreza y atención sanitaria inferior; condiciones de salud preexistentes relacionadas con el estrés, la mala nutrición y la exposición a toxinas; sobrerrepresentación en trabajos de primera línea que no pueden realizarse a distancia; falta de recursos que les permitan rechazar trabajos inseguros y de derechos laborales que les permitan ganar protecciones; viviendas que no permiten el distanciamiento social y facilitan la transmisión; acceso reducido a la vacuna. En conjunto, estas condiciones han ampliado el significado del eslogan “Black Lives Matter” (“Las Vidas Negras Importan”), ha-

bajos, y quienes los desempeñan, representan el rostro de la clase trabajadora en el capitalismo financiarizado. Ya no se personifica en la figura del hombre blanco minero, operario de la fábrica y trabajador de la construcción, sino que esa clase también incluye a los trabajadores y las trabajadoras de servicios con salarios bajos y a la gran mayoría de cuidadores/as. Pagados por debajo de sus costos de reproducción, cuando se les paga, son expropiados/as y explotados/as. El COVID ha sacado a la luz también ese sucio secreto. Al yuxtaponer el carácter esencial del trabajo de esa clase con la infravaloración sistemática que el capital hace de él, la pandemia evidencia otra de las principales contradicciones de la sociedad capitalista: la incapacidad del mercado de la fuerza de trabajo para calcular con precisión el valor real del trabajo. En general, el COVID es una “tormenta perfecta” de irracionalidad e injusticia capitalista. Al aumentar los defectos inherentes al sistema hasta el punto de →

→ ruptura, hace brillar un rayo de luz punzante sobre todas las contradicciones estructurales de nuestra sociedad. Sacándolas de las sombras y mostrándolas a la luz, la pandemia revela el impulso inherente del capital de canibalizar la naturaleza hasta el mismo borde de la conflagración planetaria; de desviar nuestras capacidades de las labores verdaderamente esenciales de la reproducción social; de eviscerar el poder público al punto de no poder resolver los problemas que el sistema genera; de alimentarse de la riqueza y la salud cada vez menores de las personas racializadas; de no sólo explotar, sino también expropiar, a la clase trabajadora. No podríamos pedir una mejor lección de teoría social.

De las distintas medidas de aislamiento anunciadas por el gobierno en Argentina, una de las que genera más expectativa ha sido la vinculada a las trabajadoras en casas de familia, si pueden o no trasladarse e ir a sus lugares de trabajo. ¿Cómo impacta esta crisis y esta pandemia en la

res de las personas durante el confinamiento. La carga recayó sobre todo en las mujeres, que siguen realizando la mayor parte de las tareas de cuidado no remuneradas. No es de extrañar, por tanto, que muchas mujeres empleadas acabaran dejando su trabajo para cuidar de sus hijos/as y otros familiares, mientras que otras muchas fueron despedidas por sus empleadores. Ambos grupos se enfrentan a importantes pérdidas de posición y de salario si se reincorporan al trabajo. Un tercer grupo, que tiene el privilegio de conservar su empleo y trabajar a distancia desde su casa, a la vez que realiza tareas de cuidado, incluso de niños/as confinados en casa, ha llevado el *multitasking* a nuevos niveles de locura. Un cuarto grupo, que incluye tanto a mujeres como a hombres, integra con honor los “trabajadores esenciales”, pero se les paga una miseria, se les trata como si fueran desechables, y se les exige que desafíen diariamente la amenaza de infección, junto con el miedo a llevarla a casa, para producir y distribuir las cosas que permiten a otros/as refugiarse en su lugar. Está

las finanzas eran una rama de la economía entre otras. Apoyaban la rama productiva, suministrando créditos que permitían la innovación y el crecimiento. Pero ese no es el caso en el neoliberalismo. Ahora las finanzas no son simplemente una rama discreta de la economía capitalista. Por el contrario, sus tentáculos se despliegan por todas las partes de la economía. Éste es un ejemplo de ello: los fabricantes de automóviles hoy en día ganan menos produciendo y vendiendo autos que ofreciendo préstamos a los compradores para que compren autos. En otras palabras, están en el negocio del crédito, que es un negocio más rentable que el de la producción. La deuda circula por todo el sistema económico, no sólo a través de los bancos, sino también a través de las empresas, los Estados, los hogares y las instituciones financieras mundiales. Hablamos de “deuda soberana”, pero es irónico porque son los tenedores de bonos quienes determinan qué es lo que tienen que hacer los Estados para que siga fluyendo el crédito. Vimos muchos de estos ejemplos en la crisis financiera de 2008, cuando la Unión Europea le soltó la mano a Grecia para complacer a los acreedores. Esta forma de capitalismo cambió dramáticamente el balance de poder entre los Estados y los inversores, las corporaciones y los mercados financieros. Al mismo tiempo, hubo un gran aumento de la deuda privada. Las familias trabajadoras no ganan lo suficiente como para soportar sus gastos de manutención a través de sus salarios. Dependen de tarjetas de crédito, de deudas estudiantiles, hipotecas y créditos para el auto. Éste es otro rasgo definitorio del capitalismo actual, que no sólo explota a las clases trabajadoras, sino que simultáneamente las expropia mediante el endeudamiento. Padres y madres ya no pueden esperar que sus hijos vivan mejor que ellos. Por el contrario, en muchos casos estarán peor. La deuda es una gran parte de esa historia.

Analizaste al capitalismo no sólo como un sistema económico, sino desde lo que denominaste la “visión expandida del capitalismo”. Las crisis que vivimos en la actualidad no son sólo parte de un sistema económico. ¿Cómo construir entonces horizontes emancipadores?

El capitalismo no es sólo un sistema económico; es una forma de organizar la relación del sistema económico con otras regiones de la sociedad en las que se apoya la economía. Organiza la relación de la economía con la naturaleza, con la vida familiar y la reproducción social, y con la esfera política. Todos estos elementos son soportes necesarios o condicio-

“El color está muy entrelazado con la clase, en el sistema capitalista en general y en el período actual en particular.”

revalorización de lo que has llamado la “reproducción social” y el problema de las “cadenas globales de cuidado” que advertían junto a Cinzia Arruzza y Tithi Bhattacharya en el *Manifiesto del feminismo para el 99 por ciento*?

Al igual que las demás dimensiones de la crisis, el aspecto de género también tiene sus raíces en el capitalismo, que infravalora crónicamente las tareas de cuidado y fomenta las crisis de reproducción social. Hoy lo vemos claramente. El mismo régimen neoliberal que se desprendió de la infraestructura de los cuidados públicos también quebró los sindicatos y redujo los salarios, obligando a aumentar las horas de trabajo remunerado por hogar, incluso de cuidadores/as principales. De este modo, descargó el trabajo de cuidados en las familias y las comunidades justo en el momento en que también estaba requisando las energías sociales que necesitábamos para realizar ese trabajo. El efecto fue una crisis de cuidados aguda, que surgió incluso antes de la pandemia y que se ha intensificado. Como sabemos, el COVID descargó nuevas e importantes tareas de cuidado en las familias y comunidades, ya que el cuidado de la niñez y la escolarización se trasladaron a los hoga-

claro, pues, que las tareas de cuidado se intersectan con la organización del mercado laboral, la economía política, el cuidado social y las prestaciones del Estado. El problema principal es que la sociedad capitalista alberga una profunda tendencia a aprovecharse de la gratuidad del trabajo de cuidados, a canibalizar las capacidades de cuidados y a la repleción de las mismas. Esto aplica al capitalismo en general. Sin embargo, el actual capitalismo neoliberal es especialmente predatorio en este aspecto. Y la pandemia dejó en claro cuán importante es el trabajo de cuidados, cuánto lo necesitamos y cuán irracional es vivir en una sociedad que no lo valora.

Dos extremos para considerar con respecto a la política y la economía son la deuda y los subsidios. Argentina, por ejemplo, está negociando sus capacidades de pago. Por otra parte, hemos visto este año los anuncios históricos de Joe Biden sobre los subsidios. ¿Cuáles son las posibilidades de este capitalismo entre el equilibrio macroeconómico y la necesidad de la economía inyectada al bolsillo?

La deuda juega un papel especial en el capitalismo neoliberal. En las formas anteriores,

nes de fondo para una economía capitalista. No puede existir sin el trabajo no remunerado que sostiene a los/as trabajadores/as, los procesos naturales que sostienen los sistemas ecológicos y una gran variedad de bienes públicos, incluyendo los marcos legales, las fuerzas represivas, la oferta de dinero, la infraestructura y las comunicaciones. Sin embargo, la sociedad capitalista instituye una relación perversamente contradictoria entre su economía y estos apoyos necesarios. Incentiva a los capitalistas a canibalizar las mismas condiciones de fondo de las que dependen, para devorar nuestras capacidades políticas, ecológicas y asistenciales. Por eso, nuestra crisis actual lo es todo. No es “sólo” una crisis económica. También es una crisis ecológica, política y de reproducción social. No podemos entender lo que está pasando a menos que adoptemos una visión ampliada del capitalismo, que problematice la relación de la economía con sus condiciones de fondo no económicas. La visión tradicional del capitalismo como sistema económico no puede aclarar la situación actual. En cuanto a la emancipación, debemos expandir nuestra idea de qué cuenta como lucha anticapitalista. No son sólo las luchas en las fábricas entre los/as trabajadores/as y patrones/as, aunque éstas sean muy importantes. Son también las luchas por la educación, por la vivienda digna y por la salud pública. Éstas son luchas sobre la reproducción social, que involucran al sector público y al privado. Son luchas sobre la disfunción capitalista, por un nuevo sistema social, que repensaría toda la relación entre la sociedad humana y la naturaleza no humana, entre la producción y la reproducción, entre la economía y la política.

En una de tus últimas obras te dedicaste a un análisis de los “límites”, y uno de los límites en tu trabajo se refiere al que existe entre los feminismos y la política. ¿Qué ocurre en ese “límite”? Desarrollé esta idea sobre la lucha de límites para intentar conectar con esta visión expandida del capitalismo. Hay luchas no sólo dentro del sector económico, entre el trabajo y el capital. También hay luchas de límites entre el sistema económico y el Estado, y no sólo el Estado, sino también sobre capacidades estatales e instituciones públicas. Algunas de estas luchas ocurren a distintos niveles. El caso de la producción y la reproducción es de especial interés para el feminismo porque tiene que ver con límites de género. Históricamente, la reproducción era una esfera femenina, y la producción una esfera masculina. Hoy en día, esto no está delimitado de manera tan clara, y como las mujeres ingre-



saron de forma masiva al mercado laboral pago, tienen doble turno de trabajo. ¿Por qué las mujeres hoy día en muchos países están al frente de esta lucha de límites sobre la reproducción social? Las mujeres que enseñan no sólo luchan por mejores sueldos, más clases y más fondos para las escuelas. Se están alineando con los padres y madres, que tienen trabajos en otros sectores y que quieren una mejor educación para sus hijos/as. Las mujeres que trabajan en estos sectores, a diferencia de los trabajadores industriales que a veces sólo luchan por mejores sueldos, luchan por la calidad del servicio. Las enfermeras son otro

bajo de reproducción social. Ése es un gran cambio en la lucha de clases, en qué significa la lucha de clases. Todos estos cambios están transformando a la clase trabajadora, que no consiste ya sólo en los/as trabajadores/as de las fábricas, sino también en quienes trabajan en servicios, reproducción social, en las comunidades u hogares y que no reciben una paga. Estas personas también son parte de la clase trabajadora. No sólo sufren explotación, sino que también sufren la expropiación mediante la deuda. El problema de la deuda es también parte de la lucha de clases. De nuevo, cuando tenemos esta visión extendida del

“El capitalismo actual no sólo explota a las clases trabajadoras; también las expropia mediante el endeudamiento.”

ejemplo: han estado luchando no solo por mejores sueldos, sino también por la cantidad de pacientes que pueden tratar para brindar mejores condiciones. Estos son casos interesantes, porque no son sólo luchas por las condiciones laborales, sino también por los recursos y por la calidad de los servicios. Involucra al Estado y a la reproducción social, a la esfera económica y a la social. Todo está relacionado. Las luchas por la reproducción social son también las luchas laborales. Gran parte de la militancia laboral no parte de los trabajadores industriales, sino de quienes hacen tra-

capitalismo, hay que tener en cuenta las formas de opresión, explotación y expropiación. Se tiene un panorama más amplio de qué tipo de luchas son potencial o directamente anticapitalistas. Y luego se tiene un panorama aún mayor de cuáles serían las alianzas posibles. Si esta forma de capitalismo es la raíz de todas las crisis, irracionalidades e injusticias, entonces se tiene, por lo menos potencialmente, la posibilidad de tener personas que están situadas en diferentes lugares del sistema y por lo tanto diferentes preocupaciones existenciales por las que luchar; esto significa que →

→ sigue habiendo posibilidades de que estas personas vean las relaciones entre sí en este sistema predatorio.

Has escrito sobre donde halló el neoliberalismo su calvinismo, su carisma, y los vínculos entre neoliberalismo y progresismo. ¿Cuáles son los desafíos en 2021 para seguir leyendo desde la clase y desde la identidad, desde la “redistribución” y el “reconocimiento”, pilares de tu trabajo?

Tengo un diagnóstico completo, una suerte de diagnóstico a lo Gramsci, de cómo una filosofía económica tan dañina para tanta gente pudo haber conseguido suficiente apoyo político y legitimidad para convertirse en la fuerza dominante y hegemónica para adueñarse de los gobiernos en todo el mundo. Mi idea es que esto nunca podría haber ocurrido si la única historia valiosa hubiese sido el proyecto económico, ya que es perjudicial para los pobres, la clase trabajadora y la clase media. Nunca podría haber tenido éxito solo a partir de su filoso-

ces, un libro crítico sobre el racismo, señala también estos conflictos a partir de la presidencia de Obama. Es la vieja historia sobre cómo el neoliberalismo consigue su carisma. Denomino a esta alianza “neoliberalismo progresista”, porque es muy diferente a lo que ocurre con Bolsonaro, que es un “neoliberal reaccionario”. Después de eso hubo algunos eventos importantes: 2016 fue un momento crucial en Estados Unidos y probablemente afectó a todo el mundo. En ese momento, Bernie Sanders se enfrentó a Hillary Clinton por la nominación demócrata para la presidencia, y por otra parte estaba Trump, que no era el republicano neoliberal típico. Había dos desafíos para el neoliberalismo, desde la derecha y la izquierda. Por ejemplo, algunos trabajadores blancos que votaron por Sanders en las primarias, no votaron por Hillary Clinton en las elecciones y sí votaron a Trump. Hubo un rechazo popular contra el neoliberalismo, que es el neoliberalismo progresista. La verdad es que el rechazo más fuerte par-

de del momento y ahora no es el momento. El movimiento de Sanders debería construir un nuevo bloque antihegemónico con todas las facciones anticapitalistas que ya mencionamos. Creo que tenemos un margen de acción, si no nos conformamos sólo con la política de reconocimiento. Hay que dejar de lado la cultura de la cancelación y las microagresiones. Sirven como proteína para la derecha. Hay que enfocarse en la estructura, en las instituciones, en las demandas y luchas que pueden realmente mejorar la vida en lo material para la clase trabajadora. Hay una oportunidad ahí. ■

“El capitalismo no es sólo un sistema económico. Organiza la relación de la economía con la naturaleza, con la vida familiar y la reproducción social, y con la esfera política.”

fía económica. Necesitaban algo más. Y esto era lo que Luc Boltanski y Ève Chiapello denominaron como el “nuevo espíritu del capitalismo”, y gracias al cual el neoliberalismo logró cooptar, en mi opinión, un sector importante de los nuevos movimientos sociales que tienen carisma y legitimidad: el feminismo, los derechos LGBTQ, los derechos civiles, movimientos antirracistas y últimamente también los movimientos ecologistas. Lo que hizo el neoliberalismo fue sacudir a los sectores liberales convencionales dominantes, que nunca fueron demasiado críticos ni anticapitalistas, y les dio una palmadita en la espalda, haciéndoles sentir que tenían poder. Tenemos al feminismo corporativo liberal, como por ejemplo a Hillary Clinton, que hizo todo lo que quería Wall Street y también promocionó un tipo de feminismo específico, enfocado en eliminar barreras discriminatorias para que algunas mujeres talentosas ascendieran en la jerarquía corporativa. Esta mirada feminista no tiene que ver con una igualdad social real; está relacionada con la meritocracia. *Black faces in high pla-*

tió de la derecha. La izquierda también se manifestó, pero la derecha lo pudo capitalizar mejor. Ahora tenemos la pandemia, y como dije al principio, es una gran lección de teoría social. La pandemia nos muestra que el libre mercado no puede hacer lo que es necesario para garantizar que vivamos de manera decente. Creo que el neoliberalismo como filosofía hegemónica está muerto: sigue en el poder, pero ya no tiene credibilidad. Estamos en ese “interregno” de Gramsci, en el que aparecen todo tipo de síntomas mórbidos. Joe Biden no es un neoliberal progresista. La acción transcurre en el Partido Demócrata, entre la vieja facción Clinton y la facción Sanders; Sanders tiene mucho más control que antes, aunque no tiene todo el control. Esta es una forma de ver el “interregno”. Las contradicciones son graves, pero es un momento importante y hay oportunidades reales para la izquierda. No creo que el fascismo esté a la vuelta de la esquina y que haya que correr a pedirle protección al liberalismo. Si llegamos a ese punto, pelearé junto a los liberales contra el fascismo, pero eso depen-

*Becaria doctoral del CONICET. Autora de *Zona de promesas. Cinco discusiones fundamentales entre el feminismo y la política*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2021. Traducción: Ignacio Barbeito
© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

A black and white portrait of Nancy Fraser, a woman with shoulder-length, wavy, light-colored hair, smiling warmly at the camera. She is wearing a dark jacket over a dark top and a necklace with a small pendant. The background is dark and out of focus.

BIO

Nancy Fraser es una filósofa política, intelectual pública y feminista estadounidense. Profesora de filosofía en The New School en Nueva York, es reconocida como una de las intelectuales norteamericanas feministas más destacadas. Sus obras han tratado cuestiones relacionadas con la globalización, el cosmopolitismo, las políticas identitarias y el neoliberalismo. Es coescriitora de *Manifiesto de un feminismo para el 99%* (2019) y *Contra la izquierda conservadora* (2019).

“La pandemia nos muestra que el libre mercado no puede hacernos vivir de manera decente.”

Yanis Varoufakis

“Un Dividendo Básico Universal solucionaría la pobreza”

por Julián Reingold*

El tema de esta entrevista podría ser “¿por qué el capitalismo venció a la pandemia?”, aun cuando todavía existe una necesidad urgente de que las partes cooperen en la gestión global simultánea de las consecuencias directas de la crisis provocada por el Covid-19. De hecho, para mejorar el estado del mundo, el Foro Económico Mundial (FEM) lanzó la iniciativa del “Gran Reseteo”. ¿Estamos tomando esta oportunidad lo suficientemente en serio como para, por ejemplo, revisar los impactos ambientales de nuestra economía antes de ir a una “nueva normalidad” (1)?

Antes de pasar a eso, tengo que cuestionar las premisas de la pregunta: al preguntar “¿Cómo venció el capitalismo a la pandemia?”, vos suponés, primero, que la pandemia ha sido derrotada y, segundo, que el capitalismo lo hizo. El capitalismo no hizo tal cosa, fue el estatismo el que descubrió las vacunas; no olvidemos que el sector privado por sí solo habría sido absolutamente incapaz de hacerlo. Y tuvimos, por un lado, a Estados Unidos bajo la presidencia de Donald Trump entregando más de 10.000 millones de dólares a las grandes multinacionales, sin contar que la mayor parte de la investigación fue financiada por el Estado desde años antes. Entonces, es como decir que Internet o el iPhone fueron creados por el sector privado: cada tecnología relacionada con ellos fue financiada y basada en el Estado. Por un lado está la narrativa del sector privado según la cual todas las cosas buenas son producidas por el sector privado y luego viene el Estado y las socializa, cuando en realidad es exactamente lo contrario: los Estados producen casi todo y luego los privatizadores vienen y lo privatizan. Así que rechazo total y completamente la noción de que el capitalismo venció a la pandemia. La narrativa del reinicio del Foro Económico Mundial es una propaganda maravillosa que no tiene absolutamente ningún fundamento en las intenciones reales del FEM, que está haciendo greenwashing (lavado ecológico) de sus crímenes contra la humanidad. Ha estado trabajando denodadamente por la destrucción del planeta y la cohesión social. La financiarización, que el FEM impulsa desde hace años, es la principal culpable del colapso del tejido social, incluso en Estados Unidos y grandes sectores y segmentos de la Unión Europea, y por supuesto de la catástrofe climática. Así que tenemos un establishment que se considera la solución al problema que ha creado. Y simplemente al engancharnos con estos argumentos –sobre el reseteo y preguntarnos si han hecho lo suficiente– creo que estamos jugando su juego, y yo no voy a hacer eso. No me pagan lo suficiente, déjame decirlo así (risas).

Estoy de acuerdo, pero esta noción ha sido bastante inquietante para algunas figuras de extrema derecha como Bolsonaro...

Bueno, esto no es nada nuevo. En la década de 1920-30, recordarás que los fascistas como Mussolini y Hitler se volvieron contra los banqueros, el *establishment*

y la República de Weimar. Y adoptaron incluso un lenguaje que sonaba socialista contra el *establishment* para ganar poder, y una vez que lo lograron –como Bolsonaro, Trump u Orbán hoy– y sobre la base de un orden y una narrativa antiliberales, fortalecieron total y absolutamente al mismo *establishment* al que supuestamente se oponían. Entonces, Mussolini era el mejor amigo del gran capital y, de manera similar, Hitler fue un gran contribuyente a la fortaleza tecnológica y financiera de las grandes empresas en Alemania; y de manera similar en Brasil hoy, los ricos no tienen absolutamente ningún problema con Bolsonaro, sus políticas en realidad los están fortaleciendo. Así es como funcionan los fascistas: supuestamente volviéndose contra el *establishment* liberal, pero son los mejores contribuyentes a la reproducción de ese orden liberal.

Yendo a la fortaleza europea... En los últimos días vimos algunas fotos de la nueva frontera griega con Turquía: paredes de hierro, sensores de cámaras térmicas... ¿Qué pasó con el espíritu humanitario que surgió en 2015 y se desvaneció lentamente? ¿Grecia no está dispuesta a desafiar el statu quo de Alemania?

Grecia no existe, hay muchas Grecias. Está el pueblo de Grecia que se levantó en 2015 y tomó el gobierno, no el poder, y se opuso a la oligarquía europea, la Troika, los prestamistas, y lamentablemente estábamos divididos y, por lo tanto, perdimos. Y nuestro propio gobierno traicionó a las personas que se levantaron contra los oligarcas griegos y europeos. Fuimos aplastados. Aunque el 62% nos apoyó en el referéndum, al día siguiente mis antiguos camaradas se rindieron, y una vez que la izquierda se rinde y el pueblo es traicionado por su propio gobierno, comienza el ultranacionalismo, el racismo y la xenofobia. La gente que estuvo en las calles hasta julio de 2015 fue acogiendo a los refugiados, y teníamos el orgullo de que estábamos tomando la fe en nuestras manos, y la rendición y la derrota hicieron que la izquierda desapareciera de inmediato y ese descontento lo cosecharon los fascistas y los xenófobos. Cuando los refugiados empezaron a llegar unos meses después, el mismo gobierno derrocó al pueblo y se puso del lado de Merkel firmando este despreciable acuerdo con Erdoğan, por el cual los refugiados son tratados como peones en el juego entre la UE y Turquía. Entonces, no se puede decir que ‘Grecia’ piensa esto o hace esto con el otro: la mayoría de los griegos se habían convertido en refugiados en sus propios hogares, en un país que ha sido ocupado por prestamistas internacionales, como el FMI y el Banco Central Europeo, y han sido privados de sus derechos. El resultado es que tenemos un nuevo gobierno de ultraderecha, que en realidad está cometiendo crímenes de lesa humanidad en el Mar Egeo. Casi a diario, están violando el derecho internacional sobre refugiados, haciendo retroceder embarcaciones endebles al mar, en lugar de rescatarlos. La mayoría de la gente de Grecia mira esto con disgusto y

también con resignación porque es un pueblo derrotado: son personas ocupadas en su propia casa por la oligarquía internacional.

Recientemente tuviste un debate con Daron Acemoglu sobre la Renta Básica Universal. ¿Estamos todavía a tiempo de dar la batalla por una renta universal en el Sur de Europa y el Sur Global?

No creo que esto se limite a los países desarrollados, pero en el mundo en desarrollo, el Dividendo Básico Universal (DBU, como yo lo llamo) será menor. Esto no quiere decir que no sea una idea implementable en Argentina, Sudáfrica y todos los países. Cada país tiene un superávit: algunos países tienen un superávit más grande y otros uno más pequeño. Entonces la pregunta es “¿qué hacés con un excedente?” y “¿cómo lo invertís?”, y cómo lo usás para liberar a la gente. Además de lo que escribí en mi intercambio con Daron Acemoglu, también escribí otras cosas sobre la necesidad de redistribuir los excedentes del Norte Global al Sur Global, también como parte de la mejora del cambio climático, pero eso también significa no sólo invertir en energía verde en Zimbabwe o en Bolivia, sino también en permitir que un DBU libere a las masas en esos países en desarrollo, porque la liberación del trabajo cotidiano penoso también permite la mejora del cambio climático. Muchas de las cosas que están sucediendo en Brasil, en términos de destrucción del medio ambiente, tienen que ver con la pobreza: si la gente es pobre, no se preocupa por el medio ambiente porque no le importa lo que sucederá en 30 años si a la noche no puede poner comida en su mesa.

Esta es una discusión muy importante en Argentina en este momento: algunos dicen que primero tenemos que desarrollarnos y luego, una vez desarrollados, podemos tomar en consideración el medio ambiente. ¿Cómo usarías al DBU para matar dos pájaros de un tiro?

Sobre la primera pregunta, sobre la secuenciación, el desarrollo primero, el medio ambiente después: esa es una realidad del siglo XX, no la realidad del siglo XXI. Ese fue el caso en el siglo XX, si miras a Occidente, primero destruyeron el medio ambiente mientras crecían, y una vez que lo hicieron, introdujeron una legislación para proteger lo que quedaba. La Agencia de Protección Ambiental de Estados Unidos surgió después de que el medio ambiente fuera destruido, al igual que en Suecia y Alemania. Pero ya no es así, y esto únicamente por motivos económicos: hoy los países que van a lograr aprovechar la Cuarta Revolución Industrial, la Revolución Industrial Verde, son los que se alejan del gas natural y los combustibles fósiles para tener éxito en la adopción temprana de tecnologías de baterías en torno al hidrógeno verde; ¡el primero que logre producir hidrógeno verde en América Latina se va a hacer rico! Entonces, los dos van de la mano en el siglo XXI, no en el siglo XX, pero no cometan el error de pensar ahora en términos del siglo XX. Con respecto al DBU, es lo que dije an- ➔



BIO

Yanis Varoufakis, ex ministro de Finanzas de Grecia, es un economista, catedrático, político, bloguero y escritor griego. Publicó varios libros de política y economía, tales como *El minotauro global* (2012), *Economía sin corbata: conversaciones con mi hija* (2015), *¿Y los pobres sufren lo que deben?* (2016) y *Comportarse como adultos* (2017). Es cofundador del movimiento internacional DiEM 25 y, junto a Bernie Sanders, de la organización Internacional Progresista.

→ tes: cuando tenés niveles gigantes de desigualdad y pobreza absoluta abyecta, vas a tener prácticas de los pobres para sobrevivir destruyendo el medio ambiente, y al hacerlo se está reproduciendo el subdesarrollo, es el desarrollo del subdesarrollo. Un DBU que les ofrece alternativas a cortar el árbol de al lado para quemarlo en la estufa, un DBU que permita eso y que les permita realmente comprar y aumentar la demanda agregada de tecnologías de baterías producidas en Argentina: esto es bueno para el medio ambiente en Argentina, para el desarrollo en Argentina y para la reducción de pobreza. Entonces, van juntos; estos son intercambios falsos.

Necesitamos una nueva arquitectura financiera más allá del FMI y el Banco Mundial, que no son capaces de volver a estabilizar la economía. ¿Está muerto el PIB como instrumento de medición de la riqueza? ¿Qué es lo que está por venir en este nuevo orden mundial?

El PIB es una terrible medida de valor, lo sabemos desde el principio. Sin embargo, es un error concentrarse en las métricas: reemplazar el PIB por algo que mida la felicidad y los buenos sentimientos es interesante, pero irrelevante cuando se vive en un capitalismo donde lo único que importa es el dinero. Al final, lo único que mueve al mundo es el dinero, y el dinero de propiedad privada, entonces cualquier otra métrica que no sea el PIB no va a cambiar nada. Porque, seamos realistas: si sos el CEO de una empresa y reportás a los accionistas, lo único que importa es el resultado final, no lo felices que están los trabajadores o lo felices que están los consumidores de la empresa,

propios contables!). Bezos se está riendo a carcajadas, mientras se prepara para despegar al espacio (y no para evitar el nuevo no-impuesto de Biden)". ¿Qué podemos hacer con esta burla a la desigualdad global en la pandemia? ¿Podrías abordar también el injusto despliegue de la distribución de vacunas?

Bueno, vivimos en un mundo terrible, que es extremadamente lucrativo y rentable para muy, muy pocas personas. Y tenemos a nuestros grandes y buenos líderes del G7 reuniéndose en Cornwall, como lo hicieron en los últimos días, dando un giro a una situación espantosa, presentándose como los salvadores, cuando no han hecho nada para ayudar al mundo, para ayudar con la pandemia. Hablaron de mil millones de dosis, no han hablado de cómo va a suceder eso. Mil millones de dosis es una broma, necesitamos al menos quince. Mirá, el FMI de vez en cuando dice la verdad: hace varias semanas salieron con una estimación de cuánto costaría inocular dos veces a toda la humanidad, y cuesta 39.000 millones de dólares. Eso es por 16.000 millones de dosis. Ahora, si pensás que desde el inicio de la pandemia, los bancos centrales del G7 han impreso 9 billones de dólares y se lo han dado a los bancos, y solo hacen falta 39 de esos 9 billones para vacunar al mundo, todavía no lo están haciendo y están prometiendo un 15% de eso sin decirnos de dónde vendrá el dinero, entonces lo único que tengo que decirles a esos líderes del G7 es: sabemos lo que están haciendo y no lo compramos.

Tras la crisis de 2008, el capitalismo ha comenzado a transformarse en una forma de tecnofeudalismo, una

“Hoy los países que van a lograr aprovechar la Cuarta Revolución Industrial, la Revolución Industrial Verde, son los que se alejan del gas natural y los combustibles fósiles.”

porque incluso si están extremadamente felices, los accionistas te despedirán si no maximizás sus ganancias, sus dividendos. Entonces, el problema no es cómo medimos el impacto de la empresa; el problema es la propiedad privada de las acciones. Así que seamos honestos el uno con el otro: de manera similar, si sos ministro de Finanzas –y tuve esa experiencia durante un período de tiempo muy corto– realmente no importa qué tan feliz sea tu país, si tenés que pagar una deuda a fin de mes de unos cuantos miles de millones, te importa un comino lo felices que sean tus ciudadanos, tenés que pagar los 5 mil millones. Si no avanzamos en una reestructuración de la deuda, realmente no importa cómo midamos la felicidad.

Recientemente tuiteaste que “el G7 acordó gravar a Amazon et al. con un mínimo del 15% al 20% de las ganancias por encima del 10% de los costos (¡calculado por sus

transformación que la pandemia aceleró y reforzó. Por lo tanto, ya vivimos en tiempos poscapitalistas. Tiempos distópicos. Tiempos que no se parecen a los que soñamos como socialistas, como demócratas, como hijos de la Ilustración. ¿Podemos derrumbar este nuevo orden? A mediados de mayo, méta, tu Centro de Civilización Postcapitalista, fue lanzado digitalmente en medio de la pandemia. ¿Qué nos podés contar de este proyecto?

Siempre he sido socialista desde que era joven, y los socialistas imaginaban que una vez que terminara el capitalismo y pasáramos a una era poscapitalista, esta era sería democrática y participativa. Ahora tengo 60 y en los últimos años me he dado cuenta –al menos esa es mi estimación, puedo estar equivocado– de que el capitalismo ya se ha transformado en otra cosa. Él mismo ha sido su propio peor enemigo, no la izquierda: no fueron los socialistas los que crearon el poscapitalismo, el capitalismo creó el poscapitalismo, de la misma

manera que el feudalismo produjo el capitalismo. Y el poscapitalismo en el que vivimos es más explotador, menos sostenible y más misantrópico que el capitalismo. Entonces –si yo y aquellos de nosotros que creamos el Centro para la Civilización Poscapitalista estamos en lo cierto– avanzamos hacia un poscapitalismo que es enormemente incivilizado y perjudicial para los intereses de la civilización. Por eso creamos méta, para discutir en primer lugar lo que está pasando –si es cierto que vivimos en tiempos del poscapitalismo– y si es así, cuál es la estructura –el nuevo modo de producción, distribución e intercambio–, y cómo podría esto civilizarse para pasar de este postcapitalismo distópico a un postcapitalismo utópico realista.

Para terminar, ya que sos un fanático de las películas de ciencia ficción: ¿el futuro se parecerá más a Star Wars o Star Trek?

Bueno, ¡no tengo ni idea! Realmente no tengo idea... Si me apuntás con un arma y me pedís que te diga lo que realmente pienso, porque soy un pesimista de la mente pero un optimista del corazón –como Gramsci (risas)– diría que probablemente Matrix o Star Wars, no Star Trek. Pero no creo en hacer predicciones, porque esto no es el clima, no es algo que sea independiente de nosotros. Con el clima no hay nada que puedas hacer al respecto: yo miro por la ventana y veo nubes y pronostico lluvia, pero que yo pronostique lluvia o no no afecta la probabilidad de lluvia. Pero cuando se trata de la dirección de la humanidad, vos, yo y todos tenemos la capacidad de decidir al respecto. Así que no tiene sentido predecir, simplemente hagámoslo.

¿Y qué podemos hacer para evitar esos escenarios distópicos como Matrix o Star Wars e inclinarnos hacia algo más parecido a Star Trek?

Democratizar el poder, eso es todo. ■

1. La charla transcurrió a inicios del verano europeo, cuando Grecia comenzaba a abrirse nuevamente al turismo en tiempos de coronavirus, poco antes de que la mayor ola de calor de los últimos 30 años desatara los peores incendios en la historia del país y de que se reforzaran las medidas de seguridad en la frontera con Turquía ante el eventual nuevo éxodo de refugiados afganos.

*Sociólogo y periodista (@jrein88).

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



Carlo Ginzburg

“Yo intento partir de las víctimas y de sus propias categorías”

por Carolina Keve*

En toda obra –libro, película o teatro– siempre hay una escena donde se detiene el tiempo. Ahí, el momento que lo condensa todo, donde está –uno tal vez especula– esa pulsión inicial que condujo a su autor a realizarla. Una escena que no necesariamente aparece al comienzo o al final, o no siempre tiene un lugar privilegiado. En el último libro del historiador Carlo Ginzburg, *Aún aprendo*, recientemente publicado en nuestro país por Fondo de Cultura Económica, esa escena está en el capítulo dos. Se refiere a su vida –porque en realidad éste es un libro que habla de ella, que recorre su trama biográfica intentando dar cuenta de todo aquello que fue alimentando su pensamiento–, o más precisamente a su infancia. Es el verano de 1944 y Ginzburg, que para entonces era tan solo Carlo, tiene 5 años y está escondido con su abuela y su madre, la célebre escritora Natalia Ginzburg, en Florencia. Llevan años de persecución. Ahora son los alemanes, antes Mussolini. Y entonces la abuela formula una sentencia que quedará guardada en su memoria: “Si te preguntan cómo te llamas, debes responder Carlo Tanzi”.

“Entendí el significado de ese momento solo de manera retrospectiva. La aparente paradoja, es decir el efecto que me produjo que me dijeran no mencionar mi nombre judío, fue que para mí se volvió una instancia determinante para comprender mi pertenencia y cómo estaba vinculado ese *ser judío* a la persecución”, explica muchos años después en este diálogo con *Le monde diplomatique* desde su casa en Italia. Y es que, en efecto, Ginzburg creció en una familia que tuvo que aprender a convivir con un apellido prohibido. Su madre, Natalia, necesitó cambiarlo para poder difundir sus ideas, y escribió su primera novela bajo el seudónimo de Alessandra Tornimparte. Su padre, Leone Ginzburg –referente intelectual en la Italia de los años 30 y tenaz opositor al régimen fascista– finalmente fue encontrado muerto en la celda de una prisión romana tras haber sido detenido y torturado por los nazis en febrero de 1944, ahí muy cerca de la escena que cita el libro y que viene a describir mucho tiempo más tarde su interés por los oprimidos.

En ese camino Ginzburg también se encargó de revisar la historia, los modos para abordarla y pensarla. Es así como nació *El queso y los gusanos*, uno de sus libros más conocidos, que dio pie a lo que se conoce como el paradigma indiciario, una suerte de arqueología que encuentra en un dato, un objeto o un personaje las huellas para revisar el pasado. José Emilio Burucúa lo definió como “un his-

toriador, pero que no es solo un hermeneuta de las fuentes sino que descubre seres y cosas”. Ante la afirmación, Ginzburg se ríe: “Es un gran amigo y es muy generoso. En realidad, lo que intento es rescatar las voces que emergen de esas evidencias extraordinarias y trato de usarlas con el objeto de transmitir su riqueza”.

En una entrevista se detuvo en la importancia de las víctimas asegurando que no están exentas de responsabilidad para la Historia. ¿A qué se refería?

Bueno, yo comencé desde ese vínculo emocional y pulsional, en esa necesidad de rescatar y dar voz a las víctimas. Mucho tiempo después, incluso luego de pasar mucho tiempo estudiando las prácticas de la Inquisición, me doy cuenta de esa contigüidad intelectual entre mi abordaje como historiador y el de los inquisidores, porque después de todo ellos trataban de entender las prácticas heréticas... Obviamente lo hacían a través de categorías y métodos muy cuestionables, utilizando la tortura para obtener respuestas, aunque fueran respuestas erradas. No obstante, uno muchas veces como historiador también se guía por la intuición... Recuerdo que una vez me encontré con un caso muy llamativo de un juez –en este caso era un obispo italiano, que su vez era un gran filósofo– que intentaba entender las

realmente me intrigaba esta dualidad, cómo es posible como historiadores partir de categorías anacrónicas cuando es imposible rescatar las categorías propias de los actores. Creo que esto es crucial. Pero es algo que se traduce también en la vida social. Es decir, estamos atravesados por ideologías, trayectorias profesionales, el género...pero aun así el diálogo es posible.

Es aquí donde aparecen también las biografías, que es algo a lo que presta mucha atención. Pienso por ejemplo en su trabajo sobre Hobbes, cómo llega a su teoría a través de un recorrido por su historia de vida.

Diría más bien su trayectoria intelectual. Realmente eso me fascinó. Leí *Leviatán* y me fascinó. Pero luego comencé a trabajar sobre sus primeros ensayos, sobre todo su visión de la historia y particularmente su análisis sobre la peste en Atenas. Algunos, de hecho, han planteado que estuvo inspirado en ese hecho, es decir que el desorden creado por la plaga de alguna forma se vincula a lo que él luego define como el estado de naturaleza. Pero cuando empecé a analizar las traducciones pude observar otro dato. En una traducción que realiza Hobbes de Tulciades, agrega un verbo, *awed* (“Hobbes traduce “Ni el miedo a los dioses, ni el respeto a las leyes humanas atemorizaba –*awed*– a ningún hombre”). Tulciades

pos de pandemia. La verdad que jamás pensé que esa reflexión iba a asumir esa actualidad.

¿Y cómo sería esa relectura?

La crisis ambiental como objeto de intervención política, pero de forma necesaria.

Bueno, al respecto se suele comparar mucho este momento con los años 20, por ejemplo, sin perder de vista cómo de ese momento tan crítico emergieron los fascismos...

Creo que hay una tendencia a comparar siempre con el pasado, pero estamos ante un evento tan amenazante que aún no sabemos cómo terminará. De hecho, vengo reflexionando y escribiendo sobre esto, preguntándome cuál es realmente la diferencia con otros momentos históricos. Y creo que la diferencia más grande es el hecho de que hoy somos capaces de contar con información y seguir lo que está pasando, pese incluso a que esa información muchas veces sea insuficiente o deformada. Aun así, sabemos lo que está pasando en tiempo real. La tecnología hace una diferencia. Y creo que los historiadores reflexionarán sobre esto para entender los factores cruciales de este acontecimiento.

¿Podemos hablar de un cambio de paradigma, o un momento de crisis que signifique una enorme transformación social?

“No todas nuestras preguntas necesariamente pueden ser respondidas con evidencia que sobrevive, por eso creo que si no elaboramos conjeturas e hipótesis estamos perdidos.”

confesiones de dos mujeres campesinas. Él habla de eso en un sermón –nosotros tenemos el sermón en latín, porque la versión original se perdió–, y a mí me conmovió mucho cómo de alguna forma ese obispo intenta rescatar las creencias de esas dos mujeres.

¿En qué sentido?

Ellas hablaban de una aparición, que incluso llaman *Richella* –que en italiano suena muy parecido a *ricchezza*, riqueza, en español–. Justamente esta diosa se les había aparecido para prometerles riquezas... ¿Y por qué lo cito? Porque después de todo, los historiadores, cuando intentan entender la otredad, a ese otro, de alguna manera atraviesan esas voces por la propia lengua e ideología. ¿Es posible llegar a esa creencia? Esto lo analizo en un ensayo, *Nuestras palabras y las suyas*, porque

des hablaba de “contener”. De modo que esa ambivalencia con el miedo se encuentra en el centro de interpretación del poder político moderno. Y al final de mi ensayo imagino una situación, por ejemplo la contaminación ambiental. Pensemos en un escenario donde sea tan dañina que los sobrevivientes en el mundo vivan amenazados. Es una imagen que representa el poder global de una forma mucho más fehaciente, más fuerte que el *Leviatán* de Hobbes...

En realidad describe una situación que hoy se puede ver claramente.

Bueno cuando escribí esto, *Miedo, reverencia, terror. Releer a Hobbes hoy*, era el 2010. Justamente cuando comenzó el COVID, me pidieron la traducción al francés de esa pieza, planeando algo así como releer a Hobbes en tiem-

Cuando cayó el Muro hablaron del fin de la historia. Creo que ese tipo de afirmaciones son erradas, no las puedo tomar en serio. De hecho, eso no pasó y ciertamente uno puede tener cierta fantasía oscura en lo que respecta a un *Leviatán* global mucho más poderoso alimentado por la necesidad de controlar el daño ambiental, pero tal vez eso nunca suceda. La amenaza, nadie lo puede negar, es tan grande que implica correlatos impredecibles.

Citaba a Fukuyama. Pienso también en los 70, donde la crisis del marxismo generó todo tipo de reflexiones teóricas... ¿Cuál es el pensamiento que define este momento? ¿No estamos ante cierto vacío de ideas?

Pero, ¿es necesariamente el silencio peor que una teoría mala? Tal vez si pensamos que eso solo alimenta una reacción inar- →

→ ticulada. No obstante, me atrevería a decir que la novedad hoy es el contexto, hemos atravesado pandemias en el pasado, pero las condiciones han cambiado. Y eso es una novedad. ¿Qué significará? Aún no lo sabemos. En su último libro se detiene en esa escena donde los están persiguiendo los alemanes y cómo influyó en su estudio sobre la persecución de brujas. Fue ahí que “devine judío” dice... Sartre, en *Reflexiones sobre la cuestión judía*, justamente aborda este tema, cómo ese devenir aparece marcado por la opresión. Me acuerdo que cuando leí su ensayo pensé que era una interpretación un poco unilateral. No obstante, en mi caso era totalmente cierto. Podemos hablar de una trayectoria si quieres. ¿Qué aporta la experiencia propia? Es algo que atraviesa la memoria, y poder dar cuenta de ese momento de mi vida, cómo me atravesaba, hizo mucho sentido. ¿Es necesariamente el silencio peor que una teoría mala? Tal vez si pensamos que eso solo alimenta una reacción inarticulada.

En un reportaje mencionó que a los 20 años ya había tomado la decisión de que “iba a ser

pos de hombres que no gritan, tan solo miran a la presunta bruja. A mí esa escena me resultó enigmática, cómo refleja la idea de la “caza de brujas” como una actividad totalmente racional.

Y después se encontró con Antonio Gramsci y sus cuadernos...

Pero también sucedió que me di cuenta más adelante, de hecho escribí sobre eso. Hay algo excepcional en esos cuadernos, y es cómo él piensa las condiciones del fascismo a través de una lengua que está evitando la censura de ese fascismo, pero logra utilizar nociones que implicaban el lenguaje de la Tercera Internacional. De esta forma, por ejemplo, él usa la categoría de clase subalterna, no habla de proletariado. Pero a su vez eso tuvo un efecto, porque la categoría de clase subalterna puede incluir por ejemplo a los campesinos de la India, que no los hubiera incluido el otro término.

Referido a estas cuestiones del discurso en El juez y el historiador justamente cuestiona lo que podríamos considerar como cierto abu-

Al respecto, me cuesta encontrar esa tensión que le suelen atribuir con Foucault. En definitiva, los dos huyen del determinismo marxista e intentan recuperar al sujeto.

Bueno, hace un tiempo escribí una reseña de *Historia de la locura*, de Foucault. Obviamente era un trabajo destacable. No obstante, no veía en él un interés por las personas que la padecían, pese a que citaba todos aquellos volúmenes y manuscritos que permanecen en la Biblioteca Nacional registrando los delirios y las fantasías registradas siglos atrás. Entiendo, no estaba interesado específicamente en eso, creo que su mirada apunta al gesto de la opresión. Y eso es algo que incluso se mantiene en sus trabajos posteriores; tomemos por ejemplo su ensayo sobre Pierre Rivière, él no tenía un interés particular en Pierre Rivière. Creo que la dimensión ideológica cobra en él tanta fuerza... Y ahí es donde yo tomo una distancia, porque lo que yo intento es partir de esas víctimas y de sus propias categorías. ■

“¿Es necesariamente el silencio peor que una teoría mala? Tal vez si pensamos que eso solo alimenta una reacción inarticulada.”

historiador, que iba a investigar sobre el sa-
bbat de las brujas e iba a hacerlo desde el lado
de las víctimas”. ¿De ahí salió esa certeza tan
temprana?

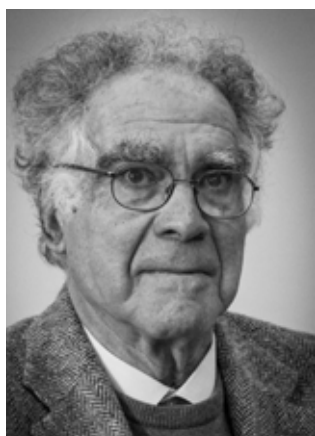
Creo que es una decisión que aborda muchos aspectos, algunos consientes y otros inconscientes. Justamente aquellos elementos inconscientes se relacionan a esa experiencia que recién mencionaba. Es decir, el efecto de no haber asumido entonces cómo esa condición había impulsado en realidad mi interés hacia las prácticas heréticas y a la condición de las víctimas, creo que es muy interesante. No haber asumido esa conexión tan obvia, expone el funcionamiento de ciertas estrategias inconscientes y su efectividad. En cuanto a la dimensión consciente citaré una película, hay un film del director danés Carl Theodor Dreyer, que se titula *Dies Irae* –en español *El juicio final*– que se basa en un juicio inquisitorio, una mujer es acusada de ser una bruja. Recuerdo que vi esa película a los 18 años y había un momento muy paralizante, donde esa mujer está sentada en una silla y del otro lado hay gru-

so de la categoría de “representación” en las ciencias sociales. ¿Se trata frente a ello de recuperar la experiencia?

Ese proceso judicial [Ginzburg allí toma la defensa de su amigo Adriano Sofri, acusado de ser uno de los autores intelectuales del asesinato al comisario Luigi Calabresi en 1972, y revisa la dimensión procesal estableciendo una analogía con las prácticas de investigación histórica] era un caso que en realidad podría aplicarse a otros, más allá de las fronteras. Allí encontré una brecha entre lo que podríamos denominar las expectativas de los inquisidores y lo que decían los testimonios. Y creo que esa brecha era crucial. Además la riqueza de esos documentos creo que plantea una cuestión central para los historiadores: no todas nuestras preguntas necesariamente pueden ser respondidas con evidencia que sobrevive, por eso creo que si no elaboramos conjeturas e hipótesis estamos perdidos. El problema es no convertir esas hipótesis en pruebas. Ahí está la tensión y la distinción.

*Periodista

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



BIO

Carlo Guinzburg es un historiador y ensayista italiano. Se doctoró en Filosofía por la Universidad de Pisa en 1961 y ha destacado por su trabajo sobre el Renacimiento y la Historia Moderna. Alcanza la celebridad con su obra *El queso y los gusanos*, ensayo de 1976 en el que presenta a la Europa de finales del siglo XVI a través de los ojos de un molinero italiano juzgado por la Inquisición. Su labor le ha merecido muchos reconocimientos, entre ellos, el Premio Aby Warburg en 1992.



Enzo Traverso

“La izquierda debe inventar una nueva idea de futuro, sin el capitalismo”

por Micaela Cuesta*

Enzo Traverso responde desde su casa en Ithaca (NY, Estados Unidos) como podría hacerlo desde cualquier parte del mundo. La hiperlocalización a la que lo compelió, también a él, la pandemia, dejó ese aprendizaje: es posible habitar todos los lugares desde alguno de sus rincones... y ello sin perjuicio de que se pueda atesorar uno de ellos como favorito. El de Traverso es, quizás, aquel que le permita ver desde la ventana algo del Mediterráneo que dejó atrás hace tiempo. Nacido en Italia, Traverso recuerda sus años de juventud, que son los de su militancia política y de su formación teórica, como momentos intensos. El fin de la hegemonía cultural y política del PCI (Partido Comunista Italiano) hacia la década del 80 había dado lugar a la combinación poco feliz de terrorismo, represión estatal y declive socio-cultural. En esa atmósfera un tanto irrespirable, la mayor aspiración utópica, recuerda ahora con ironía Traverso, se condensaba en el estribillo de la canción que sonaba por entonces en todas las radios: “Vamos a la playa oh, oh, oooh...”.

En esa Italia no había lugar para estudiosos, intelectuales, investigadores. Su destino diaspórico lo llevó no a Alemania –lugar de procedencia de sus autores de referencia– sino a Francia. En su reconstrucción autobiográfica, París aparece como el signo de la liberación de los condicionamientos y la apertura de nuevos comienzos. Es el lugar del encuentro con Michael Löwy y, de su mano, con todos los exiliados latinoamericanos, muchos de los cuales eran judíos. La huella de esos encuentros se lee tanto en esa manera descentrada, no etnocéntrica, de interpretar la historia como en la complicidad que uno siente cuando conversa con él. En ese contexto se aboca a estudios que los llevan a desplazar el tropo del Holocausto como prisma exclusivo y excluyente para interrogar las violencias del siglo XX (y las contemporáneas). Desde entonces sus abordajes serán innovadores y sus libros no estarán exentos de fructíferas polémicas.

No es fácil elegir con qué comenzar una entrevista, entonces se me ocurrió partir por una pregunta por los comienzos: ¿cómo explicarías el o los comienzos de esta época en que vivimos? ¿Qué temporalidades convoca? ¿Qué rasgos generales porta y qué inflexiones singulares?

Los comienzos del neoliberalismo son ya lejanos. En términos intelectuales, debemos situarlo en los años 1930. Como forma dominante del capitalismo, tiene al menos cuarenta años de vida, desde que fue introducido por Margaret Thatcher y Ronald Reagan hacia comienzos de los años 80 del siglo pasado (América Latina, que fue su laboratorio, lo experimentó mucho antes con Pinochet). Esto significa que casi dos generaciones vivieron dentro de un régimen de historicidad neoliberal. Para los jóvenes, el neoliberalismo es la norma, una “forma de vida” que configura al planeta. Para poder confrontarlo con otros modelos económicos y sociales de los cuales se ha hecho una

experiencia, es necesario tener por lo menos setenta años. En pocas palabras, creo que el neoliberalismo es mucho más que un conjunto de políticas económicas; creo que no es, en absoluto, reductible a la privatización de los servicios públicos, a la financiarización de la economía, a la desregulación de los mercados, etc., etc. Sin duda, podemos verlo como una alternativa ganadora del *Welfare State*, que fue la forma dominante del capitalismo en la posguerra, pero se trata de una simplificación. El neoliberalismo, como subrayan Pierre Dardot y Christian Laval, es una forma de “conducirse en la vida” (*Lebensführung*) en el sentido weberiano, un modelo antropológico que prescribe valores, comportamientos y una ética general. Se trata de un modelo antropológico basado en el individualismo, en la competencia y en la organización de la existencia en función de la búsqueda de un interés privado. Cada uno debe concebir su propia vida como “emprendedor” de sí mismo. Algunos lo han definido como una nueva percepción y representación del tiempo; el neoliberalismo es “presentista” porque solo conozco el presente; comprime pasado y futuro en el presente. No existe más la idea de futuro si no es como renovación y cambio permanente en un marco social y económico inmutable; el futuro sólo puede concebirse como un “éxito” individual y, por lo tanto, también está privatizado. Aquello que hizo posible

neoliberalismo no tiene un color político, es por su naturaleza compatible con (y disoluble en) todos los regímenes políticos respetuosos de la propiedad privada y del mercado. Las elites financieras americanas se acomodaron muy bien con Trump durante cuatro años, y lo mismo sucede hoy en Brasil con Bolsonaro. Pero Trump no era su candidato en 2017 ni tampoco en 2020. En enero de 2021, cuando Trump explicitó sus pulsiones fascistas buscando volver a poner en discusión el resultado de las elecciones y sosteniendo un movimiento abiertamente subversivo, las elites lo abandonaron. No lo hicieron porque amen la democracia o sean antirracistas, sino porque necesitan estabilidad y no tienen ningún interés en empujar al país a una guerra civil. Wall Street, el Pentágono, la gran industria del Midwest y las multinacionales californianas de las nuevas tecnologías nunca apoyarán un movimiento supremacista blanco para evitar que Joe Biden se convierta en Presidente. Hoy el Partido Republicano encuentra grandes dificultades precisamente porque su fidelidad con Trump es difícilmente compatible con su rol tradicional de pilar del *establishment* estadounidense. En Europa, las elites neoliberales no apoyan Alternative für Deutschland, Marine Le Pen, Matteo Salvini o Vox; sus representantes son Macron, Angela Merkel y Mario Draghi. Apoyan a la Comisión y al Banco Central Europeo, no

“El neoliberalismo es mucho más que un conjunto de políticas económicas. Es una forma de ‘conducirse en la vida’.”

esta mutación antropológica fue el fracaso de las revoluciones del siglo XX. La URSS no atraía ya a ninguno, y en comparación el neoliberalismo parecía ofrecer amplios espacios de libertad individual (muchos, hasta Foucault inclusive, lo creyeron), pero la existencia de la URSS indicaba que el capitalismo tenía alternativa. Hoy, el capitalismo se “naturalizó” y este es su mayor éxito. La fórmula discursiva preferida de Margaret Thatcher era “There is no alternative”.

Según distintos autores podría establecerse un lazo entre neoliberalismo y lo que denominás, en Las nuevas caras de la derecha, “posfascismos”, cuya figura emblemática sería, en gran medida, Donald Trump. Allí entendés a Trump, entre otras cosas, como un emergente de una reacción al neoliberalismo. Mi pregunta es si no podría pensarse también en Trump y en otras figuras de la derecha radical contemporánea como una continuidad o derivado del neoliberalismo, antes que como una reacción ante él...

Trump es seguramente un producto del neoliberalismo, como Bolsonaro en Brasil, y como antes de ellos tantos otros, partiendo desde Berlusconi en Italia. El

a la extrema derecha que reivindica el retorno a las soberanías nacionales y a las monedas nacionales. Es cierto que el impulso hacia la derecha radical es fuerte. Si estos movimientos llegaran al poder, deberían lograr un compromiso con el neoliberalismo y revisar sus programas: esto es lo que sucedió en Polonia y en Hungría, esto está sucediendo en Italia con el ingreso de la Lega de Salvini en el gobierno de Draghi, y esto podría suceder en Francia, después de que Marine Le Pen haya declarado no querer abandonar el euro. Pero estos pequeños giros indican una subordinación de la derecha al neoliberalismo, no a la inversa. Una forma de neoliberalismo autoritario no necesita de la extrema derecha, basta observar el incremento de la violencia policial en la Francia de Macron. Un planeta “fascitizado” sobre bases neoliberales es una hipótesis que no podemos excluir; nada se opone a ella desde el punto de vista teórico. Hoy, sin embargo, ésta no me parece la hipótesis dominante.

De este lado del continente americano –en el Sur– no tenemos a Trump pero sí a Bolsonaro... Bien, como señalás, los mitos a los que apelan los posfascismos no →

son equiparables a aquellos del fascismo clásico, creo que estarías de acuerdo conmigo en admitir que existe una dimensión mítico-ideológica indudable en ambos. La pregunta sería: ¿qué “mitologías” o, en rigor, qué retazos de discursos sociales sirven para edificar los castillos ideológicos en los que se asientan estas figuras políticas?

La mitología de la derecha radical es heredada del siglo XIX, es conservadora y no posee la carga “utópica”, ni tampoco la proyección hacia el futuro que caracterizaba al fascismo clásico. Quienes en la actualidad planifican el futuro del planeta son las elites neoliberales, no la extrema derecha. Los mitos de la derecha radical son un retorno al pasado. Ella encarna una cultura nacionalista, racista y xenófoba que corresponde a una forma del capitalismo del siglo XIX anterior al giro neoliberal. Decir esto no significa en absoluto defender al neoliberalismo. Pongamos un ejemplo concreto. Las grandes multinacionales como Microsoft, Amazon, Apple, entre otras, tienen una dimensión global. Sus estrategias implican una división internacional del trabajo que supone condiciones de explotación brutales y una semiesclavitud en gran parte del mundo, especialmente en Asia. Un visionario neoliberal “utópico” como Elon Musk imagina inclusive un planeta Tierra transformado en un jardín

“Quienes en la actualidad planifican el futuro del planeta son las elites neoliberales, no la extrema derecha.”

con la producción deslocalizada en planetas satélites habitados por esclavos. Estas mismas multinacionales emplean y pagan muy bien, en sus compañías-jardines de Silicon Valley, a informáticos, arquitectos, diseñadores y técnicos especializados que vienen de India, de Pakistán, de África o de América Latina. Y no se preocupan para nada por las inclinaciones sexuales de sus empleados. El capitalismo neoliberal no le teme a una América multirracial, multicultural y pluralista en el plano religioso, porque este es el ADN de Estados Unidos. La supremacía blanca, el miedo de una sociedad blanca devenida minoría en una nación multirracial es un fantasma racista muy antiguo, anterior al capitalismo globalizado. Es cierto que este racismo se alimenta de las contradicciones del capitalismo global y prospera por todas partes, pero no es el espejo de la visión del mundo neoliberal.

En una entrevista que diste a Massimo Modonesi en el 2008 decías: “hay una expansión de los estudios sobre el comunismo que es paralela al eclipse de la memoria del comunismo en el espacio público”. A propósito de es-

to quería preguntarte si no considerarás que hoy, quizás fundado en aquel desconocimiento, el comunismo está llamado a cumplir el rol de espectro a ser conjurado toda vez que fracasa en este rol (de producir espanto) la amenaza del populismo... Y, por otro lado, ¿cómo podría desarticularse esto?

Massimo Modonesi ha captado una contradicción real que merece ser meditada por lo que revela. La desaparición relativa del comunismo de la esfera pública y la expansión paralela de los estudios sobre su historia están indicando la metamorfosis en “lugar de la memoria”. Según Pierre Nora, que ha acuñado este concepto, los “lugares de la memoria” nacen cuando la memoria deja de palpar en el cuerpo social y no es más transmitida de una generación a otra como un conjunto de conocimientos, prácticas y experiencias colectivas. La historización del comunismo coincide con su desaparición de la vida real. Esto no significa que la retórica anticomunista haya desaparecido: ella sobrevive y puede ser movilizadada en formas demagógicas en diversas ocasiones; pensemos en la campaña contra Bernie Sanders en 2019-2020, en la de la derecha española contra Podemos, etc., pero en general el anticomunismo no es más un elemento constitutivo del imaginario y de la cultura de la derecha. Permanece en el trasfondo, como parte de su “archivo” cultural e ideológico, listo para ser reactivado en cualquier momento. Desde este punto de vista, es interesante esbozar una comparación. Aun desplazado del escenario, el anticomunismo permanece presente en el archivo ideológico de la derecha mientras que el comunismo está casi totalmente ausente de la cultura y del imaginario de los nuevos movimientos alternativos. No ha desarrollado ningún rol relevante en las primaveras árabes, en Occupy Wall Street, en el 15M español, en la Nuit Debout francesa, etc. La extrema derecha se apega a su repertorio –nacionalismo, racismo, xenofobia, homofobia, misoginia, etc.– introduciendo algunas variantes (la islamofobia tiende a ocupar el puesto del antisemitismo). Los movimientos alternativos deben reinventarse, pero no reivindicar ninguna continuidad con el pasado, con excepción de una cultura anticolonial y antirracista que ciertamente estaba presente, pero no era dominante, en la tradición comunista. Desde este punto de vista, la ruptura de continuidad histórica ha sido mucho más profunda en la izquierda que en la derecha. Los nuevos movimientos alternativos redescubren una tradición libertaria, no en el sentido doctrinario del anarquismo sino más bien como sensibilidad antiautoritaria, indiferencia a las instituciones, democracia horizontal, participación colectiva, rechazo de toda jerarquía... En sus prácticas, la ecología, la reivindicación de nuevos derechos, la crítica de las desigualdades sociales, la crítica de las discriminaciones de clase, raza, religión y género tienen la misma legitimidad, en una suerte de “interseccionalismo” integral. A veces estos movimientos exhuman tradiciones escondidas, por ejemplo, la Comuna de París, redescu-

bierta como experiencia de democracia directa, fuera de la imagen que le había dado el comunismo durante todo el siglo XX: aquella de una prefiguración, todavía inmadura, de la Revolución de Octubre.

Es un movimiento característico de ciertas corrientes de izquierda el llamado a tomar conceptos, autores o categorías identificadas con la derecha para un uso/refuncionalización en provecho de una acción emancipatoria. Hoy pareceríamos asistir a un movimiento semejante pero de signo contrario: es la derecha la que toma conceptos y categorías de la izquierda para reclutar adeptos. De su lado parece haber quedado la osadía, la “revolución”, la rebeldía, la libertad e, incluso, en algunos casos, la república. La pregunta es: ¿dónde podría inscribirse la crítica cuando su elemento más importante, la palabra, el argumento, parece estar tan devaluado?

No estoy seguro de que se pueda hablar de un “intercambio de ideas” tan vasto entre derecha e izquierda. Esta última tomó prestado de la derecha algunas categorías analíticas. Basta pensar en el uso de conceptos como “estado de excepción” o “autonomía del político” de parte de autores que conoces muy bien, desde Walter Benjamin a Mario Tronti. Pensemos incluso en la filiación heideggeriana de toda una veta del marxismo y de la teoría crítica, Herbert Marcuse en primer lugar. Por su parte, algunos intelectuales de extrema derecha han hecho amplio uso de Gramsci (por ejemplo Alain de Benoît). Se trata, como sostenía Jacob Taubes en su intercambio epistolar con Schmitt, de un “diálogo” imposible que implica una distancia irreductible. Más que de un diálogo, se trata de una simetría: tanto el fascismo cuanto el comunismo volvían a poner en discusión la tradición liberal, a partir de perspectivas y con finalidades opuestas. Si luego adoptamos un acercamiento genealógico, los pasajes son constantes: no sería difícil encontrar huellas de Weber y también de Nietzsche en el concepto de racionalidad instrumental elaborado por la Escuela de Frankfurt, o huellas del romanticismo en el marxismo del joven Lukács, etc. Empero, las categorías analíticas no son valores o principios. No se puede construir una idea de socialismo o comunismo con los valores de la derecha, ni una idea de orden fascista con los valores de la izquierda. Solamente una visión del mundo inspirada en el liberalismo clásico puede confundir los valores de la derecha con aquellos de la izquierda. El ejemplo más obvio de este error es el concepto de totalitarismo, uno de los más ambiguos y engañosos de la historia del pensamiento político. La adopción de una retórica “revolucionaria” por parte del nacionalismo no es nueva –se remonta al fascismo y a la llamada “revolución conservadora”– pero no se relaciona con los valores, sino en todo caso con las formas y los medios de la acción política. Mi impresión es que hoy, la nueva derecha ha abandonado la vieja retórica “revolucionaria fascista” y no se está apropiando de las ideas de izquierda. Se está convirtiendo al lenguaje y a la retórica –no sé hasta qué pun-

to a los “valores”– de la tradición liberal, integrando en su léxico lemas como democracia, república, libertad, emancipación, derechos, etc. Estos conceptos, sin embargo, han perdido el significado subversivo que tenían en 1848 o todavía en la primera mitad del siglo XX. Se trata de conceptos ahora universales, a tal punto abusados y desgastados que todos los pueden reivindicar porque no significan más nada. El contenido que la nueva derecha confiere a estos conceptos es conservador o reaccionario: “democracia” significa consenso plebiscitario, “emancipación” significa defensa de las influencias de culturas externas (el islam), la defensa de los derechos significa la exclusión de minorías que amenazarían las conquistas de la civilización occidental, “feminismo” significa lucha contra el oscurantismo islámico, etc. Si la extrema derecha encuentra consensos en las clases populares (esto sucede en todos lados, desde Estados Unidos hasta Brasil, desde Alemania hasta Italia), ello no se debe a la adopción de un lenguaje nuevo sino al hecho de que la izquierda los ha abandonado, que partidos y sindicatos de izquierda se han debilitado y son hoy inexistentes, que una memoria y una cultura de la acción colectiva, de la organización y de la solidaridad no existen más. La izquierda encarnaba una idea de emancipación colectiva; la extrema derecha pro-

“La extrema derecha se apeg a su repertorio (nacionalismo, racismo) introduciendo algunas variantes.”

pone la búsqueda de un chivo expiatorio. El consenso electoral de Trump, Bolsonaro, Le Pen, reside en su capacidad –en algunas circunstancias– de capitalizar un voto de protesta, no en el hecho de apropiarse de un lenguaje de izquierda.

Y, en relación a esta última pregunta... sabemos, entre otras cosas gracias a tus libros, que el rol del intelectual declina al calor del declive de la cultura letrada y de su incidencia en el espacio público. Las imágenes de mundo que esa cultura producía difieren de las propias de la “videoesfera”... En este sentido, ¿qué “visualizaciones del mundo” (pasado o presente), qué modos inconscientes de pensar, o qué narrativas prevalecen en nuestra “digitoesfera” contemporánea –como un poco en serio y otro en broma la llamas en una entrevista reciente–?

Puedo pecar de ingenuo, pero soy bastante optimista acerca de las potencialidades de la “digitoesfera”. Claro, mi percepción de este cambio es muy aproximativa, porque pertenezco a una generación que privilegia otros medios de comunicación y no tiene mucha familiaridad con esos nuevos instrumentos, pero algunos hechos macroscópicos son evidentes. Las →

→ redes sociales han transformado completamente la estructura misma de la esfera pública, porque por un lado han completado la reificación –todas las redes pertenecen a multinacionales privadas–, pero por otro lado se han vuelto instrumentos subversivos. Un ejemplo de este fenómeno son los “chalecos amarillos” en Francia, en 2018 y 2019. Todos los órganos de la esfera pública tradicional –la prensa, los canales televisivos y la radio– eran unánimes en la condena de este movimiento: populista, rudimentario, violento, culturalmente regresivo, reaccionario en cuanto irrespetuoso de las instituciones de la democracia representativa, etc. Gracias a las redes sociales este movimiento espontáneo logró crear estructuras propias, formas de deliberación colectiva extremadamente democráticas, discusiones horizontales sobre todos los problemas sociales y ha organizado sus propias manifestaciones. Los sondeos de opinión han revelado que este movimiento, condenado por todos los medios, había obtenido el consenso de más del 70% de la población. Este ejemplo se puede extender: la primavera árabe, desde la revuelta tunecina de 2011 al Hirak argelino del 2019, debe mucho a las redes sociales. Ellas fueron el vector del Black Lives Matter en Estados Unidos y del

El “presentismo” –el mundo encerrado en el presente– permanece como horizonte de nuestro tiempo, pero la pandemia ha sido también el espejo de sus contradicciones. Por una parte, ella ha celebrado el triunfo del neoliberalismo. Por primera vez los destinos de la humanidad –la solución de una pandemia global frenó las agujas del reloj del planeta entero– fueron puestos en las manos del capitalismo. Todos los gobiernos han confiado a algunas grandes multinacionales privadas la tarea de elaborar y producir vacunas; se han puesto al servicio de las empresas privadas y ahora se encargan de vacunar a las poblaciones en función de las dosis (o sea de la mercancía) que adquieren en el mercado. Fue una elección de principio, porque la investigación ha conocido una extraordinaria aceleración gracias a los financiamientos públicos, pero estos financiamientos fueron atribuidos a empresas privadas que decidieron cómo gestionarlos. Parafraseando a Marx, el capitalismo ha demostrado su superioridad ontológica frente a todas las superestructuras jurídico-políticas, porque el principio de soberanía ha abdicado y se ha sometido al mando del capital. La “autonomía de lo político” fue borrada de golpe. Pero esta es solamente una cara de la moneda. La otra cara muestra que la pandemia ha suscitado

“La melancolía de izquierda puede favorecer el nacimiento de nuevos proyectos, pero ciertamente no sustituirlos.”

movimiento de protesta en Hong Kong, más recientemente en Minsk y en Birmania. Las redes sociales constituyen probablemente el lugar privilegiado de expresión de una esfera pública del siglo XXI, en el sentido con el cual Habermas usa este concepto: un espacio de la sociedad civil donde se puede ejercitar un uso crítico de la razón. El neoliberalismo promueve la “digitoesfera” como espacio de reificación y alienación: la comunicación mediada desde el mercado que vincula individuos aislados cuyo estatus de ciudadanos ha cedido el lugar a aquel de consumidores. El uso subversivo de las redes sociales ha transformado estos vectores de cosificación en vectores de movilización y acción colectiva, dirigida a la reapropiación del espacio social y político.

Ahora sí, para ir cerrando, asumiendo la tesis de que vivimos en una época signada por el presentismo, ¿crees que sería adecuado afirmar que la pandemia vino a consumir esa experiencia dado que implica una suspensión en lo urgente, lo necesario, lo inmediato que resta tiempo y posibilidad a la reflexión y el estar con otros, ambas instancias imprescindibles para organizar algo que trascienda esta coyuntura?

una conciencia anticapitalista difundida a escala global. La gente ha comprendido que no se puede salir de la pandemia con soluciones nacionales, más o menos individuales, que una crisis global requiere una respuesta global, y que esta respuesta implica una reactivación de los poderes públicos. La salud de millares de seres humanos no puede ser confiada a un puñado de multinacionales interesadas exclusivamente en sus beneficios. En todos los países las discusiones se focalizaron en las insuficiencias de los sistemas sanitarios nacionales –en los primeros meses de la pandemia faltaban mascarillas y tubos de oxígeno– fragilizados por decenios de privatizaciones y recortes del gasto público. En fin, la opinión internacional expresa la demanda de un nuevo acuerdo [*new deal*] global. Las políticas de Biden y los planes de relanzamiento de la Unión Europea son como un espejo deformante, una primera, tímida, respuesta a esta demanda social.

Por último ¿de qué modo consideras que eso que en *Melancolía de izquierda* nombrás como propio de una operación político intelectual compleja podría abrir una grieta en el presente capaz de trascenderlo y llevarnos a imaginar otros rumbos que hoy parecen estar obturados?

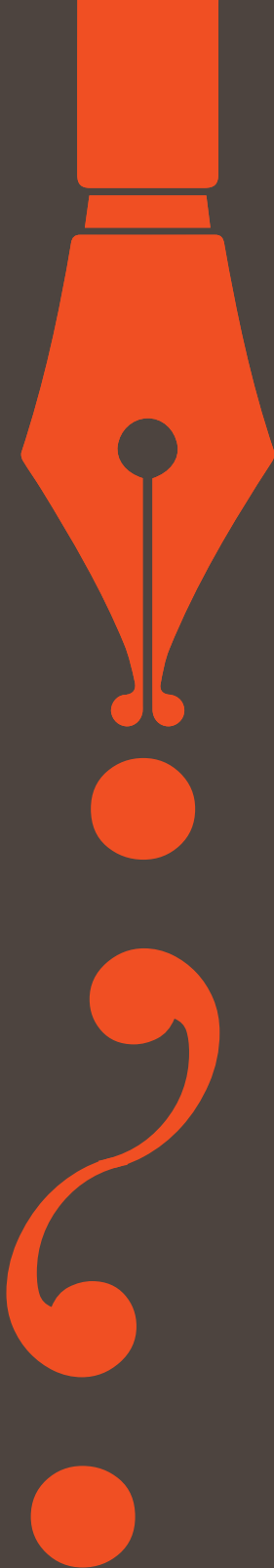
En mi libro sobre la “melancolía de izquierda” he tratado de “rehabilitar”, o sea de reconocer la legitimidad de un sentimiento que pertenece desde siempre a la estructura emotiva de la izquierda, pero que ha sido siempre desplazada, ocultada o censurada. He tratado de reconstruir su historia, pero nunca he pretendido atribuirle cualidades terapéuticas más que aquellas de una necesaria “elaboración del duelo” después de las derrotas del siglo XX. Me parece que la melancolía de izquierda puede acompañar a las luchas del presente y favorecer el nacimiento de nuevos proyectos, pero ciertamente no sustituirlos. Aquella es fecunda si ayuda a la izquierda a conocerse y alcanzar una nueva madurez autoreflexiva, pero no posee virtudes demiúrgicas. La izquierda debe inventar una nueva idea de futuro sin y contra el capitalismo. El camino a recorrer es largo, pero no se trata de un proceso acumulativo, lineal; debemos prepararnos a contramarchas, cambios y aceleraciones inesperadas. ■

*Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, magíster en Comunicación y Cultura, y licenciada en Sociología por la misma universidad. Desarrolla sus actividades de docencia e investigación en la Escuela IDAES de la UNSAM y en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) de la UBA.
© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

BIO

Profesor en la Universidad de Cornell, **Enzo Traverso** es un historiador e intelectual italiano. Es autor, entre otros libros, de *El final de la modernidad judía* (2014), *Las nuevas caras del fascismo* (2017) y *Melancolía de izquierda* (2018). Impartió clases en la Université de Picardie Jules Verne, en Amiens, y ha sido profesor invitado en numerosas universidades americanas y europeas. Se especializa en la filosofía judeoalemana, el nazismo y el antisemitismo.





El Dipló, una voz clara
en medio del ruido
Capital Intelectual S.A.
Paraguay 1535 (1061)
Buenos Aires, Argentina

www.eldiplo.org